

N O S O T R O S

EL CREPÚSCULO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL Y EL CONCEPTO ESPIRITUAL DEL MUNDO

Explicación preliminar

EN su breve paso por la tierra, los hombres apenas se preocupan de esclarecer su destino o de interpretar por deliberado designio lo que significa para cada uno el espectáculo del mundo. En la época actual, por ejemplo, la espesa mayoría, donde discurre desde el ancestral indígena de Polinesia hasta el ciudadano de nuestras estrepitosas democracias, no advierte siquiera su efímera sombra; y los más sabedores, satisfácense con aceptar como dogma irrevertible de fe, las pragmáticas que otros divulgaron movidos por tendencias de escuela, por fanatismo religioso o por pasajera vanagloria. Pocos son, en verdad, los que —atravesando el círculo de fuego del último linde— soportan el esfuerzo doloroso de encontrarse a sí mismos. Infiérese de esto que las más nobles potencias del hombre permanecen enervadas o desenuélvense, por inconsciente impulso o por inveterada indolencia, dentro de normas pre-establecidas o artificiosas. Con ello, originase una discordancia profunda en el ritmo armónico de la ley evolutiva. Por consecuencia, el progreso colectivo en sus manifestaciones más elevadas, resulta una superposición de conceptos doctrinarios, ajenos a la personalidad recóndita del hombre; y éste, a la larga, encuéntrase en una posición de abierto antagonismo con la realidad circundante o con el ambiente ideológico que su apatía contribuyó a formar. De consiguiente,

cualquier civilización sustentada sobre tan deleznales cimientos, está destinada a una inevitable disgregación tan pronto como cada entidad humana se apresta a recobrar el dominio de su individualidad propia. Esto es: a regir su *yo* y concebir el mundo con independencia de toda sugestión extraña. Porque, la obra colectiva de una cultura —síntesis de un proceso ideológico— no puede subsistir por la simple solidaridad material de sus componentes. La labor común sólo se manifiesta con carácter perdurable mientras cada uno de aquéllos la afianza con su impulso anímico. El centro del Universo —en cualquier momento de la Historia o en cualquier plano de la vida —es el Hombre, considerado como unidad, independiente de la especie; y el progreso, en su acepción más excelsa, no es sino el acrecentamiento del contenido espiritual de cada unidad humana. Las Civilizaciones creadas por la acción inteligente, pero limitada, de minorías directivas, a expensas de la labor fatigosa de las muchedumbres bestializadas u oprimidas, retardan, sin duda, el proceso evolutivo del mundo. Aparecen y desaparecen en el curso del tiempo como manifestaciones fugaces de la realidad transitoria. En su dramática cuanto milenaria existencia, el hombre ha contemplado en sucesivos ciclos, la extinción de las más elevadas formas de cultura.

Así, —despojado de todo prejuicio dogmático— explícome el proceso de la Civilización Occidental, en estos días apocalípticos. Madurado mi pensamiento en el silencio de mis horas, mientras reavivo en mi templo la luz de los Misterios Antiguos, voy a exponerlo, en breves páginas, sin ninguna jactancia.

Maquinismo y Doctrinarismo

Después de dos mil años de hegemonía de un menguado cristianismo, la Civilización Occidental ve aproximarse su crepúsculo. La prodigiosa fábrica asentada sobre el suelo de Europa con poderosos soportes en todos los continentes del mundo, siente estremecerse el armazón de hierro de su arquitectura y crujir los cristales de sus redomas científicas. Un alto designio, más fuerte que la previsión de los hombres, parece cumplirse.

Los pueblos exhaustos, desorientados y ululantes se asombran de que hayan peregrinado veinte siglos para llegar al caos; y los gobiernos, impotentes ante el desastre, acrecientan con sus desaciertos el confucionismo reinante. Los Estados de Europa, aferrados a una política caduca, deliberan teatralmente sin entenderse; mientras las repúblicas indo-americanas perpetúan en contiendas estériles su intrascendente historia. Entre tanto, ahí está, intangible, el acervo de los días transcurridos. Por una parte, los maravillosos inventos del ingenio humano, los artefactos de la técnica, los productos de las grandes industrias; y por otra, el arsenal cuantioso de los dogmas, los conceptos y las doctrinas elaboradas en jornadas sin tregua.

El Maquinismo y el Doctrinarismo concentran, en efecto, el caudal de la actividad humana en la Civilización de Occidente. El hombre occidental, sobre todo en los últimos tiempos, ha dedicado, exclusivamente, su existencia a someter bajo su dominio la materia inerte y las fuerzas desconocidas de la naturaleza. El mundo exterior ha sido el campo propicio de sus experiencias; y ha dado a la vida, individual o cósmica, un sentido singularmente mecánico. En su afán de sojuzgar el planeta o de procurarse los medios de satisfacer sus crecientes necesidades, el hombre no ha omitido sacrificios. La electricidad, el vapor de agua, los metales, el espacio, el tiempo, son hoy energías o elementos tributarios de la vida afanosa. Así la "técnica" —es decir la habilidad inteligente dirigida a transformar con fines útiles los elementos materiales y las fuerzas de la naturaleza— ha alcanzado un desarrollo extraordinario. Del cerebro del nuevo creador y de sus adiestradas manos ha surgido la "máquina" cuyo mecanismo realiza milagros más estupendos que el de la distribución de los panes u obscurece las proezas de los dioses. Pero, toda esa actividad industriosa que traduce un progreso material, es en su origen concomitante con la violación de leyes éticas o de orden superior cuya impunidad no puede perpetuarse en el silencioso proceso de la historia. Para esclarecer estos conceptos, deberé advertir que la técnica actual no comporta —como supone Jaurés— el dominio del "espíritu" sobre la materia. La "técnica" implica un esfuerzo puramente "inteligente", mientras el "espíritu" es la energía preclara, inaccesible, cósmica,

excepcionalmente manifestada, colocada en un plano superior al de la inteligencia. De consiguiente, las actividades de ésta son, ordinariamente, ajenas a toda función espiritual. Cuando Ameghino estudia la constitución geológica de los terrenos pampeanos para establecer la precisa ubicación de nuestros supuestos predecesores, actúa con el criterio inteligente de un consumado naturalista; cuando formula su *Credo* en la Sociedad Geográfica, ejercita sus potencias espirituales. Un constructor de telescopios muestra, evidentemente, su talento de artífice concibiendo un lente maravilloso; pero, Einstein, sin modelar la materia, domina las regiones siderales con una concepción de su espíritu.

Toda la mecánica actual es, pues, obra exclusiva de la inteligencia. Apremiado por las necesidades fisiológicas, por la fiebre del lucro, por las corrientes del comercio, el hombre occidental perfecciona incesantemente la máquina a expensas, empero, de las leyes inviolables de la vida. De ahí que el progreso sea paradójico o contradictorio. El operario, por ejemplo, que fabrica durante largas horas determinadas piezas de un engranaje, es, a menudo, un alma tan espesa y limitada como la rueda que moldea. Porque, para el mayor número, la técnica es sólo habilidad inteligente proyectada en el plano de la realidad y no adiestramiento ponderado de ninguna potencia interna. Fabricada la máquina y puesta en funciones, resulta a veces de un mecanismo más complicado que el del hombre que la dirige. Junto a la locomotora o a los maravillosos motores de una usina, no es raro encontrar al milenario troglodita: el “bárbaro tecnificado” de Keyserling, cimienta insustituible de la Ciudad Futura. Sobreviene, de consiguiente, en las entrañas mismas de la sociedad en movimiento, esta inquietante paradoja: la civilización no civiliza; o mejor dicho, la cultura occidental, en su valor intensivo, es puramente epidérmica.

En otro orden de consideraciones, la técnica multiplica la producción a la vez que simplifica los procedimientos para crear riquezas materiales; pero, esas riquezas —en cuya elaboración colaboró toda o la mayoría de la colectividad— son acaparadas exclusivamente por una clase social privilegiada o por un reducido grupo de hombres. Al mismo tiempo, cada invento que simplifica las formas de producción, aumentando el rendimien-

to, desaloja un número proporcional de trabajadores. De este modo, mientras se acrecienta la riqueza social y se usufructúa ésta por una clase determinada, el número de asalariados, sin recursos y sin trabajo, va en progresivo aumento. Pero, tal resultado comporta otras consecuencias asombrosas. A saber: el desarrollo del maquinismo, es decir, el progreso técnico, esclaviza al hombre en vez de libertarlo por cuanto intensifica la miseria de las masas; reaviva el antagonismo de éstas contra la desigualdad económica, o sea, acelera el proceso de disolución de la organización presente; y multiplica estérilmente la riqueza industrial —almacenada por falta de consumidores— sin beneficio para nadie. Compruébase así que al expandirse las formas materiales de la civilización, viólanse tanto las leyes primordiales de la vida espiritual —libertad, justicia, solidaridad— como las de la existencia biológica— bienestar, alimentación, trabajo, recompensa.

Pero, extremando el análisis, en un plano superior, llégase a conclusiones de mayor trascendencia. Es evidente, en efecto, que el progreso técnico si ha aportado ventajas materiales, evitando o atenuando la aspereza de la lucha contra el medio hostil, no ha contribuido a modificar el fondo dramático de la vida, ni a resolver los conflictos interiores del hombre. Éste continúa en su desolada soledad, frente al Universo, con su enigma y su tragedia. Así, el plutócrata apoltronado en un rascacielos con todo el “confort” de la vida fastuosa o transportado en un lujoso expreso a cien kilómetros por hora, siéntese, a menudo, más desdichado que el mísero habitante de una cabaña o que el pastor trashumante, encaramado en el sendero del monte con su piara de ovejas... Porque, indudablemente, el acrecentamiento ciego de las formas materiales —es decir, de la visión objetiva del mundo— determina por contraste la clausura de horizontes insospechados en el plano de la irrealidad.

* * *

Paralelamente al progreso de la técnica, el hombre occidental —en el campo de la especulación ideológica— ha forjado dogmas, conceptos y doctrinas en correlación con su situación de predominio en el mundo. Sepultados los antiguos mitos y reba-

jada la Filosofía en su jerarquía de “madre de las ciencias”, cada aspecto de la vida o cada actividad aplicada a la realidad, como consecuencia de la multiplicidad de las funciones, ha dado origen a un orden de conocimientos, lógicamente eslabonados. Metafísica, Psicología, Matemáticas, Astronomía, Química, Física, Anatomía, Fisiología, Antropología, Historia, Sociología, Economía Política, comportan en su denominación algunas de las innumerables fases de la actividad en que la inteligencia se ejerce. ¿Cuál es el cimiento básico, primario, fundamental, de estas ciencias y cuál, en síntesis, su orientación ideológica en la corriente del Universo? Difícilmente podría contestarse con exactitud la pregunta; pero, tras de reflexiva abstracción, cabría, acaso, responder: El realismo dinámico que orienta la vida occidental influye poderosamente en el conceptualismo y dirección de las actividades científicas. Pues, en verdad, salvo las contadas excepciones de especulaciones desenvueltas en las cimas más puras del pensamiento —tales las Matemáticas, la Astronomía, la Física— la mayor parte de las ciencias ajusta su trayectoria al proceso del progreso técnico. Por esto, en contraposición a los procedimientos arcaicos, el método experimental es la piedra de toque de la sabiduría; la realidad concreta el único plano donde se posa el ojo del maestro; y sólo los “hechos” o fenómenos que logran ser pesados, medidos o catalogados merecen computarse como valores efectivos. El pensamiento pareciera no contemplar sino el aspecto exterior y visible del mundo sin retrotraerse hacia adentro. Todo tiende a manifestarse en formas tangibles, desvinculadas de lo incorpóreo o abstracto, sin raíces perdurables. La verdad absoluta ha desaparecido como objetivo remoto; sólo existen teorías o doctrinas en constante renovación y de una certidumbre relativa. Análoga tendencia obsérvase en las actividades estéticas. La literatura, superficial y retórica, exhibe paisajes impresionistas o retrata fantasmas de cinematógrafo, mientras la música, la poesía y la pintura sensibilizan emociones epidérmicas. El hombre recóndito, enigmático y trágico, está ausente.

Cegadas las fuentes ocultas de la vida, todas las grandes irradiaciones del drama humano se han obscurecido. La religión, desde luego, ha perdido su sentido místico. Las iglesias de la cristiandad, pervertida su misión evangélica, carecen de influjo

moral para orientar a las masas o sugerirles las posibilidades que encubre la inmutable Esfinge. Intolerancia, fanatismo, superstición, es cuanto se encierra bajo la pompa del culto; y el poder "espiritual" —católico o cismático— colabora, en el terreno político, con los más repudiados despotismos. Las milicias de Dios operan en las tinieblas, subterráneamente, como una legión de magos negros, sembrando la cizaña o encendiendo los fuegos de Moloch, mientras Cristo extiende en vano sus brazos ante los pueblos impasibles.

Perdida la fe en el culto, las masas nutren su ingenua mentalidad con el estupefaciente de los nuevos ritos laicos. La ciencia, concentrada en recetarios, ha salido de los laboratorios y las cátedras para difundir una cultura popular tan superficial como petulante. El cientificismo, en realidad, ha sustituido a la sabiduría; y la erudición libresca al conocimiento profundo de la materia enseñada. Los viejos dogmas del hermetismo sagrado aparecen hoy revestidos con el ropaje fantasmagórico de las doctrinas en auge. Palabras y teorías; teorías y palabras.

Pero, donde ha culminado esta febril ansiedad de análisis objetivo y de conceptualismo verbal es en el campo de las actividades del hombre como ser colectivo. Individualmente considerado, el hombre, en la actualidad, carece de valor: es una entidad negativa. El número ha suplantado a la unidad. El epítome donde Aristóteles concentró sus observaciones sobre las formas de gobierno —*La Política*— ha servido a sus comentadores para ampliar las perspectivas a medida que la existencia en común acentuaba su complejidad. Surgieron así —como una nueva categoría— las denominadas "Ciencias Sociales" cuya enumeración y límites es innecesario precisar; pero que, desde luego, comprenden, entre otras, la Sociología, la Historia, la Economía Política, la Legislación Comparada. En los últimos tiempos —podría afirmarse sin exagerar— el hombre occidental ha dedicado gran parte de sus energías al estudio de dichas ciencias. La importancia que han adquirido los fenómenos colectivos en el desarrollo de la historia explica aquella predilección. Pero, como esos fenómenos, cada vez más heterogéneos y complicados, amplían los dominios de la observación, el hombre ha debido especializarse en determinada materia para encontrar su clave. La especialización es

hoy la característica del maestro o del docto. El sabio alemán, abstruso, sistemático, erudito y cerrado, es el espécimen clásico del “cienciado” occidental. Fuera de la rama definida de su ciencia, el sabio actual parece complacerse en demostrar su ignorancia en todo lo que aquélla no abarca. Es evidente, por cierto, que la necesaria división del trabajo o la forzada disciplina que la labor comporta, obliga a una persistente concentración sobre el objeto del experimento o del estudio; pero, resulta, sin duda, una exagerada como tendenciosa rigidez contemplar sólo un limitado aspecto de un mundo tan vario. Esta circunstancia, agregada a las restricciones inherentes al método experimental o a los prejuicios de escuela, imprime un carácter parcial o unilateral al juicio del observador o del sociólogo, resultando, al fin, empequeñecido o deformado el fruto de su fatigosa tarea.

Empero, todavía, nuevas causas de error deben sumarse a las anteriores. Exacerbada la existencia colectiva por la misma expansión del cauce superficial en que se ha desbordado, y acicateadas las masas por la urgencia del vivir, inseguro y galopante, reclaman imperiosamente normas o pragmáticas que definan su destino o pongan término a sus jornadas sin descanso. Entonces, conmovidos por la visión del drama, tocados por el interés inmediato o movidos por un sentimiento generoso, surgen presurosos los teorizadores, los apóstoles, los leaders, —y acaso algún concienzudo expositor— cautivando a la ingenua grey con la receta mágica, la inefable doctrina, o la interpretación cabal de los fenómenos. Sembrados sobre el “humus” de las generaciones y abonados por el dolor y la esperanza de las masas, los nuevos dogmas —falsos o descabellados— arraigan, crecen, fructifican, perduran.

* * *

De este modo, desde la desmembración del Imperio Romano, el Mundo Occidental ha ido acrecentando el tesoro de su “ciencia humanista”. Ella traduce en sus estratificaciones —a semejanza de las capas geológicas— las ideas dominantes en cada época o señala el curso de las corrientes sociales. Existe, pues, un paralelismo entre las mutaciones de la realidad engendradas por los movimientos de la historia y los sentimientos o ideas

prevalecientes. De modo que son las ideas o los sentimientos en acción los que cambian el aspecto exterior de la vida en el tiempo y el espacio, y no las fuerzas mecánicas, ni los progresos técnicos. Estos últimos, son, necesariamente, tributarios o dependientes de aquellos. Por esto, cuando se afirma que las muchedumbres "hacen la historia", porque en realidad su empuje avasallante determina las transformaciones en la estructura del conjunto, debe advertirse que existe siempre una causa instintiva, sentimental o ideológica, obrando como reactivo. Los sucesos descolantes del dilatado panorama corroboran esta aserción.

Así, la prédica del cristianismo —convertido en fuerza política después de diez siglos de catequismo— originó las Cruzadas, cuyas sucesivas expediciones fijan en la historia el antagonismo espiritual entre el Oriente y el Occidente. El Renacimiento es, asimismo, un movimiento artístico y filosófico, cimentado en motivos ideológicos. Pues, si bien el descubrimiento de América y de otras tierras desconocidas —hechos prominentes de dicho período— pueden atribuirse a los progresos de la navegación o a la invención de la brújula, el despertar de la cultura pagana y la difusión de las obras de los escritores antiguos ¿no contribuyeron más que cualquier invento a destruir la absurda concepción del Mundo sostenida por la Iglesia romana o a acentuar el interés por los viajes extraordinarios?

Más tarde, las sangrientas luchas religiosas iniciadas después de la Dieta de Worms y cerradas con el triunfo del Protestantismo, encarnan la rebelión de la conciencia humana contra el despotismo dogmático. La doctrina del "libre examen" —una concepción idealista— fué la llama ardiente que mantuvo la oposición de los rebeldes.

Avanzando en el tiempo, el fondo de los grandes sucesos no ofrece variantes. La Revolución Francesa, cuyo origen ocasional se inicia con la Convocatoria de los Estados Generales para salvar la situación financiera de Francia, pudo ser atribuída por imparciales observadores, a una causa económica. Pero, examinando detenidamente todos los factores, se hallará que, antes del hecho real, los cimientos de la monarquía absoluta habían sido socavados por la acción combativa de fuertes escritores y singularmente por los enciclopedistas. El genio galo, representado por sus más es-

clarecidos exponentes —Montesquieu, Montaigne, Rabelais, entre los precursores: Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, entre los últimos— contribuyó más que la crisis financiera a dar a la Revolución un propósito y un contenido.

Transformado hoy el aspecto del Mundo Occidental después de un siglo de aquella conmoción política, el enorme ejército de la Internacional Obrera ¿no pretende, acaso, la realización de un dogma laico en la Revolución que se avecina? Porque ¿qué es el Programa Máximo del Comunismo, sino la expresión del "materialismo histórico" en sus más remotas conclusiones?...

* * *

En suma: la Civilización Occidental iniciase con la luz fulgurante de una doctrina cuyo sentido esotérico jamás comprendieron ni penetraron sus prosélitos, y cierra su ciclo de veinte siglos alumbrada con la tea macilenta de una Revolución cuyo credo opuesto anuncia el reino de los cielos sobre la tierra, con exclusión de toda influencia espiritual.

Pero, como tal doctrina abarcará, en mi sentir, la última etapa de la Civilización de Occidente, considero oportuno prestarle detenido examen.

El Dogma de Piedra

Cuando Darwin dió a conocer el *Origen de las especies* y Haeckel —más darwinista que Darwin, según la expresión de Hartmann— pretendió explicar el principio de la materia vava con su teoría de los "móneras", los sabios occidentales del pasado siglo imaginaron que habían encontrado la clave de la existencia y que el hombre había develado el enigma de su oscuro génesis. Contemporáneamente a tan trascendentes especulaciones, Carlos Marx, al realizar la crítica del Régimen Capitalista, jactábase también de haber encontrado las leyes que determinaban el desenvolvimiento de las sociedades y redujo a una simple transformación de la técnica y de las relaciones comerciales todo el proceso de la Historia.

Empero, pasado el tiempo, y atenuado el pasionismo pro-

selitista que tales doctrinas suscitaron, los hombres encuéntranse con respecto a su origen como en los comienzos del problema; y nuevas doctrinas continúanse elaborando sobre el desarrollo de la Historia. Darwin y Marx podrían considerarse, sin duda, como dos propulsores extraordinarios del pensamiento científico de Occidente; pero, a medida de los años, las concepciones de uno y otro han debido reducirse a sus justas proporciones. Porque, o bien nuevas investigaciones o bien hechos que no pudieron preverse, han demostrado, ante el criterio imparcial, la exageración o la inseguridad de aquellas teorías.

Si esto es evidente ¿cómo ha logrado, entonces, la doctrina marxista del determinismo o del materialismo histórico, convertirse en dogma de fe y difundirse, tanto en el seno de las masas como en los centros de alta cultura? Simplemente, porque ella se ha actualizado en la realidad social, animando u orientando el movimiento político de la clase obrera. Cuando Marx formula la crítica del Régimen Capitalista y establece como un postulado de sus especulaciones “la lucha de clases”, proclamando por consecuencia lógica la necesaria solidaridad de los trabajadores —(Proletarios de todos los países: uníos!)— ha debido, indiscutiblemente, en el comienzo de la agitación popular, sugerir a los propagandistas más capacitados su novísima teoría; y desde ese momento, el materialismo histórico se convierte en una doctrina en acción, a semejanza de cualquier dogmatismo religioso.

No es posible, en efecto, realizar la crítica del Régimen Capitalista y predecir su próxima disolución, sin referirse a los aspectos anteriores de la evolución humana. Planeado el desarrollo de ésta, surge, como resultado inmediato, una teoría general de la Historia. De ahí, que toda la ideología socialista, manifestada en las distintas corrientes del movimiento obrero —comunismo, colectivismo, sindicalismo, reformismo— repose, en último análisis, en la consabida doctrina del materialismo histórico.

Los fundamentos de esta doctrina, disociados de todo idealismo trascendental, aviénense, en esta hora inquietante, con la mentalidad ingenua y positivista a la vez de la clase proletaria. Cabe advertir, sin embargo, que tales principios no fueron enunciados por Marx sistemáticamente, sino que hállanse dispersos

en su vasta obra. Con todo, concretamente, podrían enunciarse así:

a) La Historia, considerada objetivamente, como debe estudiarse, es la ciencia que explica el origen, evolución y transformación de las agrupaciones humanas sobre la tierra, a través del tiempo y del espacio.

b) Las multitudes, es decir, la mayoría numérica, elaboran la historia de cada pueblo, influyen en su destino y determinan los principales acontecimientos.

c) La lucha de clases (esto es: el antagonismo permanente entre poseedores y desposeídos; entre los que dictan las leyes y los que deben cumplirlas; entre los dueños de la tierra y los que la cultivan en provecho de aquéllos; entre los capitalistas y los proletarios de hoy) es el espectáculo predominante en el campo de la historia humana desde los más remotos tiempos.

d) El progreso histórico se realiza por el perfeccionamiento de la técnica (es decir: por la manera de producir las cosas necesarias para la subsistencia y el bienestar del hombre); la diversa manera de producir determina a la vez cambios distintos en el modo de vivir; y el cambio de costumbres, imprime al mismo tiempo modificaciones substanciales en el régimen de gobierno y en la Legislación.

e) La religión, el arte, el sistema jurídico y las más altas manifestaciones de la actividad creadora no son sino "superestructuras" levantadas sobre el substratum económico que constituye el fundamento de la sociedad. "Porque, el modo de producción de la existencia material, determina el proceso social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia".

f) Suprimida la lucha de clases, después de la conquista del poder político por el proletariado, se podrá dirigir o determinar conscientemente el movimiento de la Historia. Porque, abolida la lucha de clases, se clausura la pre-historia del hombre.

La proyección de los precedentes postulados es enorme. Eliminado el hombre como entidad dinámica de la realidad del Mundo —de acuerdo con la concepción enunciada— el panorama de la Historia circunscríbese a los fenómenos colectivos. La espe-

cie sustituye al individuo; el número compuesto a la unidad. Todo cuanto está más allá del planeta, en el espacio ilimitado, no interesa al observador, cuya mirada circumspecta sólo escudriña la marcha de las sociedades sobre la tierra o el cambio de las formas materiales. Objetivada así la vida gregaria, las leyes que la rigen determinanse por las variaciones exteriores del conjunto, o sea por la manera cómo las agrupaciones buscan su alimento, construyen sus casas, elaboran su industria, realizan su comercio u organizan su gobierno, al modo cómo podría estudiarse la existencia de cualquier especie animal. La afanosa democracia de las hormigas, la monarquía constitucional de las abejas y el régimen soviético de los castores han sido examinados minuciosamente con ese criterio por penetrantes naturalistas.

Tal modo de ver —elemental y unilateral a la vez (a pesar de la dialéctica abstrusa que lo encubre en la obra originaria)— concuerda en sus exteriorizaciones ideológicas con el realismo ingenuo de las masas populares cuya limitada capacidad excluye las especulaciones trascendentes. El hombre, cuanto más esclarecido, más se esfuerza, necesariamente, en encontrar dentro de sí mismo la explicación de su existencia o de su relación con el mundo. Pero, el despojo humano de las ciudades industriales, trasuntado en el proletario de hoy, sólo concibe la vida como una herencia dolorosa; y sin examen deliberado, encuentra en las pragmáticas de la “lucha de clases” la liberación de su destino. Consolida de inmediato su credulidad, la prédica fervorosa del apóstol o del *leader* de la emancipación obrera para el cual la actividad política constituye la única preocupación de su existencia. Con su detonante vehemencia o su estudiada teatralidad, expone o comenta los postulados de la doctrina, ante la muchedumbre ávida de esperanzas. El nuevo evangelio parece resplandecer en el verbo encendido... Además de aquél, el publicista en boga o el catedrático “izquierdista” —cuya actuación debe manifestarse “en concordancia con las ideas de su tiempo”— hacen a la vez la apología o el análisis de la teoría, aumentando así el número de sus adeptos. De este modo, “el materialismo histórico” ha ido, poco a poco, extendiendo su acción proselitista.

Pero, deben computarse, asimismo, dos antecedentes impor-

tantes que contribuyeron desde el comienzo, por la eficacia del procedimiento, a cimentar sólidamente la doctrina: el origen racial de Marx y la época en que divulgó su credo. Judío antes que pensador, Marx refleja en su sistemática obra el obstinado espíritu de su raza. Tiene la dialéctica de los antiguos levitas y razona con la terquedad de un porfiado rabino. El Régimen Capitalista comporta, sin duda, para él, la encarnación de la cultura cristiana, cuyo falso sentimentalismo se evidencia en la justicia social. La prosa maciza de sus escritos, despojada de toda emoción, aplícase al examen de hechos escuetos y de referencias numéricas. Su lógica cortante, recuerda las imprecaciones de Isaías. A semejanza de Moisés, busca una nueva Tierra Prometida “en los tiempos que han de venir”, pretendiendo vincular por intereses comunes a los proletarios del mundo. Así como crea las categorías económicas, crea también los antagonismos y convierte la vida colectiva en un campo de permanentes luchas. Pero, sobre ese cuadro desolante no prepondera ninguna idea directriz, ni se advierte el objeto ulterior de tan dolorosa tragedia. Una explicación mecánica —de una aridez impresionante— resume todo el panorama de la historia humana desde el comienzo de los siglos: “En la producción social de sus medios de existencia, —escribe— los hombres mantienen relaciones determinadas, necesarias, independientes de la voluntad... El conjunto de esas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva la superestructura jurídica y política y a la cual corresponden ciertos modos de pensar sociales. El modo de producción de la vida material determina el modo de actividad social, política e intelectual. Por tanto, pues, no es la conciencia del hombre la que explica su manera de vivir, sino, por el contrario, su existencia social es lo que explica su conciencia” (*Crítica de la Economía Política*). “El molino de brazos dará la sociedad con el señor feudal; el molino de vapor la sociedad con el capitalista industrial. Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales en conformidad a la producción material, crean también los principios, las ideas, las categorías, conforme a sus relaciones sociales... Tales ideas y categorías son productos históricos y transitorios” (*Miseria de la Filosofía*). “Darwin nos ha interesado en la historia de la

tecnología de la Naturaleza; esto es: en la formación de los órganos de las plantas y de los animales, órganos que sirven como instrumentos de producción para el sostenimiento de su vida. ¿No es digna de igual atención la historia de los órganos productivos del hombre, de los órganos que son la base material de toda organización social?... Toda historia de una religión que prescindiera de estas bases materiales, carece de crítica. Es en realidad mucho más fácil descubrir por el análisis la esencia terrena de las creaciones místicas que, por el contrario, desenvolver a partir de las actuales relaciones de la vida, las formas celestes correspondientes de aquellas relaciones. Este último es el único método materialista, y por tanto, el único método científico" (*El Capital*. Tomo II, nota I). Por último, Engels, el colaborador, intérprete y "ejecutor literario de Marx", resume así su doctrina: "La antigua concepción idealista de la Historia que sobrevivía aún, no conocía la guerra de clases, basada sobre intereses materiales... Los nuevos hechos imponían un nuevo examen de toda la Historia pasada: entonces se vió que la Historia no había sido más que la Historia de la lucha de clases... El idealismo fué arrojado de su último refugio de la ciencia histórica, pues ya estaban sentadas las bases de una ciencia histórica materialista" (*Socialismo utópico y Socialismo científico*).

Esa concepción mecánica de la vida —cuya interpretación inmediata es la negación del pensamiento o de la potencia espiritual como fuerza creadora— es de origen evidentemente semítico, o con más exactitud, judaico. El pueblo hebreo, en efecto, (con excepción del pequeño grupo de los esenios) representa en la antigüedad pre-cristiana la corriente inferior materialista, opuesta al gnosticismo trascendental de la raza aria. Marx, por otra parte, nunca alcanzó a despreocuparse de su origen racial a pesar de su vasta cultura. En 1844, escribe un artículo titulado *La cuestión judía*, en el periódico que dirige en París con Arnold do Rouge; en 1845, publica con Engels un ensayo contra los jóvenes hegelianos con este sugestivo título: *La Sagrada Familia*. En esa misma época, Ludwig Feuerbach publicó su famoso libro *La Esencia del Cristianismo*, con el propósito de demoler las bases metafísicas de la teología. La influencia de sus

ideas hízose sentir entre los pensadores de entonces, particularmente en Marx.

Como he advertido, el método seguido y la época de positivismo en que apareció, contribuyeron asimismo a cimentar la doctrina marxista. Esta, al manifestarse, afirma su oposición a la Metafísica y a la Filosofía de la Historia, el vástago más lozano de aquélla en el campo de la realidad trascendente. Desde Tucídades hasta Spengler, las más diversas escuelas pretenden explicar el desarrollo de las sociedades humanas o precisar las leyes del progreso. La filosofía alemana había culminado en esta faz de la actividad especulativa, llevando su ideología hasta los límites más elevados del pensamiento occidental. Un nexo común vincula a todos los sistemas aunque parezcan contradictorios. Schelling y Herder, Kant y Hegel, Krause y Spengler, tienen para mí la misma filiación ideológica. Pero, Hegel fué el primero en concebir la Historia como un "proceso", o sea como el desarrollo de una idea —la idea de libertad— a través del tiempo y el espacio. La realización de este proceso explicase por el método dialéctico que el mismo filósofo ha creado. Según Hegel, todo hecho o idea antes de concretarse en forma definitiva pasa por tres faces, la última de las cuales resume las otras dos, en apariencia opuestas: tesis, antítesis y síntesis. Pero, Hegel construyó su filosofía de la Historia con elementos puramente metafísicos, subordinando la realidad a la idea que la había engendrado. Así, el proceso de la idea de "libertad" era para él la causa generatriz del progreso humano.

Marx, invirtiendo los términos, es decir: tomando la realidad como punto de partida y procediendo al mismo tiempo con la misma lógica que su predecesor, aparta como inútil todo el arsenal metafísico acumulado en las cátedras de Koenisberg o de Jena y observa la Historia objetivamente, en su aspecto material, como si se tratara de estudiar una especie viviente. Para justificar su actitud, había declarado, previamente, con énfasis apostólico, "liquidada la filosofía". Contemporáneamente a la divulgación de sus escritos polémicos, —como una reacción contra el verbalismo ideológico y la logística en boga— el método experimental afirmaba su prestigio en los dominios de la ciencia; y en los laboratorios o en las aulas —donde fuertes mocetones

habían sustituido a la silueta escuálida de Fausto—, el humo de las retortas simbolizaba el incienso funerario de la *Crítica de la Razón Pura*.

Desechado el idealismo, el nuevo sistema se construye con materiales bastos. En el estudio objetivo de la Historia, —realizado a través de la Economía Política—, Marx escudriña tan de cerca los hechos o examina con tal minuciosidad sus orígenes que debe, forzosamente, enlodarse en el barro de la tierra o ponerse al nivel de las muchedumbres en marcha. Tal posición, desde luego, resulta inadecuada. Pues, así como los árboles no dejan ver el bosque, el apóstol del determinismo —emparedado entre los conflictos sociales inmediatos, los prejuicios ancestrales y sus obsesiones sistemáticas— pierde la visión de las grandes perspectivas o no contempla ni siquiera el horizonte lejano hacia donde él mismo se dirige.

De haberse colocado al margen del camino o en un plano más elevado, como corresponde a todo observador imparcial, su concepción de la Historia hubiera variado, sin duda, fundamentalmente. Mientras frente a él la caravana humana proseguía su marcha incesante por las rutas del planeta, podría admirar sobre su cabeza el universo estelar y las lejanas nebulosas. En el centro de ese maravilloso espectáculo, el Hombre reaparecía como entidad soberana, buscando explicarse su posición en el Cosmos. Como consecuencia lógica, la “tesis” hegeliana renacía con mayor prestigio, recobrando el idealismo el mismo valor conceptual que su “antítesis” o sea el método objetivo. Pues, en verdad, resulta absurdo cimentar todo el proceso histórico sobre el progreso de la técnica —es decir, del dominio de la inteligencia sobre la materia— y no considerar a la vez que la “idea”, como expresión o manifestación superior del ser inteligente— pueda también modelarse, trabajarse o, expandirse, dando origen a categorías o concepciones de orden moral o metafísico, más poderosas que los artefactos de la mecánica moderna. La misma concepción materialista de la historia —aunque parezca paradoja— no es sino una idea, desarrollada lógicamente en el plano de la realidad.

Resulta, entonces, una afirmación tan contradictoria como aventurada hacer derivar todas las manifestaciones religiosas,

estéticas o jurídicas de la sociedad, del substractum económico o del progreso técnico. Porque éste no explica satisfactoriamente el motivo originario o esencial de los fenómenos. ¿Cuál es la causa, verbigracia, de que el proceso histórico siga tal trayectoria y no tal otra, a semejanza de las formas en la escala de los seres? ¿En virtud de qué principio se ha originado y perdura la ley de evolución tanto en los seres animales como en las sociedades organizadas? Y si la manera de producir, o sea la técnica, crea la superestructura social, y por ende la conciencia individual, ¿por qué en la vieja civilización india —de industria manual y primitiva— Gautama Buda resplandece hace miles de años con un pensamiento tan elevado como el de Keyserling, filósofo ultra-moderno nacido en el seno de la sociedad capitalista? ¿Por qué, en el Manú o en los Evangelios mantiénese incontaminado el mismo principio de justicia que reclaman como un imperativo del progreso los proletarios de hoy? Si el proceso evolutivo tiene un nexo de continuidad entre las sociedades que se suceden a través del tiempo ¿qué misión o qué objeto tuvieron las civilizaciones desaparecidas de América o de Asia, o qué vínculo las une con la actual Civilización de Occidente? Podría argüirse, con petulante ignorancia, que Marx considera como Prehistoria toda la época corrida desde las más remotas edades hasta la abolición de “las clases”, según lo ha expresado en la *Crítica de la Economía Política*. Pero ¿pueden confundirse en tan vasto período el oscuro hombre de las cavernas cuyas emociones se traducen en aullidos estridentes, con el espíritu esclarecido que expresa en el *Claro de Luna*, por ejemplo, el lenguaje de las almas ultra-terrenas?

Nada obsta, de consiguiente, para que las más altas concepciones del pensamiento puedan engendrarse o existir independientemente de la organización económica. Es más: esas concepciones, en cuanto representan manifestaciones individuales, pueden superar el grado de cultura colectiva en determinada época, explicándose, así, la existencia de los precursores o de los clarividentes de todos los tiempos. Por último, desde el punto de vista del determinismo marxista, tampoco podría concebirse la realización de la estupenda civilización griega, cimentada, como es sabido, sobre un industrialismo rutinario.

Por tan fuertes motivos, acaso hubiera sido más acertado asegurar, en un sentido general, que paralelamente al desarrollo de la técnica ensanchase el campo ideológico de la colectividad; pero, no porque las ideas deriven de los cambios materiales, si no porque existe cierta coordinación o correlación entre esos cambios y el progreso mental de la especie. La energía creadora radica y radicará en el individuo y no en los elementos que ha subordinado. Sin esfuerzo, cabe concebir, en el orden lógico, que el Hombre —*homo sapiens*— no es el último término de la evolución en la escala de los seres; o que, por lo menos, no ha desarrollado al presente toda su potencialidad anímica al manifestarse en el plano de la realidad o en el mundo de los fenómenos —para expresarme en lenguaje kantiano—. De ahí que, siendo la evolución un impulso permanente, actúe incesantemente sobre cada individualidad, ya para preparar el advenimiento del futuro arquetipo, o sea el continuador del hombre; ya para dar expansión a las fuerzas latentes en éste. Por esto, la influencia de personalidades excepcionales, surgidas en determinado momento, es más decisiva en el proceso de la historia que el ambiente climático o el desarrollo de la técnica. Buda, Cristo, Platón, Dante, Leonardo, Galileo, continúan señalando normas a la especie.

De consiguiente, de acuerdo con la afirmación hegeliana de la verdad o de la necesidad de los opuestos, frente a la concepción materialista de la Historia, puede subsistir con la misma fuerza de lógica o de comprobaciones reales, la concepción idealista del progreso.

Pero, desde un plano superior, siguiendo la trayectoria hegeliana, ni la concepción materialista, ni la concepción idealista pueden explicar, separadamente, el proceso de la Historia. Si el Universo es dual, es decir: si se manifiesta como realidad y como ideación; como pluralidad y como unidad, sólo en la conjunción de estos dos aspectos, en apariencia antagónicos, radica la relativa verdad. Esto es: la explicación lógica del desarrollo de la vida en el Universo manifestado, del cual la Historia humana representa un limitado aspecto. Tal síntesis comporta la concepción ultra-idealista del Mundo.

Más allá, sin embargo, está la concepción suprema: la negación de la realidad y del idealismo, la ilusión de la Historia; o sea, la

concepción espiritual. Pero, ésta ya es órfica. Pertenecen a los seres que han salvado el último linde y que no advierten a su paso ni siquiera las estatuas de los dioses y de los héroes.

* * *

En resumen: desde los más oscuros días de la prehistoria, el hombre —solo o en actividad gregaria— muéstrase como un ser en continua evolución. Aparece en las distintas regiones del planeta y en el presente ciclo de vida, con todos los atributos de la animalidad. Poco a poco, domina los elementos hostiles y conquista la tierra. Se asocia en grupos, tribus o clanes, dándose una forma rudimentaria de gobierno. Funde los metales, inventa las artes y sojuzga las fuerzas primarias de la naturaleza. Las primeras edades —piedra, bronce, hierro— contadas en períodos de siglos, han pasado. La inteligencia comienza a resplandecer y aparecen las civilizaciones elementales, como resultado de la acción colectiva de los núcleos humanos. Los hiperbóreos, los lemures, se esfuman sobre la tierra dejando una remota huella de su paso. Después, sucedense los atlantes, los mayas, los mogoles, los caldeos, los indotánicos, los egipcios, en evones de tiempo que parecen eternidades. Los griegos y los romanos —nuestros predecesores— son de ayer... Pero, en tan larga peregrinación a través de las civilizaciones que se van sucediendo, a medida que los hombres develan o someten las fuerzas ocultas del universo, engrandecen o ensanchan a la vez los dominios de su mundo interior. De donde resulta la civilización, un reflejo de la vida psíquica colectiva.

Así, para el hombre de las primeras edades, la Historia —si tal puede denominarse— es una manifestación instintiva; para los pueblos de las subsiguientes eras, una manifestación de inteligencia elemental; más tarde, revélase como realización de concepciones mentales, en gradación diversa; y en los tiempos ulteriores, cuando las masas adquieran el esclarecimiento de su destino por su total evolución, será un proceso de fuerzas espirituales.

Por tales circunstancias, mientras las multitudes no se hayan despojado de su animalidad ancestral, la Historia se renovará con el aspecto desolante de nuestros días. Porque, el proceso his-

tórico, es, en suma, el proceso del contenido interior del hombre: instinto, inteligencia, alma, espíritu. Pero, como la Historia refleja o traduce en la realidad ostensible la vida del hombre como ser colectivo, sólo acelerando el desarrollo evolutivo de las masas, llegaría a modificarse el sentido de tragedia fatalista que aquella presenta. El hombre, individualmente, puede libertarse cumpliendo o realizando las leyes superiores de la vida que son leyes espirituales. Las multitudes, opuestas por ignorancia a esas leyes, continúan encadenadas. Así, yo, como unidad específica, al ponerme en relación con el Mundo, concibo el proceso de la evolución histórica en la realidad manifestada; o sea, el paso incesante de los hombres sobre la tierra, en continuados ciclos. Agotada una civilización, al clausurarse cada uno de éstos, la Historia parece retrogradar.

El dogma de piedra del materialismo histórico, cuya realización consumará el Comunismo naciente, cerrará, por designio fatal, el ciclo de la Civilización de Occidente.

La Rusia Soviética y los Estados Capitalistas

La Rusia socialista de los soviets es, en este momento de la Civilización Occidental, el baluarte de la nueva concepción estadual frente a las viejas formas de gobierno— tal como la Francia del 93 ante las monarquías absolutas de entonces. Porque la Revolución rusa, cuya ulterioridad trascendente tanto desconcierta a las clases conservadoras y a las mentes empedernidas en la tradición aristotélica, tiene este doble significado: una rebelión formidable contra el despotismo de los zares, y una afirmación de hegemonía del partido político que aspira a modificar la estructura económica del mundo. Tan magna empresa exige, desde luego, un esfuerzo proporcional a sus proyecciones. Por esto, sería pueril pretender juzgar de inmediato la obra de la Revolución o anatematizar ciegamente los procedimientos de su táctica. En el breve espacio de tiempo corrido desde los comienzos de aquélla, no es posible concretar un juicio definitivo; ni las críticas de sus detractores apasionados pueden ilustrar imparcialmente al observador sereno.

Cabe asegurar, empero, que la Revolución, en la realización de sus propósitos, ha usado para consolidarse de los mismos recursos que cualquier otro movimiento análogo, y, evidentemente, con menos efusión de sangre. Pues, fuera de la tragedia de Ekaterimburgo, en la cual fué inmolada la familia imperial, y de los combates con los mercenarios ejércitos blancos, la lucha nunca alcanzó la dramaticidad de la Revolución Francesa.

Conviene advertir, además, precisando el significado histórico del suceso, que la Revolución, para sus propios sostenedores, reviste un carácter transitorio; y que al realizarla, en nombre de una clase, propónense dar efectividad permanente al programa ideológico sostenido por ella. Así, en el Capítulo V, art. 9 de la Constitución aprobada en Enero de 1918 por el 3er. Congreso Panruso, se establece claramente: “El principio esencial de la Constitución de la República socialista federal de los soviets, *en el período de transición actual*, reside en la instauración de la “dictadura del proletariado” urbano y rural y de los campesinos más pobres, con el objeto de aplastar a la burguesía, de suprimir la explotación del hombre por el hombre y hacer triunfar el socialismo, bajo cuyo régimen no habrá división de clases ni poder del Estado”. De consiguiente, la “dictadura del proletariado” es un rótulo impresionante, estratégicamente colocado, para dar trascendencia política al predicado de la “lucha de clases”. El pueblo ruso, sin embargo, —y refiérome en particular al campesino de las grandes estepas— no alcanza a penetrar el significado ideológico de la leyenda. Su mentalidad primitiva sólo advierte en la Revolución un cambio de régimen gubernativo, empeñado en destruir sus tradiciones seculares o perjudicar sus intereses económicos. Impuesta la Revolución por una minoría inteligente, en una época de profunda perturbación social, pudo encontrar eficaces colaboradores en los obreros y soldados de los centros urbanos donde la vida colectiva aseméjase en su permanente zozobra a la existencia de las ciudades de cualquier Estado de Occidente. Mas, los campesinos, alejados de la vorágine fabril, en la placidez de un misticismo secular, prefieren la tutela tolerante del “pope” a la autoridad de un “comisario del pueblo”. Sería necesario modificar toda la estructura psicológica del campesino ruso, elaborada en un proceso de ocho siglos, para sustituir su estática

visión del mundo por la preocupación obsesora de un “agitador social”.

La Revolución, no obstante, realiza tan tesonera como inteligentemente su obra. Ante el asombro de los Estados Capitalistas, toda la armazón burocrática y militarista del poderoso imperio ha sido arrasada. Con afán presuroso, y como un experimento audaz, la super estructura jurídica y económica de la vieja Rusia —para expresarme en los términos adecuados—, hecha añicos, ha sido suplantada por las novísimas normas de la sociedad futura, impuestas por el programa máximo del marxismo. Contrariando los mismos postulados del dogma, sin esperar la culminación del proceso industrial que debe preceder a la conquista del poder político y al establecimiento del nuevo régimen, el colectivismo se ha enseñoreado prematuramente del Estado dando a éste el dominio, administración y contralor de todas las fuentes de producción y la tarea de transformar las formas jurídicas arcaicas. El antiguo derecho de propiedad ha sido transmutado. Leyes inusitadas se han implantado en todos los órdenes de la vida; y el régimen de la familia, de las transacciones comerciales, de la penalidad, ha experimentado una transformación violenta. Para asegurar la estabilidad del sistema, la organización política se ha mecanizado como el engranaje de una poderosa máquina, vinculando la más oscura aldea al poder central por un juego de poleas y de dientes de acero. Tal es la Constitución socialista de 1918.

Suprimido el individuo como entidad básica del Estado y cimentado el valor político de la grey colectiva, los *soviets* —es decir, “consejos”, corporaciones— ejercen sin oposición su autoridad en todo el territorio de la vasta república. Bajo su acción coordinada, modélase paso a paso la obra constructiva. Se destruye para crear, de acuerdo con el pensamiento de Bakunin. Templos, palacios, fortalezas, tienen un nuevo destino. Los antiguos valores ideológicos han desaparecido. Los sagrados íconos de la iglesia ortodoxa han sido aventados y los sacerdotes han perdido su prevalencia. La religión es un prejuicio burgués; y para libertar a los hombres de toda preocupación mística, se ha fundado una escuela de ateísmo. Así ejerce su predominio la

“dictadura del proletariado”, al par que cimenta los principios de la concepción materialista de la historia.

Para ello, una vigilante política, tanto interior como exterior, preocupase no sólo de la subsistencia del régimen sino también de la divulgación de la doctrina. El ejército rojo resguarda las fronteras; y la policía soviética —tan inquisitiva como la del zar— perpetúa los procedimientos de persecución y espionaje. Panait Ystrati —el celebrado escritor rumano— ha revelado en un libro reciente las arbitrariedades del sistema.

En el exterior, los delegados soviéticos defienden con ahinco la obra de la Revolución y procuran difundir sus postulados. Concordando con éstos, en la conferencia de Ginebra, aquéllos han propiciado el desarme universal; y la República ha suscrito un “pacto de no agresión” con los Estados limítrofes.

Al mismo tiempo, el gobierno central concebía y ponía en ejecución un proyecto más vasto: “el plan quinquenal”. Esta medida ha despertado, injustificadamente, en el mundo occidental, las protestas de los países productores. No existe, en efecto, ninguna razón valedera para fundamentar la oposición suscitada. El “plan quinquenal” no es sino una consecuencia lógica del marxismo en acción y de la política dinámica del nuevo régimen. Para consolidar la República Socialista —de acuerdo con las concepciones teóricas del apóstol máximo de la doctrina— es necesario que Rusia pase por todas las fases del proceso histórico y que su industrialismo alcance un desarrollo floreciente. Antes de la Revolución, Rusia era un país semi-asiático con una incipiente industria fabril concentrada en las grandes ciudades. Como expresión de ese estado, la agricultura podía considerarse la industria por excelencia. Las enormes riquezas naturales del territorio no habían sido explotadas. Su población, compuesta en su mayoría de campesinos, no conocía los diversos aspectos del proceso técnico. Estaba mentalmente retrasada en siglos. El gobierno republicano, comprendiendo el peligro que entrañaba el mantenimiento de esa inmovilidad rutinaria, se ha propuesto afanosamente acelerar el proceso industrial. Un plan tan simple como estricto, ha sido puesto en práctica. Primeramente, la elaboración del petróleo y sus derivados para competir en precio y calidad con los norteamericanos; después, la agricultura intensiva y en

grande escala para abastecer los graneros del mundo; y por último, la metalurgia y los objetos manufacturados para abarcar todos los ramos de la actividad industrial. Como el Estado tiene la administración de la producción y la dirección del comercio, pagando precios mínimos por los salarios (sacrificio exigido a los trabajadores en esta época de transición beligerante) puede colocar sus productos en los mercados extranjeros en condiciones que no admiten competencia. Cumpliendo durante quince años este plan, Rusia será, al cabo de ellos, una de las naciones más productoras e industriales de la tierra. Al mismo tiempo, su población, sometida a una forzada disciplina, se habrá modelado conforme a una determinada concepción de la vida y habrá adquirido la experiencia del tecnicismo industrial.

Tal plan, empero, si puede combatirse en el interior de Rusia por las torpes exigencias que comporta su realización o por el extemporáneo esfuerzo que significa transformar artificialmente el medio social, no debería preocupar a los países que adquieren productos en condiciones más ventajosas, con beneficio para la población consumidora. Entre los mercaderes de todos los tiempos, la ideología de los vendedores o los compradores ha sido siempre extraña al comercio. Pero, como la operación entraña un peligro para los intereses de los acaparadores internacionales, el "plan quinquenal" ha puesto en guardia a los gobiernos vinculados directa o indirectamente a aquéllos. La República de los Soviets, sin embargo, continúa impasible su infatigable propósito.

* * *

Frente al espectáculo alucinante de la Revolución Rusa y del pavoroso aspecto económico del mundo, los Estados sometidos al Régimen Capitalista aparecen engeguécidos o desconcertados. El cuadro trágico de la Gran Guerra parece haberse desvanecido sin modificar los instintos atávicos del hombre. Los gobiernos, europeos o americanos, continúan aferrados a los viejos prejuicios. La política no ha abandonado sus tortuosas rutas; y los mismos procedimientos anacrónicos regulan las relaciones de los pueblos. Los principios básicos de la economía social no han experimentado cambio alguno. Ningún problema urgente —en el orden

interno o en el orden internacional— ha sido definido o resuelto. Todas las teorías, las doctrinas, las previsiones de los estadistas han fracasado. Cada nación, de Europa o América, ofrece un aspecto desolante o caótico: superproducción acumulada, falta de numerario, desocupación alarmante, lucha intestina de bandos irreconciliables, como en las repúblicas tumultuosas de la edad media. Alemania, Italia, Yugoslavia, Indo-América ven renacer en sus territorios, de las entrañas de su cultura, la fiera ancestral.

En el orden internacional, la situación es, si cabe, más complicada. Antagonismos sociales, guerra de tarifas, anarquía monetaria, cobro imperativo de las deudas, intolerancia recíproca. Los grandes congresos sobre el desarme, la liquidación de la guerra, la colaboración interparlamentaria, han evidenciado que los hombres, por más esclarecidos que parezcan, no logran entenderse en los asuntos más apremiantes. Francia e Italia, Alemania y Polonia, Estados Unidos y Japón, Inglaterra e Irlanda mantienen vivos sus recelos ocultos. Las voces de Wilson, de Briand, de Stressemann no han abatido las barreras de prejuicios o de intereses materiales que separan a los pueblos.

Entre tanto, una zozobra inquietante discurre por el mundo. Un soplo de tragedia barre las ciudades y los campos; y las muchedumbres harapientas agítanse con el sordo rumor de un mar hirviente. Paralizado el comercio, muertas las industrias, la fiera troglodita despierta bajo los rostros exangües. El hambre y la desesperación aúllan infructuosamente en las noches sin término. Jamás sacudió a las naciones occidentales una crisis más honda. En medio del sorprendente progreso técnico, todos los valores económicos se han menospreciado. Las fuerzas productivas están estancadas; las mercancías no circulan; la moneda es una expresión negativa como signo de cambio. Un feudalismo regresivo vuelve a imperar sobre las comarcas de Occidente. En la lucha por la existencia, los estados se aíslan; ciérranse las fronteras; y las aduanas conviértense en fortalezas de un ciego proteccionismo. Esto aumenta, sin duda, la miseria y el desconcierto interior. Además, como si el sistema político fuera la causa exclusiva del desastre, proclámase en tono apostólico la bancarrota de la democracia. El parlamento pierde su antiguo prestigio de poder regulador y ensáyase la dictadura como el único régimen capaz de so-

focar por la opresión el clamor de las muchedumbres o de aplicar medidas apremiantes, sin sujeción alguna. Los derechos democráticos, conquistados en valerosas jornadas, se declaran abolidos. Ante el desborde del populacho frenético o de las multitudes proletarias que reclaman una nueva justicia distributiva —en un impulso generoso de milenario ensueño— surge el “fascismo”, como organización despótica del Estado o las tiranías hispano-americanas, como exponentes de la demagogia autóctona. En el fondo del cuadro, mientras pasan los rebaños silenciosos sobrellevando en su interior la tragedia del mundo o ensayan algunos el gesto rebelde, dominan las estampas de los nuevos conductores: Mussolini, Primo de Rivera, Hitler, Gómez, Leguía, Sánchez Cerro, Ybáñez...

Así, en un espasmo supremo, todas las fuerzas regresivas conciértanse para conjurar la avasallante desviación de la vida, cerrando las esclusas. Error inaudito! Ceguera incurable de los que están perdidos! En el curso turbulento de la Historia Occidental, ninguna corriente desbordada ha sido contenida cuando obedecía a un impulso expansivo o renovador. Los bárbaros aplastaron la prepotencia romana; los Reformistas pusieron término a la intolerancia religiosa; los ejércitos franceses divulgaron los principios de la Revolución hasta más allá del Vístula. Pero, fatalmente, siguiendo la trayectoria de una ley ineludible, los Estados Capitalistas aceleran su propia ruina cuando se amparan en fuerzas oscuras o en núcleos sociales enquistados para contener los peligros interiores o exteriores que amenazan su existencia. Sin renovar profundamente las instituciones, animando, siquiera en apariencia, con un soplo vivificante las formas agotadas del régimen actual, ninguna medida heroica resultará eficaz. Día a día, la crisis reinante se tornará más honda. Las perturbaciones, en todos los órdenes, asumirán caracteres catastróficos. Pero, a pesar de todo, el sistema capitalista permanecerá inflexible. Porque, las clases conservadoras tienen un concepto inmutable de la evolución histórica y de los derechos primarios cuyo beneficio se han adjudicado. Las mentes están ya modeladas para no observar sino una línea invariable en la ruta del progreso. La ley, la familia, la propiedad, la justicia tienen normas estrictas... De ahí que los Estados Occidentales, en un anheloso afán de

proyectarse en la Historia —como el moribundo empeñado en sobrevivir— opondránse tenazmente a cualquier modificación intensa de su estructura social o política. Antes de ceder, harán un clamoroso llamado a todas las fuerzas colectivas, “en nombre de los principios o sentimientos más caros de la humanidad”, y se aprestarán denodadamente a la lucha. No habrá transacciones. Aquéllos preferirán caer carbonizados por el incendio, para justificar su grandeza. Tal es la perspectiva del mundo.

Advenimiento del Comunismo

Dentro de breves años —según lo acabo de expresar— siguiendo el lógico desarrollo del proceso histórico, dos ideologías profundamente definidas, concretadas en corrientes opuestas, dividirán a los hombres del Mundo Occidental; a saber: la comunista y la anti-comunista. Para los enconados militantes o para los sagaces sociólogos, los pocos que escapen al influjo de una u otra tendencia apenas si merecerán ser tenidos en cuenta. El drama humano —tal como está hoy esbozado— habrá acentuado sus sombríos contornos. La Rusia Soviética, consolidada como entidad política por la infatigable acción de su gobierno, será una nación fuerte al par que poderosa. El Comunismo tendrá en ella no sólo su baluarte inexpugnable sino también la sede del apostolado marxista. Leningrado y Moscú serán capitales proselitistas, a semejanza de Roma o la Meca. De ellas, partirá a los cuatro rumbos el soplo arrebatador del nuevo verbo; y las multitudes de todos los países —sinceras en su ingenuo entusiasmo— volverán a creer en el advenimiento del reino de los cielos. Porque, la Rusia soviética representa hoy, en la materialista concepción de la vida, el único ideal tangible de las masas laboriosas. El hombre aislado repudia, sin duda, ese fanatismo. Pero, el régimen soviético comporta, precisamente, la exaltación de la colectividad y la negación del individuo. Es una República a la inversa de la de Platón. Ha surgido de las entrañas de la gleba dolorosa como una protesta contra la carga de prejuicios e injusticias que abruma al mundo. Derramada la simiente, poco a poco, la idea comunista se irá infiltrando a través de las fronteras y su realización

será la obsesión dominante del proletariado. Todos los grupos afines —anarquistas, socialistas, sindicalistas, georgistas— se irán concentrando en un frente único a medida que la crisis económica se agrave o el peligro común los obligue a solidarizarse.

Simultáneamente, los gobiernos capitalistas extremarán su rigorismo. En Alemania, en Francia, en Inglaterra y acaso en las repúblicas americanas, dictáranse leyes represivas contra las asociaciones proletarias. Un régimen de fuerza, de intolerancia y de terror habrá sustituido a los gobiernos constitucionales. La lucha interna, en cada país, sobrevendrá implacable y frenética. La llama del incendio arrasará las ciudades y los campos. Tal como las guerras religiosas que asolaron durante siglos el suelo de Europa, la tragedia asumirá por largo tiempo pavoroso aspecto. Los ejércitos rojos cruzarán las fronteras, y los últimos “ejércitos blancos” librarán contra ellos formidables combates. La técnica de la guerra habrá alcanzado su máximun de perfección. En el interior de cada Estado —Alemania, Austria, Francia, Italia, Inglaterra— las agrupaciones comunistas se aliarán a los invasores: bien uniéndose a ellos; bien secundando su táctica y sus métodos de lucha. Huelgas, sabotajes, insurrecciones, perturbarán permanentemente la tranquilidad del Estado, agravando la miseria general. ¡Días apocalípticos! ¡Días de espantosa ansiedad! Años y años de incesante batallar. Después de cada tregua, la lucha será reiniciada con renovado ardimiento. Crujirá el armazón de la sociedad burguesa. Arderán sus templos, sus palacios, sus bibliotecas. El complicado engranaje del gobierno dejará de funcionar. Las leyes no tendrán eficacia; las instituciones parecerán formas desencarnadas. Nacionalidad, familia, religión, justicia, derecho, serán valores invertidos; palabras de un sentido insospechado o desconcertante. Las muchedumbres tomarán su revancha; y un viento de disolución arrasará los más caros sentimientos del hombre. Así afirmará el Comunismo, en Europa, su triunfo político.

En América —particularmente en los Estados Unidos— acontecerán luchas semejantes y análogos cambios, a no ser que se origine, por inesperado impulso, una corriente de renovación espiritual que dé otra orientación a su historia. Pero, el “izquierdismo” vacío de hoy —corresponde afirmarlo— no contiene en su programa de acción ninguna posibilidad futura. Sólo existe en él

un sentimiento primario de rebelión, expresado en palabras fulgurantes.

* * *

Quienes hayan leído los precedentes capítulos, acaso sonrían con desdén o se asombren de mis temerarios vaticinios. ¿Es concebible, inquirirán, aceptar por meras deducciones, sin ninguna prueba evidente, la bancarrota del sistema capitalista? ¿Puede augurarse, tan rotundamente, el advenimiento del comunismo develando los sucesos que el porvenir encubre? Tan importuna profecía ¿no será una obsesión lacerante o el sueño ilusorio de un visionario? Y yo, serenamente, respondo —¿No están más obsesidos los que no ven la realidad? ¿No hay más desequilibrio —en esta hora de inquietud suprema— en concebir que pueda perpetuarse un régimen social que se cae a pedazos, como un edificio desquiciado? Porque, el proceso histórico es análogo a cualquier otro proceso de la vida cósmica. Fórmase una nebulosa; concentra su núcleo; transfórmase en sol o en planeta; viaja por los cielos en períodos de siglos; y dispérsase, al fin, como una yerta pavesa cuando se ha extinguido la energía que animó su existencia. Surge una especie animal; se aclimata en determinada porción de tierra; se multiplica, se selecciona; y después, agotada su vitalidad por distintas causas, desaparece para dar lugar a otras especies superiores. Fúndase un sistema político o un régimen social —matriarcado, patriarcado, feudalismo, absolutismo, república—; se consolida en la lucha con los elementos hostiles; se desenvuelve; progresa; realiza su función específica; y poco a poco, siéntese declinar, agotarse y sucumbir como un armazón sin soportes. La evolución en todos los órdenes caracterízase por la mutación incesante de las formas y de su contenido. Tal como desapareció el régimen zarista, ante el atónito asombro de sus poderosos defensores, los Estados Capitalistas, —según lo he manifestado— desaparecerán de Occidente. Porque el sistema capitalista, como forma histórica, está totalmente agotado.

Triunfante el Comunismo —tal como acontece en Rusia, donde conviven hoy 150.000.000 de habitantes— pondrá en ejecución todas las concepciones de su vasto programa. Una nueva sociedad renacerá sobre los despojos de la antigua, del mismo

modo que surgió la burguesía sobre los escombros de la clase nobiliaria. Pero, en la organización de aquélla, no existirán "privilegios de clase". La anarquía económica habrá desaparecido; y un justo concepto de reparto regulará la distribución de la riqueza. Igualmente, la miseria colectiva y las crisis periódicas serán conjuradas. Las necesidades materiales del hombre y acaso sus actividades inteligentes, se verán plenamente satisfechas.

Simultáneamente, los progresos técnicos habrán adquirido extraordinario desarrollo. El dominio de la materia y de las fuerzas naturales dará a las ciencias, a las artes, a las industrias, potencialidad maravillosa. Nuevas leyes astronómicas, físicas, químicas, fisiológicas, serán descubiertas; y teorías insospechadas ampliarán los horizontes del saber humano. En medio de una creciente prosperidad y de un relativo bienestar, bajo la tutela de leyes previsoras de amparo colectivo, el régimen comunista imperará en el Mundo Occidental por un largo período de tiempo cuya duración no podría determinarse.

Pero, el régimen comunista será la última etapa de la Civilización de Occidente.

El epílogo trágico

El Comunismo, en efecto, ante los grandes ciclos históricos —lemúrico, atlántico, indo-chino, egipcio, caldeo-babilonio, greco-romano— no contiene (y recalco el concepto) la simiente de una nueva civilización sino que es el postrer retoño de un árbol carcomido. Su doctrina, estrictamente dogmática, se ha generado dentro de la ideología forjada por las mentes occidentales; y su realización concuerda con las faces del proceso técnico-económico de la presente era. El materialismo histórico —sustancia vital del régimen comunista— expresa la última síntesis de la civilización de Occidente; y —según lo he advertido— necesariamente dejará de subsistir cuando esta civilización se agote.

Cimentado el sistema, lejos de realizarse el reino de los cielos sobre la tierra —como imaginan las espesas multitudes o proclaman los agitadores de hoy— una inquietud más honda perturbará a los hombres. Satisfechas las necesidades biológicas

por el imperio de una nueva justicia distributiva y perfeccionada la técnica hasta un grado prodigioso, aquéllos observarán, paulatinamente, que la animalidad satisfecha y el progreso beneficioso no han modificado la intensidad de su drama interior. La especie estará protegida en su vida gregaria; pero, el individuo comenzará a vislumbrar que entre él y aquélla —como manifestación de la realidad— media un abismo. Al contemplarse a sí mismo, el hombre esclarecido encontrará, como hoy, que el mundo objetivo circundante, creado por él, no concuerda con sus íntimas preocupaciones; y que todas las doctrinas prevalecientes o todos los artefactos de la actividad industriosa son ineficaces para calmar su angustia secreta. El velo que cubría sus ojos comenzará a desvanecerse; y el hombre, como entidad única, frente al Universo, volverá a renacer: —¿Materialismo histórico? ¿Realidad concreta? ¿Ciencia experimental? ¿Progreso técnico? ¿Radica en esa sistemática actividad el enigma del Cosmos? ¿Está en ese círculo cerrado la clave de la sabiduría? ¿Habrà venido el hombre al planeta sólo para resolver —después de incontables siglos— el problema de su alimentación o perfeccionar los instrumentos de la técnica? Pero... ¿y si revertiendo la lógica, como lo haría Hegel, la ilusión valiera tanto como la realidad y la idea más que la materia tangible? ¿Si el Mundo no fuera más que la proyección del pensamiento en el plano de las posibilidades? ¿Si la Historia no resultara, en definitiva, para el Hombre, nada más que el aparente movimiento de las generaciones en el círculo del Tiempo?...

Desde el momento en que el individuo, volviéndose a sí mismo, es decir, recobrando su propio dominio, se interroga así, la concepción materialista de la vida será una fórmula vacía y el comunismo, como realización de ésta, un régimen social agotado. Sugerida la sospecha, —tal como acontece en la actualidad— la crítica combativa triturará en su almirez los dogmas y los postulados. Simultáneamente, voces augurales romperán la monótona uniformidad del ambiente. Acaso algún místico lance sus imprecaciones contra una sociedad tan utilitaria, absorbida por funciones industriales o mecánicas, mientras un sabio rebelde reclama el retorno a la metafísica o a la especulación idealista. Por un instante, un rayo de luz atravesará el espeso humo de los altos

hornos, y las multitudes, disciplinadas y rígidas —pero siempre multitudes— mirarán las estrellas remotas.

Al mismo tiempo, los pueblos orientales habrán despertado de su hondo letargo. La supresión de las fronteras políticas, la abolición de las barreras económicas, la simplicidad de las comunicaciones, determinará una emigración de esos pueblos hacia Europa. Persas, árabes, indostánicos, chinos, tibetanos, llegarán hasta el Atlántico trayendo un sentido cósmico de la vida, un avatar del espíritu milenario. El hombre occidental, con las facultades mecanizadas, consciente de su tragedia, sentiráse impotente para modificar su naturaleza o para libertarse del enorme peso de su falsa cultura. Sobrevendrá una época de confusión, de desconcierto, de renunciamiento a toda actividad, como si el mundo hubiera llegado a su término. Fábricas, usinas, ferrocarriles, vapores, telescopios, laboratorios —como ya lo prevé Spengler— serán abandonados. Los cimientos del sistema, sin cohesión solidaria, se disgregarán. Los hombres, embotadas sus energías espirituales, ambularán como espectros. *Mane - Tecel - Phares...*

* * *

Y la Civilización Occidental, bajo el signo de las constelaciones —aventadas las cenizas de su último dogma— entrará definitivamente en la sombra.

CARLOS N. CAMINOS

DAVID PEÑA (1)

Introducción

TÓCAME, al incorporarme a esta Junta, recordar la obra de mi predecesor, David Peña, según la práctica emocionante de ciertas academias, que llena el doble objeto de impregnar al nuevo socio con el espíritu de la institución, vinculándolo a uno de sus muertos y rememorar también al camarada desaparecido.

Yo sé bien que estrictamente no me corresponde una silla en esta Junta, pero no he insistido en mis excusas ante la unanimidad con que me honraron mis colegas, en cuya compañía me encuentro tan a gusto.

Compañía instalada por Mitre, que conserva su espíritu, se hospeda en su casa, presidida honoraria y simbólicamente por él, que inculcó en su pueblo, entre otras cosas nobles, la afición a estos estudios desinteresados y fecundos.

Rincón de sombra tibia donde no llega la fiebre de la calle, a cien metros de la feria humana de Florida, a tres cuerdas de los Bancos y la Bolsa, baño sedante que aquieta los espíritus, retiro placentero que rejuvenece con el reposo de esta cura de silencio, de paz y de justicia, que es la historia.

Uno de los hombres que buscaron su refugio en este remanso fué David Peña. Tenía la afición del pasado, y un desprendimiento innato para vivir de los bienes que no dan renta.

Juventud

Fué uno de esos niños a quienes Avellaneda tendió la mano, y su alma agradecida quedó saturada del gran espíritu tu-

(1) Discurso de incorporación leído en la Junta de Historia y Numismática, el 10 de setiembre de 1932.

telar. El gran hombre lo caldeó en su afecto; alguna vez habló a la muchedumbre con la mano puesta sobre su cabeza infantil.

Cuando el ministro visitó el colegio de Rosario pidió informes sobre el niño, a quien él había concedido una beca. "Buen estudiante; pero tiene un defecto", dijo el rector, "la vanidad". Avellaneda replicó: "La vanidad del niño puede ser un anuncio de la dignidad del hombre".

Es bueno haber sido alguna vez el huésped de un gran corazón. Eso aumenta la fuerza. Sentimos en la vida la protección de invisibles amigos. El "ángel guardián" no es un mito religioso, es una realidad psicológica; en las horas más crueles se adivina el protector oculto; y la bancarrota de las almas se produce cuando aquel desaparece.

Peña tuvo la fortuna de acercarse a varios hombres superiores. Gustaba también de los grandes muertos. Tenía el sentido de la admiración; esto provenía de su generosidad candorosa, de su bondad entusiasta. La consigna de la nueva moda era no admirar nada y desconfiar de todo. La admiración había pasado a ser una actitud ingenua y un sentimiento palurdo.

Alberdi también fué su amigo. "¿No sabes que en este momento se embarca para Europa tu gran amigo Alberdi?" El muchacho corrió, saltó al bote, alcanzó el vapor poco antes de zarpar. El viejo lo abrazó: "No he tenido valor para llamarte. Quizás no vuelva más". Y no volvió.

Cuando un joven se ha puesto en contacto con alguna grandeza le es difícil descender.

La generación del 80

Pertenecía a esa generación del 80, de brillantes "amateurs" que daban dulces picotazos en las cosas, embriagados por la alegría del vivir en esta tierra sorprendente; generación que debió servir para todo, antes que las especialidades se dividieran. Esos hombres, algo impacientes e indóciles, tuvieron la vocación de lo grande, y dejaron fragmentos reveladores de lo que hubiera sido la obra integral. Llegaron a la vida en un momento de transición cuando la riqueza nueva produjo una desorientación colectiva. El país pobre se convirtió de pronto en país rico. Esa ge-

neración, algo mareada, no tuvo el éxito que merecía; fué un riquísimo caudal de aguas que en gran parte se perdió en las arenas.

David Peña también incurrió en ese "flirteo" intelectual, enemigo del amor más grande. Derroche de monedas arrojadas "a la marchanta"; dispersión que le impidió realizarse integralmente, desplegar todo el hombre virtual que había en él. "Serás lo que debes ser". Fué algo de lo que debió ser, pero no lo fué todo. Los retazos de su vida revelan que el conjunto hubiera sido magistral. Su mano nerviosa corría por el teclado de la vida, iniciando y cortando trozos delicados, mientras conversaba deliciosamente y así pasaba de un ensueño a otro ensueño.

Sembraba y partía, no sabía cosechar. Partía a romper nuevas tierras, a echar otras semillas. Era como aquel colono fantasma de los bosques del Kentucky, que abría claros y picadas, sembraba y partía a otras selvas más remotas, buscando la quimera que nuía delante de sus ojos, siempre solo y errante, hacia el lejano oeste, por el camino del sol.

Sus trabajos

Fué periodista, dramaturgo, historiador, diplomático, funcionario, abogado, político, a todo llevó su inquietud exuberante.

De sus aficiones, talvez las que más perduraron fueron la del teatro y de la historia. Tenía la gran imaginación que la historia requiere; la emoción retrospectiva. Carecía de los prejuicios y rencores que hacen fracasar con frecuencia al historiador. Su sentido dramático de la vida le permitía ver en relieve las escenas de otro tiempo.

Fué un abogado de los grandes procesados de la historia: de Facundo, Liniers, Carrera, Alvear, de Dorrego, de Alberdi; él no acusaba, defendía; no había nacido para fiscal; era un rehabilitador; su enorme don de simpatía, su capacidad de admiración, su facilidad de perdón, todo lo ayudaba en esa vía de la justicia. Ese es su más noble rasgo intelectual. Cruzaba por la historia este caballero andante reparando agravios, y había

por cierto mucho que reparar. En el gobierno, su mayor placer habría sido el indulto y la amnistía.

Pidió justicia para las víctimas del fallo prematuro dictado por uno de los litigantes, y reclamó jueces sin interés y sin pasión. Fué el abogado de los vencidos, sin recompensa, sin honorarios. Quiso levantar la formidable lápida con que estaba cubierto el cadáver de Facundo. Tomó a su cargo esa defensa difícil del caudillo, dos veces muerto, primero por las manos cobardes de un asesino, y después entre los puños del cíclope de San Juan.

Era uno de los conferencistas más completos que he conocido, por la fluidez elegante y armoniosa del estilo, la articulación perfecta, por la voz cálida y confidencial que infundía su propia emoción.

Con toda su indisciplina fué un obrero ilustre; tenía una buena herramienta y sabía manejarla. Y en el tiempo de la instalación, en aquellos años febriles en que todos el país estaba cubierto con los andamios de las construcciones, en que se ganaban fortunas dejándose estar, Peña trabajaba sin salario en los mármoles y en las estatuas, sostenido sólo por su vocación de artista.

Trece volúmenes de *Atlántida*, dos grandes tomos interrumpidos de la *Historia de las Leyes*, teatro histórico y de costumbres, obras históricas, páginas jurídicas, ahí están...

Su teatro

David Peña fué tal vez el iniciador del teatro histórico entre nosotros. Trató de difundir la obra nacional, sin envilecer la trama ni el lenguaje, sin adular al público, educándolo y elevándolo, con probidad y pulcritud. Buscaba la belleza moral y la belleza artística con una confianza que no se enfrió nunca en él. Como era un visual tan sensitivo llevaba sus causas al teatro. Este abogado buscaba el Jurado para sus clientes, quería presentarlos viviendo su drama y haciendo ellos mismos su alegato. Su teatro histórico es más para ser leído, como el teatro clásico. Allí se encuentra una mina profunda y variada de riqueza literaria, filosófica e histórica. Pero no es el teatro moderno, ligero,

intencionado, picaresco, casi mudo. Ni es mucho menos el otro teatro canallresco que constituye con frecuencia el éxito del cartel.

El drama propiamente histórico sirve para llenar los huecos de la historia, pero va desapareciendo de las tablas. Requiere la cultura del público de la Comedia Francesa. Toda pieza que exija auditorios técnicos tiene poca vida teatral.

Próspera, La madre del Cardenal, Facundo, Dorrego, tuvieron noches felices en los teatros nacionales, pero esos triunfos no se repetirán; los gustos han cambiado, y el cine ha vencido.

"Shakespeare"

"Lee mucho a Shakespeare", —le dijo un día Avellaneda— "hace dos siglos que la humanidad ríe y llora con él. ¿Por qué? Porque él no hizo dramas con diálogos de sala; estudió las pasiones... toma, lee este libro".

Peña lo leyó. Shakespeare le abrió nuevos caminos, su reino de riqueza inagotable. Guiado por él, bajó a los sótanos del hombre. Vió entonces el mundo con otro baño de luz. Eso le dió una nueva juventud. El viaje por el hombre le hizo amena la vida.

Con Shakespeare la escena dejó de ser tinglado de histriones y juglares; pero debió pagar cara su sinceridad. Fué por más de dos siglos desconocido y ultrajado. La altura de Shakespeare se mide por el tiempo que ha tardado su luz en llegar hasta los hombres.

Peña se dió ese baño de oro. En su drama *Shakespeare* ha convocado a todos los héroes de su maestro; allí están Julietta, enferma de amor, Otelo, de celos, Calibán, de odio, Hamlet de duda, Falstaff de concupiscencia, Shylock enfermo de avaricia, Macbeth de envidia, todos son enfermos. Peña los hace desfilar a cada uno con su mueca bajo esa luz astral del maestro que señala el menor estremecimiento de la piel en la ráfaga de dolor. Peña carea los unos con los otros, los frota y saca chispas. Hace revivir al maestro en medio de sus criaturas y lo pasea entre ellas. El gigante juega con sus hijos, comprende a todos y los ama porque es el creador. Todos son de carne doliente y trémula; no hay un solo muñeco de trapo.

Peña ha entrado en el país de Shakespeare; su simpatía lo ha conducido hasta ese misterio que hay en el fondo de las cosas. Nadie como Shakespeare ha concentrado más luz para mirar al hombre. No se le escapó ninguna mancha, ningún "tic"; dió al mundo un curso de anatomía de las almas y mostró en su mano brutal de carnicero el corazón ensangrentado del hombre.

La corte de Elisabeth con su gloria y su miseria... La reina pasa iluminada con su larga cola de cometa... Walter Raleigh, Bacon... Inglaterra llegó entonces a la grandeza porque fué dueña del mar y de Shakespeare.

Los dramas de Peña están influenciados por la técnica del maestro inglés. Peña se ha sumergido en la niebla nórdica y pasea como viejo amigo de esos fantasmas eternos. Ha ungido su alma para siempre con el óleo del grande hombre.

"Oscar Wilde"

Luego se ha asomado y ha entrado en Oscar Wilde, en ese paisaje de fantasía lunar. Peña fué conducido allí por su piedad; se allegó al vencido, a la piltrafa de presidio, al que fué el "Rey de la vida" y moría en un cuartujo de París, marcado de infamia en la frente por la Inglaterra cuáquera, con justicia y con crueldad.

David Peña era un hombre no amarrado a ningún poste. Por eso pudo ir hacia el leproso maldito. Se acercó al que "cansado de estar en las alturas, descendió a los abismos en busca de nuevas sensaciones", al hombre que "había echado la perla de su vida en una copa de vino", y que "descendió al son de la flauta el sendero de las primaveras". Su gloria sólo sirvió para agravar su condenación, para hacerlo caer de más arriba.

Paradoja en el pensamiento, perversidad en la pasión, ese fué su drama. Curiosidad enferma de ángel rebelde. Jugó con todo, no respetó nada. Creyó que podía burlarse de Inglaterra. Inglaterra lo aplastó con el taco de su bota como a un gusano vi.

Entonces encontró una cosa grande que su miseria ignoraba: la humildad; por ella entró a la muerte.

Oscar Wilde sollozó en la cárcel su *De Profundis*, un hipo agónico como el de Job que atravesará los tiempos. El pagano

se había hecho cristiano. Nunca fué más grande que bajo su uniforme de presidiario; entonces brotó de su alma la propia flor. Fabricó "con la estatua del placer efímero la imagen del dolor eterno". "Por eso, —dice Peña—, ha costado tanto la belleza alcanzada". Fué "el espectador de sí mismo". Estuvo dos años en la cárcel; su mujer y su madre habían muerto; sus dos hijos habían cambiado de apellido por orden judicial. Nadie lo esperaba en la puerta del presidio —ni siquiera aquellos perros que acariciaban las duquesas. "Es demasiado para la medida de mi vaso". El penado C. 33 salió solo de la cárcel como una sombra y se perdió en la sombra y el viento.

Ha sido la tragedia más dura de estos tiempos, digna de Shakespeare. Peña se sintió atraído por ese abismo humano; lo condujo con un hilo de luz su gran misericordia. Comprendió esa alma en pena que vagaba por el infierno de la vida, sobreviviendo a su muerte moral. Expuso las tres horas dramáticas en que el Destino la tocó: la hora de la fiesta y la soberbia, la hora del conflicto y de la duda, y la hora final de la desolación y la humildad. Sólo un espíritu shakespeareano pudo comprender y expresar esta tragedia.

Peña escribió esto movido "por un sentimiento de simpatía hacia el artista" y de "lástima por su expiación y su miseria". Su tesis fué que la culpa obtenga "su purificación por el dolor".

"Juan Facundo Quiroga"

Su Quiroga fué un golpe de piqueta a lo consagrado, a lo que parecía intangible, al "magister dixit". Quedó abierta la brecha por donde pasaron los nuevos a rever, al examen benedictino de los papeles amarillos.

Así los jornaleros de la ciencia prepararán los ladrillos con que los espíritus sintéticos han de levantar sus grandiosas construcciones sobre bases más sólidas que las de nuestros primeros ensayos. Peña cometió esa irreverencia patriótica; proclamó el libre examen, exigió la revisión de muchos fallos. Fué una novedad simpática. Hoy ya no se discute esa revisión; está decretada por todos. La investigación ampliatoria ha de continuar, y esto sin mengua del respeto agradecido que merecen los pre-

cursores que con su escasez de material escribieron obras que como pensamiento y como arte no han sido hasta la fecha superadas.

Facundo Quiroga es una obra, resultante de sus lecciones en la Facultad de Filosofía. Está escrita con ardor juvenil; más que el historiador brilla el abogado elocuente que se exalta por la desgracia de su defendido y por la grandeza del adversario. Peña se ha puesto frente a Sarmiento. Tiene, sin embargo, el buen gusto de no agravar su oposición con irreverencias hacia el grande hombre. Conoce la distancia que los separa, pero tiene una aliada que lo ayuda a cubrirla: es la verdad. Al terminar la lectura de la defensa, queda la impresión de que Sarmiento ha escrito la más bella novela histórica de América. Se vé la gran decoración, el escenario de la historia, pero no la historia misma.

Llegaría un día, más tarde, en que Sarmiento sería víctima del mismo procedimiento por el gran escultor de su estatua que deformaría su realidad humana, para convertirlo, con su interpretación individual, en un simbolismo artístico y monstruoso.

El fenómeno "Facundo" no es más que un episodio de la lucha entre Buenos Aires y las provincias, el centralismo y el federalismo, o si se quiere "civilización y barbarie", extremando un poco la antítesis, que es una manera de simplificar perezosamente fenómenos complejos, polarizando en dos hombres o en dos sistemas, todo ese galimatías de la historia. Sarmiento ha agrandado y deformado con su imaginación y su vehemencia la figura de Facundo, creando el antecristo de nuestra historia. Peña ha hecho la defensa. Naturalmente el alegato no puede ser la sentencia ni el abogado es el juez. Peña no ha pretendido decir la última palabra, sino rebatir la acusación. Así hay que tomar su obra.

El paralelo entre César y Facundo, tal vez excesivo, es de una exquisita emoción artística. Por allí pasan los congresos ilustres y las figuras consulares. Si Peña, en vez de ir a explorar nuevos cateos, hubiera seguido ahondando el mismo mineral, golpeando y puliendo la figura de Quiroga, qué obra grande y definitiva hubiera dejado.

El ilustre decano de entonces hizo el elogio algo reticente de esas lecciones, llamándolas "ensayo de reivindicación hecho por

un joven profesor lleno de brío y de talento", con esta restricción: "ensayo más brillante que eficaz". Y agregó que no se debía "chocar sin necesidad contra opiniones y sentimientos que son la base del organismo social".

El doctor Peña chocó sin duda contra esas opiniones y sentimientos, pero no fué "sin necesidad". Chocó porque él creía que "la base del organismo social" debe ser la verdad y no el prejuicio, sabiendo que él traía en sus manos una porción de verdad nueva.

La obra de Sarmiento será también una parte de la historia de Quiroga, pero ya no será toda su historia. Facundo no será Quiroga. Facundo ha de ser un símbolo indestructible; pero el general Juan Facundo Quiroga, aparecerá con su figura humana, tomada de la realidad por los hombres de estudio y de justicia. Y en esa obra David Peña puso toda su lealtad y su saber. Por eso termina su libro con este admirable epifonema: "¡Sombra ensangrentada! No has sido entonces el mito aterrador que el nombre de Facundo evoca. Fuiste el general Juan Facundo Quiroga, nervio, centro, fuerza, pensamiento y acción representativos de esas entidades humildes, candorosas y lozanas que se llaman las provincias..." "Yo no te exalto: te defiendo de la pasión tormentosa que ha cubierto tu recuerdo con un cendal de crímenes, y te señalo a la luz de la verdad histórica como expresión de una edad que elaboró el destino de esta nación que aún tiene en su naturaleza agreste tu mismo sello personal y portentoso". "Y en cuanto a aquel que tanto daño te hizo, escucha y sabe —¡oh, Facundo!— que algo como una vindicación suprema, última, nació de la propia pluma que te hiriera. Es Sarmiento quien, hablando de su sangre y de la tuya, nos lega este desahogo: "¡Nuestras sangres son afines!"

La obra del Dr. Cárcano

Veintiocho años después de sus lecciones sobre Quiroga, David Peña acababa de morir, y otro hombre de su generación, el doctor Cárcano, retoma una iniciativa de su juventud y escribe medio siglo más tarde su *Juan Facundo Quiroga*. El caudillo de los Llanos sigue preocupando a los hombres de pensamiento.

El presidente de esta Junta tenía treinta años cuando un ciclón político lo levantó en los aires junto con otros hombres y cosas de su tiempo. ¿Dónde irá a caer? pensaban los espectadores. Se le creía perdido, aplastado por los escombros. Pero el Dr. Cárcano reapareció; había encontrado el camino del regreso. Venía de un largo viaje provechoso; llegaba de la adversidad. Había cultivado su espíritu como había cultivado sus campos. Ha estudiado, ha escrito, ha gobernado. Y después de los 70 años continúa trabajando: como si volviera a comenzar la vida en un prolongado verano de San Juan.

Yo admito que la investigación del documento pueda ser realizada por el estudioso profesional, pero las grandes síntesis, la interpretación global, debe hacerse por los hombres de experiencia, y si es posible, por los hombres que han gobernado. Prefiero la interpretación de Napoleón, de Metternich, de Talleyrand, de Mitre, de Paz, a los útiles buscadores de los archivos. Son dos procedimientos y dos aptitudes diferentes, el trabajo de análisis y el de síntesis. Cada uno tiene su sector y su mérito.

Por eso yo leo con placer al Dr. Cárcano, porque tiene autoridad para la síntesis histórica. Su *Juan Facundo Quiroga* es el tercer ensayo serio y monográfico sobre el personaje. No abarca toda la vida del caudillo: prevalecen en su investigación la expedición contra los indios y el complot de los Reinafé. Sobre las calidades morales del biografiado presenta dos testigos respetables: el general Iriarte y el señor Hudson. El libro se lee con avidez: lo ha escrito un hombre que ha corrido mundo, que conoce su país y su historia, que ha gobernado y ha sufrido. Es también un retratista; las figuras de Quiroga, Rosas y López pocas veces han tenido esa presentación y ese relieve. Pero nada iguala la escena del duelo criollo entre Santos Pérez y don Cruz de la Peña; este cuadro troyano quedará en las antologías; es una de las narraciones descriptivas más felices que se haya escrito en nuestro país.

Cárcano no cree a Rosas cómplice en la muerte de Quiroga; disiente con Sarmiento y Peña. No acepta tampoco la rehabilitación del caudillo; se diría que para él Facundo es inferior al símbolo de Sarmiento. Es cruel, ladrón, tramposo, sensual y

taimado; no aspira a la reorganización del país y muere sin gloria, como un mandadero de Rosas.

Y bien, señores, mi impresión de profano es que los tres Facundos son admirables, pero no definitivos como obras históricas; faltan todavía mayores probanzas en lo que se refiere a la psicología del caudillo. Falta un poco más: la obra paciente y serena del juez de instrucción, el trabajo benedictino de las oscuras y eficaces hormiguitas de biblioteca. Empleando el lenguaje curialesco, yo diría, si fuera juez, antes de pronunciar la sentencia: para mejor proveer, a prueba por cincuenta años.

El hombre

Sentado en su góndola, David Peña se dejaba llevar sobre el torrente, olvidando los remos, echado de espalda hacia las estrellas; de pronto oía el trueno de la catarata, sentíase al borde del abismo. Entonces remaba contra la corriente para salvarse y como era fuerte vencía a duras penas. Pero, poco a poco, el paisaje apoderábase nuevamente de él y los remos volvían a caer de sus manos; y el drama se repetía una vez más, y muchas veces. Tantas veces como la quimera de su alma inquieta lo alejaba de las cosas de la tierra en sus viajes astrales y fantásticos.

Era el suyo el drama del hombre que ha nacido en fecha o lugar equivocados. Pescador de estrellas, caído en los mercados, noble caballero español del siglo XVI extraviado en un mundo que él no comprendía, con ese asco señorial a la moneda, imprevisor, capitán de cadetes de Gascuña, para él la vida era un milagro; y pasaba deslumbrado y ciranesco, contando la grandeza del pasado, llevando a la escena sus visiones y volviendo de tarde en tarde a la realidad despertado por el sacudón de su nave que encallaba.

Jovial, expresivo, sin malicia, desarmado, sin vicios, le gustaba la charla anacreóntica, sin intención y sin rumbo, con los artistas y los jóvenes; buscando a menudo para esos ágapes inocentes el rincón original en la calleja del puerto, en el arrabal solitario, para quebrar la línea insípida de la ciudad cuadrangular de comestibles y bebidas.

Libre a todo trapo, pero acosado por su persistente adver-

sidad, su velero tenía siempre en contra el viento o la corriente.

Se desprendía del suelo y subía, subía hasta que le llegaba el llamado de las campanas de la tierra, a la tarea ineludible; entonces, ebrio de azul, aterrizaba. Desubicado, inadapado; pero no rebelde... dejaba pasar a los otros, y llegaba siempre tarde en la hora del reparto.

"Qué quiere usted de mí?" le pregunta un presidente con deseos de favorecerlo. "Sólo su amistad".

No sabía administrar su talento. Cómo aprovechan algunos su escaso hilo de agua regando toda su huerta; y cómo desperdiciaba Peña su caudal dejando que rebalsara y se perdiera.

Fué político a ratos, sin vocación, sin plan, sin entusiasmo; no era su vía, ni su destino.

No fué esclavo de nada ni de nadie. Nunca su pluma se vendió ni siquiera se dió en préstamo; bajó hasta la pobreza para subir hasta la libertad.

Era el reverso, el antípoda del egoísta. Tuvo esa bondad de la comprensión instintiva... La bondad del acogimiento, de la palabra y del silencio. Era lo mejor que había en él, bondad genial de que están compuestos los jugos sabrosos de la tierra. Era capaz de entregar el último centavo para socorrer al que lo conmovía o lo engañaba, con esa imprevisión fastuosa de quien no cree posible que nos falte la protección que tienen los lirios de los campos bajo el amparo de Dios.

Cuando una manzana tenía un costado rojo y otro picado, él la mostraba con regocijo por la parte sana; se complacía en ello, con naturalidad y sin énfasis. Esa simpatía hacía las cosas, le ayudaba a sentir profundamente la música, que era su alimento sentimental.

Su palabra musical, fluída y variada, hacía pasar las horas, y a muchos los sorprendió así el alba con el mentón en la mano y los codos en la mesa. Su voz emocionada y su gesto de orador y de actor producían esa seducción.

Llevó con cierto orgullo su pobreza hidalga de castellano viejo —como la capa raída de un abuelo imperial.

Como en los cuentos infantiles: "Allá lejos, en la noche, brillaba una lucecita"; él marchaba hacia la lucecita como un niño vagabundo.

Cuando desapareció se notó en el mundo que piensa un hueco oscuro, el hueco que deja el libro sacado de la biblioteca.

* * *

Señores: Acepto agradecido el honor de ocupar su asiento en esta Junta; lo sustituyo sin reemplazarlo; pero encontraréis en mí, como en él, al compañero leal de vuestra empresa generosa. También a mí me gusta excursionar de vez en cuando con mi rústico "alpenstock" por las cumbres sagradas buscando la flor del edelweis que se esconde cerca de la nieve.

Desde hoy seré un poco el huésped feliz de esta "escondida senda" consagrada por el recuerdo, la grandeza y la santidad de Mitre.

OCTAVIO R. AMADEO.

LA MUERTE ES HERMOSA Y BLANCA

(Poema dramático)

POR ALVARO YUNQUE

PERSONAJES:

La Anciana.
El Anciano.
El Amor.
La Muerte.

ESCENA UNICA

La Anciana, después el Anciano, después el Amor, después la Muerte.
*Anochece. Una alcoba. La Anciana, adormecida junto a la chimenea.
Pausa. Aparece el Anciano.*

EL ANCIANO (*Entrando*). — Buenas noches. (*Pausa*). ¿Estás dormida? (*Se acerca en puntas de pies, lentamente, y la besa*).

LA ANCIANA (*Despertando*). — ¡Oh!

EL ANCIANO. — ¿Te habías dormido?

LA ANCIANA. — Sí... Y soñaba...

EL ANCIANO (*Sentándose junto a ella, estira los pies y las manos al fuego*). — ¿Soñabas?... ¡Todavía! ¡A tu edad!... (*Ríe*).

LA ANCIANA. — Nada sería que soñase durmiendo, como ahora. También sueño despierta, como cuando tenía quince años.

EL ANCIANO (*Bromista*). — O sea como hace sesenta o setenta años atrás.

LA ANCIANA. — ¡No tanto, no tanto!

EL ANCIANO. — ¿Y qué soñabas ahora?

LA ANCIANA. — Soñaba cosas lindas... Pero pregúntame con quién soñaba.

EL ANCIANO. — No necesito preguntártelo. Sé que si soñabas cosas lindas, soñabas conmigo.

LA ANCIANA. — ¡Vanidoso!... Y es verdad, contigo soñaba.

EL ANCIANO. — Cuéntame, cuéntame. (*La abraza y la atrae hacia sí*).

LA ANCIANA. — Te contaré... Pero antes dime cómo te ha ido. ¿Te hicieron rabiar mucho los muchachos?

EL ANCIANO. — Menos que otras veces... ¡Qué muchachos! Y tienen razón ellos. ¿No es absurdo que con un día maravilloso como el de hoy, se pretenda tenerlos encerrados y quietos? ¡Quietos, Dios mío, quietos! ¡Qué crimen! ¡Claro! Ellos se vengan no atendiendo al profesor. Y como el profesor está viejo se fatiga de repetir varias veces lo mismo... Y concluye protestando contra los muchachos. Pero ellos tienen razón, ellos tienen razón.

LA ANCIANA. — Estoy deseando que te jubiles.

EL ANCIANO. — ¡No me hables de eso! Me da frío pensar que debo jubilarme, que me debo alejar de mis muchachos tan barulleros y tan inteligentes... ¡Jubilarse! Todos quieren jubilarse y a mí me da tristeza pensar que un día me jubilaré. Eso es decirle a uno: ¡Váyase, Vd. ya no sirve! Deje su sitio a alguien, más joven y más útil... Pero no me hagas pensar en esto. Cuéntame lo que acabas de soñar.

LA ANCIANA. — Soñaba que éramos jóvenes.

EL ANCIANO. — ¡Jóvenes!

LA ANCIANA. — A ti te veía alto, erguido, ágil, apuesto... Como eras hace... hace muchos años, ¡muchos!

EL ANCIANO. — ¡No tantos, no tantos!

LA ANCIANA. — Tal vez más apuesto de lo que nunca has sido. Ya sabes que en sueños todo se ve mejor.

EL ANCIANO. — Y tú, ¿te veías bella?

LA ANCIANA. — No sé. Como estábamos en un jardín, no había espejo para mirarme.

EL ANCIANO. — Sí, pero en sueños, uno se ve sin necesidad de espejo.

LA ANCIANA. — Así es. Yo, sin verme, sabía que era bella.

EL ANCIANO. — ¿Más que antes?

LA ANCIANA. — Como antes. Nada más que como antes... ¿Pero yo, en verdad, he sido bella alguna vez?...

EL ANCIANO. — ¡Mi vieja, mi viejita!... (*La atrae hacia sí y la besa repetidas veces. Recita*):

Sé que no eres como eres
aquí, en mi imaginación.
¡Ni tú te conocerías
al verte en mi corazón!

¿Se conocería, acaso,
la luna al verse en el mar
que hace de su farolito
una inquieta claridad?

Se abre la puerta y, cautelosamente, entra el Amor. Es el Amor clásico: Un niño con alas y armado de carcaj y flechas. Móvil y picaresco. Se sienta y, con gestos expresivos, comenta el diálogo de los ancianos.

LA ANCIANA (*Continuando su narración*). — Era el jardín del Amor...

EL ANCIANO. — ¡El Amor! ¡Qué palabra tan antigua... y tan sin sentido!

LA ANCIANA. — ¡¿Qué?! ¿Qué dices, Floro?

EL ANCIANO. — Bromeaba, Edelmira, bromeaba.

LA ANCIANA. — Se me ocurre... (*Pero no termina la frase*).

EL ANCIANO. — ¿A que se te ocurre una locura?

LA ANCIANA. — Sí, una locura. Se me ocurre que el Amor está aquí, con nosotros, en esta alcoba.

EL ANCIANO. — ¿¡El Amor aquí!? ¡No! El amor estará bien lejos de aquí; ¡hay tantos jóvenes en el mundo! El Amor estará con ellos. ¿Qué va a hacer el Amor aquí, junto a una pareja de viejos. Porque nosotros somos una pareja de viejos.

LA ANCIANA. — ¿Somos una pareja de viejos?

EL ANCIANO. — Yo creo que sí...

(*Callan*).

LA ANCIANA. (*Continuando su narración, después de un suspiro*) — Estábamos en el jardín del Amor, éramos jóvenes, y tú me besabas... (*El Anciano la besa, la besa, la besa...*) ¿Qué haces, Floro?

EL ANCIANO. — Hago realidad tu sueño, Edelmira.

LA ANCIANA. — ¡Realidad! ¡No! Ahora me besas en la frente, me besas con ternura, y en el sueño... (*Pausa*).

EL ANCIANO. — ¿En el sueño?...

LA ANCIANA. — En el sueño me besabas en la boca, me besabas con pasión.

EL ANCIANO. — La ternura es un reflejo de la pasión; es luz de luna, suave, apacible, casta; pero es la misma luz que en el sol era brillante, magnífica, violenta...

LA ANCIANA. — “Era”, has dicho, “era”... ¡Qué afán de conjugar los verbos en pasado!

EL ANCIANO. — Tienes razón. Si no fuera improcedente que un profesor de literatura se rebelase contra las leyes del idioma, yo propondría quitar todos los tiempos pretéritos... ¡Presente, nada más! ¡Y futuro! ¡Oh, el futuro! ¡Yo seré, yo haré, yo amaré!... ¡Qué hermoso!

LA ANCIANA. — No te exaltes.

EL ANCIANO. — ¡Déjame que grite, que cante un himno al futuro!

LA ANCIANA. — ¿Y el insomnio? ¿No recuerdas que padeces insomnio, y que no debes excitar tus nervios, tus pobres nervios que ya han trabajado bastante, quizás excesivamente?...

EL ANCIANO. — ¿Nervios de anciano, eh? (*Ella ríe*). ¡Qué crueldad la tuya, Edelmira! Recordarme la debilidad de mis nervios precisamente en el momento que el entusiasmo hacía hervir mis palabras...

LA ANCIANA. — ¿Recuerdas los arroyitos de la sierra, cayendo de peña en peña, llenos de espuma y saltantes como si hirviesen? Así era tu entusiasmo por el futuro. Tus palabras parecían hervir, pero no hervían. Saltaban, espumantes, pero saltaban fríamente. Tu entusiasmo era un reflejo de entusiasmo.

(*Pausa más larga*).

EL ANCIANO. — Salgamos de la realidad. Sigue narrando tu sueño. ¿Qué más ocurrió? Estábamos en un jardín, tú eras joven, yo era joven, y nos besábamos. Porque supongo que a mis apasionados besos en la boca, tú responderías también con besos apasionados.

LA ANCIANA. — No recuerdo.

EL ANCIANO. — ¡Coqueta! Hasta en sueños coqueteas. A tu edad...

LA ANCIANA. — ¡¿Cómo a mi edad!?! ¿No recuerdas que

yo, en el sueño, soy joven... joven y bella, quizás muy bella?

EL ANCIANO. — Lo había olvidado. ¿Y qué más, qué más?

LA ANCIANA. — Nada más, pues. ¿Pero te parece poco? Ser joven, estar en un jardín, amarse... ¿No hay motivo para encender la inspiración de un poeta?

EL ANCIANO. — De un poeta de veinte años.

LA ANCIANA. — Todos los poetas tienen veinte años.

EL ANCIANO. — Entonces, tú crees que yo, podría aún...

LA ANCIANA. — No me has comprendido. Quise decir que hasta los veinte años se es poeta, nada más. Hasta los veinte años se canta. Después... después se piensa.

EL ANCIANO. — Siempre conduces la conversación hacia la realidad. Y la realidad es melancólica... Volvamos a tu sueño. ¿Y no ocurrió nada malo en él?

LA ANCIANA. — Nada.

EL ANCIANO. — ¿Ningún contratiempo?

LA ANCIANA. — Ninguno.

EL ANCIANO. — Es raro. Porque todo está hecho en tal forma para los pobres humanos que ni sus sueños terminan bien. Nunca se es feliz del todo.

LA ANCIANA. — Esta vez, sí. En mi sueño fuimos felices, felices, felices, completamente felices.

EL ANCIANO. — Duraría muy poco.

LA ANCIANO. — No lo sé. Tú llegaste...

EL ANCIANO. — Estoy seguro que yo llegué oportunamente, que yo llegué cuando en tu sueño iba a aparecer lo malo...

LA ANCIANA. — ¡Viejo! ¿No ves que estás viejo? ¡Pesimismo es vejez!...

EL ANCIANO. — Pesimismo, no; experiencia.

LA ANCIANA. — ¿Cuándo el pesimismo es experiencia, cuándo la experiencia no es pesimismo?

(Pausa larga).

EL ANCIANO. — Sigue con tu alegre sueño. (Recita).

La experiencia
se sonríe... Sonríe,
pero es tristeza.

LA ANCIANA. — Ya terminó. Tú me besabas, me besabas

apasionado, me besabas en la boca... Desperté. Y tu me besabas, me besabas...

EL ANCIANO (*Irónico*).— En la frente, con ternura...

(*Pausa. La Anciana se adormece*).

LA ANCIANA (*Balbucea*).— La Muerte...

EL ANCIANO (*Sobresaltado, despertándola*).— ¡Edelmira!

LA ANCIANA.— Déjame... Había vuelto a soñar...

EL ANCIANO.— Por eso te interrumpí. ¿Para qué continuar tu sueño? En él ya iba a aparecer lo malo...

LA ANCIANA.— ¿Lo malo, dices? ¡No! Soñaba que estaba en un lugar delicioso, pero yo sola. Tú no me acompañabas... Ante mí, una mujer hermosa, vestida de blanco y coronada de lirios... La luz brotaba de ella. Nunca he visto una luz más blanca. ¡Qué mirada buena la suya! Nunca he visto una mirada más buena. Sentía una felicidad inenarrable. ¿Por qué cuando uno se siente muy feliz, absolutamente feliz, desea la muerte?...

EL ANCIANO (*Temeroso*).— Y tú... ahora... ahora... ¿te sientes feliz, absolutamente feliz?

(*Ella no responde. Se ha vuelto a adormecer. Pausa. El Anciano queda caviloso, y se dice*):

—¿Cuál espectáculo más lamentable que un viejo con miedo a morir?

(*La Anciana sonríe en sueños. El la observa. Después queda caviloso otra vez. Y recita*):

¡Llega la muerte!...
Envejeciste en vano
Si aún la temes.

(*Calla, pensativo*).

El Amor los contempla embebecido. Súbitamente, se alarma. De pie, escucha... La puerta se entreabre. El Amor corre a cerrarla y se establece una lucha entre él y alguien que, desde afuera, la empuja.

El Amor lucha en vano. El que empuja, cada vez abre más la puerta, más, a pesar de los esfuerzos del Amor. Vencido, abandona la lucha. Con la cara entre las manos, da espaldas a la puerta, la que se abre dando paso a la Muerte: Una mujer hermosa,

vestida de blanco y coronada de lirios. Un halo de blanquísima luz la nimba.

LA ANCIANA (*En sueños*). — ¡Qué hermosa eres, y qué buena! Los hombres elogian a la Vida, y cantan a la Vida... ¡Tú eres hermosa, tú eres buena!...

EL ANCIANO. — ¿Quién es hermosa y buena?

LA ANCIANA (*Semidormida*). — La Muerte.

EL ANCIANO (*Sacudiéndola*). — ¡Edelmira! ¿Qué sueñas!

LA ANCIANA (*Acurrucándose contra él*). — Déjame... Después te contaré... ¡Qué hermoso es todo esto! (*Vuelve a dormirse. El, después de observarla un rato, comienza a cavilar*).

(La Muerte que se ha detenido en medio de la alcoba, como si escuchara a los ancianos, da un paso hacia ellos. El Amor la detiene. Con los brazos en cruz ante ella, está el Amor, suplicante e imperioso).

LA ANCIANA. — ¡Qué frío!

EL ANCIANO (*Mirando hacia atrás*). — La puerta está cerrada. El fuego, bien encendido. Lo avivaré. Le echaré otra leña. (*Se agacha a trabajar*).

(La Muerte mira compasivamente al Amor. Lo acaricia y, dulcemente, lo aparta. Quiere seguir su marcha inexorable. El Amor se abraza a ella. Intenta detenerla aún. Ella lo acaricia y da otro paso con él prendido a su cintura).

El Amor cae de rodillas, las manos en alto. Suplica desesperadamente.

La Muerte señala hacia arriba. Le da a entender que es en vano suplicar, que lo escrito está escrito, que ella —la Muerte— no es una voluntad en acción. Ella es sólo un brazo que ejecuta. Bruscamente, el Amor se aparta de ella, y se derrumba sobre una silla, con la cara entre las manos. Lloro en silencio; pero llora intensamente. Lo denuncia el movimiento convulsivo de sus hombros.

La Muerte, pausada, serena, rítmicamente, se aproxima a la Anciana que dormita.

El Anciano, de rodillas ante la chimenea, ocupado en avivar el fuego.

La Muerte ya está junto a la Anciana. Cariñosamente, le

coloca una mano sobre la cabeza, se inclina sobre ella y la besa en la frente.

LA ANCIANA (*balbuce*). — ¡Dios! (*Un imperceptible estremecimiento, un suspiro leve, y queda como dormida...*).

El Amor continúa llorando en silencio.

La Muerte, pausada, serena, rítmicamente, se aleja, hasta desaparecer.

El Amor continúa llorando; pero ahora su llanto se hace perceptible.

EL ANCIANO (*Se incorpora y, asombrado, escucha. Escucha como si buscara de dónde llega ese llanto; dice*): — ¡Oyes, Edelmira? ¡No parece que alguien llorara?... Y que llorara, aquí, junto a nosotros, en esta misma alcoba... ¡Eh?... ¡Oyes?... Es un llanto de niño... ¡Edelmira! Eh? (*La toma una mano, percibe su frialdad y grita, con el espanto entrenebreciéndole y partiéndole la voz*): ¡Edelmira! (*La sacude*). ¡Edelmira! ¡Edelmira!

TELÓN RÁPIDO

EN TORNO AL LIBRO ARGENTINO

CASI constantemente —hoy con una iniciativa, mañana con otra— se discuten los problemas del libro argentino en los medios intelectuales de Buenos Aires. Apenas transcurre una semana sin que diarios o revistas publiquen algo en relación con este asunto. Los autores argentinos ganan poco o no ganan nada; esto les produce una irritación perfectamente lógica. El libro argentino circula menos al parecer que el libro extranjero; esto les causa la pesadumbre natural. Y en seguida imaginan medios más o menos acertados para que el libro argentino adquiriera un mayor rango, una mayor difusión, una demanda más intensa.

Queremos decir unas palabras sobre esto, porque no vemos que los escritores que se ocupan de ello tengan en cuenta los motivos auténticos, positivos —y por tanto, difícilmente vencibles— que influyen en la circulación del libro argentino.

El primer error está en creer que el libro español —que es en definitiva el que compite con el argentino— se venda más que el libro nacional. Con la autoridad que pueda darnos nuestra experiencia personal nos atrevemos a decir a los autores argentinos que no tienen en su país una venta inferior a la de los autores españoles; al contrario, son ellos los que venden más.

Un libro de valor medio de autor argentino se vende mucho más que un libro de valor semejante de autor español. Un libro de éxito argentino también se vende más que un libro de éxito español. Hay unos cuantos autores españoles que tienen demanda en la Argentina, exactamente igual que sus similares

ingleses, franceses o de cualquier otra nacionalidad; son los autores que podríamos llamar universales y que si, en vez de escribir en castellano, escribiesen en francés o en inglés serían traducidos a nuestro idioma y se venderían como se venden las traducciones de Bernard Shaw o de Anatole France o de Gabriel d'Annunzio. Estos son los autores que se venden en todos los lugares del mundo en su propio idioma si son de aquella nacionalidad, traducidos si son de nacionalidad distinta. Tienen en la Argentina la misma demanda que en cualquier otro pueblo de cultura semejante y no creemos que eso pueda constituir ningún obstáculo para el libro nacional de ninguna parte. Esos grandes autores, aunque sean de interés universal, tienen naturalmente más demanda en sus propios países que en otros distintos. Exactamente igual les pasa a los autores argentinos que adquieren esa categoría. Adviértese que no se trata exclusivamente de la categoría intelectual, puesto que en todas partes hay autores eminentes que tienen escasa demanda; nos referimos a categoría editorial, es decir a éxito de público de sus obras. Por mucho que se haya vendido en la Argentina una obra de autor extranjero de éxito, más se ha vendido *Don Segundo Sombra*. Por mucha demanda que tenga un autor extranjero de los que satisfacen a ciertos núcleos, más demanda tiene Hugo Wast. Están completamente equivocados los que creen que ellos no venden porque autores extranjeros —singularmente españoles— les quitan el público.

Si la industria editorial española no produjese más libros que los de literatura moderna de sus autores, es casi seguro que costaría tanto trabajo encontrar un libro de autor español en la Argentina como cuesta encontrar un libro de autor argentino en España. Lo que ocurre es que la industria editorial española se encuentra en condiciones de ventaja que no puede igualar la industria editorial argentina —por docenas de razones a cuál más poderosa— y por eso produce un libro de interés universal —y por consiguiente de interés en la Argentina— que no puede producir la industria argentina. Pero ese libro no es el de literatura moderna de autores españoles. Es el libro de arte, de ciencia, la enciclopedia, el diccionario, el manual, la traducción y algunos —pocos— libros de autores españoles contem-

poráneos de interés universal: Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Ortega Gasset, etc. Como produce esos libros, que no puede producir la industria argentina, libros que en suma son el exponente de la cultura europea —de la que no puede prescindir la Argentina—, se crea una corriente de exportación, a la que se unen los libros de autores españoles de interés relativo. Pero una vez que esa corriente llega a esta orilla, el público consume lo de interés universal y lo que ha agregado España de interés puramente nacional se queda en los estantes de las librerías. Tanto que en la Argentina se venden mucho menos ejemplares de cualquier libro español de valor nacional, que en una ciudad española —Madrid o Barcelona— cuya población sea equivalente al número de españoles que hay en la Argentina. Lo que demuestra que ese libro no sólo no lo compran los argentinos, sino que tampoco lo compran los españoles que están aquí.

Es cierto que el librero se interesa más por el libro español —incluso por ese libro español comparable al de autor argentino de interés medio— que por el argentino. Lo hace por dos razones: porque se ve obligado a comprarlo, pues se lo suministran las mismas editoriales que abastecen del otro libro de interés universal, y porque lo compra en condiciones de precio que le permiten resarcirse del importe neto de todos los ejemplares que recibe en cuanto vende algunos de ellos. Ninguna de estas dos razones actúan a favor del libro argentino, ni pueden actuar. Porque la industria editorial del país no puede producir ese libro de interés universal, que ampara al otro, y porque tampoco puede producir en las condiciones de precio que la industria española.

Lo que sucede es que en la actualidad la Argentina es un mercado insuficiente para ese libro de tipo medio. Y más aun que pobre e insuficiente es un mercado especial en el que concurren ciertas causas que merecen ser examinadas.

En España se pueden precisar con cierta exactitud los lectores posibles de un libro. Hay, como en todas partes, una minoría culta que está atenta a todo lo que se publica; luego hay otra zona que se interesa por determinados libros; otra zona después que sólo adquiere otras cosas; y así se va avanzando hasta llegar a un público que no compra un libro ni aunque se en-

cuentre en peligro de muerte. En la Argentina no ocurre eso: hay esa misma minoría de personas cultas que se preocupan de todo lo que se publica e inmediatamente después hay una gran masa indiferente, que no suele comprar libros. No se vá gradualmente perdiendo o ganando lectores; se pasa de una manera brusca de los 500 ejemplares —editados, no vendidos— a los 30 o 40 mil. Cuando se logra interesar a esa gran masa, el libro argentino adquiere una cifra de tirada que no logra una edición española de interés universal que tiene abierto el mercado argentino al mismo tiempo que el español y el de las otras repúblicas de lengua castellana; no es extraño esto, porque para el ritmo económico de la Argentina pagar uno o dos pesos por un libro que interesa, representa menos que pagar cinco pesetas para el ritmo económico de España. En cambio no hay consumo medio porque ese tipo medio de cultura es todavía escaso en la Argentina, sobre todo si se trata de cultura media argentina. Descuéntese de la población del país la parte de nativos que, analfabetos o abecedarios, viven ausentes de toda curiosidad intelectual; y de lo que resta descuéntense los hogares donde predomina una cultura o una instrucción o una curiosidad intelectual española, italiana, polaca, judía, francesa, etc. Si hacemos estas sustracciones vemos que esa zona media de curiosidad y de instrucción argentinas, que formaría la suma de consumidores fuera de la minoría culta, se nos reduce a una insignificancia.

En suma: el libro argentino no tiene más consumidores normalmente que la minoría culta del país, escasa aquí como en todas partes; cuando rompe ese círculo y penetra en la gran masa, adquiere rápidamente una circulación tan desproporcionada en el exceso como la otra en el defecto.

¿Qué cabe hacer frente a esto? Se pueden adoptar desde luego medidas de protección y difusión del libro nacional a fin de ir creando con la rapidez que sea posible esas zonas medias de lectores. No es el mejor camino el de los concursos, porque esos suelen dar lugar, en un país donde el público no sostiene a los autores, a que se hagan libros para los concursos en vez de hacer concursos para los libros. El único camino auténticamente eficaz es hacer lectores. Para hacer lectores no hay mas que un medio; poner al alcance de ellos los libros que les inte-

resen. Fué certera la iniciativa de distribuir libros por medio del Correo. Sería certerísima la obra de la Comisión de Bibliotecas Populares si atendiera esencialmente a instalar bibliotecas y a dotarlas de los libros que puedan hacerlas útiles e interesantes, porque en esto también ocurre algo de lo que pasa con los concursos. Sería útil que se protegiera el comercio de libros en determinadas condiciones, que aseguraran el que esa protección llegaba al público y no quedaba a favor del comerciante. Y sería conveniente la centralización de la producción argentina en una empresa distribuidora que pudiese abastecer a todos los establecimientos de librería del país y pudiese realizar campañas colectivas de publicidad y propaganda en favor del libro.

Con lo que no se conseguiría nada —y esto lo hemos examinado despacio en un ensayo publicado con el título *Los problemas del libro en lengua castellana*— es con poner obstáculos a la difusión del libro de otros países. Porque si este libro circula es porque llega al país en condiciones de venta y con el interés suficiente para encontrar comerciantes que lo vendan y público que lo compre. Lo que hace ese libro es crear lectores, o sea que ayuda todo lo posible a la difusión del libro argentino, pues que la lectura de un libro no impide la lectura de otro, sino al contrario: quién se decide a leer un libro es quién puede continuar leyendo otros.

Alguna vez hemos dicho que las publicaciones de quiosco están incesantemente creando clientes a las librerías. Esto no significa sino que el libro barato y fácil abre camino al libro caro y difícil. Si el libro argentino es caro, por el tipo general de economía americana en relación con la europea, y resulta difícil, por aparecer aislado, sin que lo sostenga esa corriente de cultura general —no sólo literatura— que el pensamiento europeo y la técnica europea envían a estos países, se beneficia indudablemente con la existencia de ese otro libro que, a primera vista, parece competir con él. Todo lo que se necesita es que los libros estén cerca del público, que se facilite su lectura incluso gratuitamente y que se requiera la atención de los presuntos lectores sobre ellos. Y que haya muchos libros, libros de todas partes y de todas clases; cuantos más haya, más solicitudes tendrá la curiosidad intelectual del argentino; se venderán más.

Alemania es el país que publica más libros y es el que tiene una cifra media de edición más alta. Y en Alemania se puede leer gratis cualquier libro al día siguiente de haberlo publicado.

JOSÉ VENEGAS.

NOTA. — Después de escritas estas cuartillas hemos tenido ocasión de intervenir en la prensa diaria en un debate sobre la proyectada ley de Propiedad intelectual. Poco más tarde hemos sido favorecidos con un juicio extremadamente amable, de Ernesto Morales sobre nuestro ensayo *Los problemas del libro en lengua castellana*. El señor Morales lamenta que en ese ensayo, así como hemos dedicado espacio al estudio del libro español en España y del libro español en América, no hayamos examinado los problemas del libro americano. Nos proponemos, con el deseo de contribuir al esclarecimiento de estas cuestiones —que tanto afectan a la cultura hispánica— publicar en un número próximo de *Nosotros* un estudio circunstanciado de los problemas que afectan al libro argentino y de sus soluciones posibles.

UN PLAGIO DE CIERTA IMPORTANCIA

INTENSAMENTE atento a las vicisitudes determinadas por el advenimiento de la república en España, —hecho histórico del que, antes que se produjese, esperé grandes posibilidades progresivas—, seguí con ardiente atención el desenvolvimiento de las iniciativas que allí se iban manifestando, especialmente la de reforma agraria, por su importancia capital.

Pude observar que a mediados de 1931 las opiniones se bifurcaban en dos tendencias: la de explotación colectivista de la tierra, y la de subdividir entre muchos pequeños propietarios los latifundios existentes.

Convencido a fondo de que ambas tendencias son muy erróneas y en grado sumo perniciosas, no me alarmaba la eventualidad de que pudiese prevalecer la primera, pues tranquilamente confiaba en que el alto promedio intelectual de aquel pueblo, culminante en el de sus principales gobernantes, sabría interpretar los resultados tan desfavorables de la experiencia rusa en grado suficiente para librarse de caer en análogo extravío. Nunca supuse haber desacertado cuando al nacer el nuevo régimen, escribí en esta revista (abril de 1931), que “la república española no será socialista”.

Pero la otra tendencia, la de la pequeña propiedad, me causó muy seria alarma. Me pareció ver claro el riesgo de que gobernantes y gobernados fuesen arrastrados por la común vocinglería de las virtudes que universalmente son atribuidas al sistema agrario de la pequeña propiedad: una necesidad que es corrientemente admitida por los agrónomos como irrefutable, por el vulgo medio como artículo de fe, y por los terratenientes y sus abogados como recurso muy ventajoso para reforzar, mediante la incorporación de algún número de nuevos aliados, el funesto privilegio que detentan.

Los proyectos que a mediados del año pasado prevalecían en el ambiente político español se orientaban muy marcadamente en dicho sentido; y en el intento de contribuir a esclarecer el problema, escribí para NOSOTROS, un ensayo: *El sofisma de la pequeña propiedad*, que apareció en agosto del mismo año y del cual hice imprimir un centenar de ejemplares en folleto para favorecer su circulación en España. El diario *El Imparcial*, de Madrid, reprodujo íntegra y muy visiblemente ese trabajo los días 27 y 28 de octubre.

Entre las personalidades a quienes envié el folleto y me acusaron oportunamente recibo del mismo, se encuentra el Sr. Baldomero Argente, conocido publicista, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y ex-ministro de Abastecimientos.

Llega ahora de Barcelona, editado por "El Consultor Bibliográfico", un opúsculo titulado *La reforma agraria*, consistente en dos discursos pronunciados por dicho publicista en el Ateneo de Madrid los días 27 y 30 de noviembre, con motivo de la información abierta en dicho Centro sobre el proyecto de reforma agraria presentado a las Cortes Constituyentes, en los cuales discursos considero que ha sido plagiado mi trabajo.

Mi ensayo consta de 10 páginas encaminadas a demostrar desde el punto de vista científico (y por lo tanto con alcance general) el error de atribuir exclusivo mérito de fomentar el buen cultivo de las granjas al sistema de pequeña *propiedad*, bajo el que usualmente se manifiesta, por cuanto ese mérito proviene exclusivamente de la *estabilidad* que tal sistema proporciona, pero que puede ser tan firmemente conseguido, con inmensas ventajas de otro orden, mediante la propiedad común de la tierra (pág. 394) si se la entrega en arriendo vitalicio a los granjeros. Señalé el peligro de que "por solas razones de técnica agrícola desemboca (el argumento criticado) en una (aparente) justificación ineludible del principio jurídico de la propiedad privada de la tierra" (pág. 389).

Son pues, tres sub-temas correlacionados: 1º, crítica destructiva del principio de la pequeña propiedad; 2º, disociación de los conceptos agronómico y jurídico y, 3º, recomendación de la propiedad común, como sustitutivo, bajo cierto régimen de arriendo que desde hace doce años he propuesto y preconizado.

El trabajo del Sr. Argente, que consta de 63 páginas, dirigido expresamente a considerar el caso particular de los proyectos españoles, puede ser dividido en cuatro sub-temas: 1º, mostrar que “el problema agrario no es un problema de técnica agrícola sino de técnica económica” (pág. 6).; 2º, mostrar, a través de estadísticas cuyos autores cita, la gran concentración latifundista en el mediodía de España, y sus inconvenientes; 3º, mostrar lo que hay de sofístico en los argumentos que abogan por la pequeña propiedad y, 4º, proponer una reforma cuya “aspiración final” es “sustituir una civilización fundada sobre la propiedad *privada* de la tierra por una civilización fundada sobre la propiedad *común* de la tierra, haciendo compatible esta propiedad común con la posesión individual exigida por las complicaciones y complejidades de nuestra actual civilización” (pág. 61).

Salvo el 2º sub-tema, donde el Sr. Argente hace reseña de la concentración latifundista en España, que no habría tenido cabida en mi trabajo de índole general (aparte de ser superfluo en cualquiera, dado lo muy vulgarizado y notorio de ese conocimiento) todos los argumentos del trabajo del Sr. Argente se corresponden puntualmente con los míos, aunque difiera verbalmente la forma de expresarlos.

A más de las apuntadas, transcribo las siguientes coincidencias en la parte esencial de la materia, indicando al pie de cada párrafo mío las páginas de la publicación en NOSOTROS y de la reimpresión que incorporé al libro *Bases y método para la apropiación social de la tierra*, aparecido el corriente año; y al pie de los párrafos del Sr. Argente la paginación que les corresponde en su opúsculo citado:

VILLALOBOS (agosto 1931)

“Eso de que existan países de pequeña propiedad territorial, como régimen general, es un modo muy convencional de decir. En los Estados Unidos, ya hemos dicho cómo se llegó a ella; en otros, como Francia y España, por medio de revolucionarias confiscaciones a la nobleza y al clero. Pero el destino *necesario* de la pequeña propiedad es que no puede subsistir como tal.

ARGENTE (noviembre 1931)

“Pues aunque ahora se divida la tierra, a costa de tanto estrago y sacrificio como el proyecto supone, esa tendencia a la concentración que viene suprimiendo la pequeña propiedad en todas partes, seguirá actuando... y destruirá otras pequeñas propiedades, anulando en un lado la obra que se intenta realizar en otro.

... ..
“La concentración en materia

Dentro del principio de la propiedad privada, la tendencia irresistible de la propiedad es a concentrarse. Por la subdivisión de herencias las fincas llegan a extensiones tan reducidas que se hace para el agricultor imposible sostenerse sin caer en deudas hipotecarias que acaban por no poder ser redimidas. A vuelta de dos o tres generaciones los agricultores norteamericanos y franceses ya son, en su mayoría, solamente propietarios *nominales* de sus tierras, pues los verdaderos propietarios lo son sus acreedores hipotecarios. Unas cuantas grandes instituciones de crédito y otros cuantos grandes hipotecantes son dueños de la mayor parte del suelo de esos países de pseudo-pequeños propietarios. En realidad, Francia (país prototípico de la llamada pequeña propiedad) es un país de *latifundios partidos en muchos dispersos pedacitos*. La política de la subdivisión de la propiedad territorial es un círculo vicioso".

(Nos., pág. 393).
(Aprop., pág. 22).

"De hecho (y por razones económicas fundamentales) un arrendatario *no puede* sacar como producto de su explotación más que lo indispensable para los gastos de producción, para vivir y para el arriendo. Si a este último se le carga una suma para amortización, el agricultor está en déficit y bancarrota. Los agricultores que entren en el plan quedarán en desventaja para competir con los que estén como arrendatarios en el mismo o en otros países. Arrastrarán sus compromisos uno, dos o tres años, pero tendrán que sucumbir. El plan es prácticamente irrealizable sobre la base de venderles las tierras, por más plazos y facilidades que se les quieran otorgar."

(Nos., pág. 390).
(Aprop., pág. 18).

agraria se realiza de dos maneras: una, agrupándose en una misma mano diversas fincas; otra, contrayendo cada uno de los propietarios deudas con un mismo acreedor, ya sea una entidad oficial, ya un particular. Cuando un acreedor, por ejemplo, un Banco u otra institución, o un particular, que otorga préstamos a los agricultores, tiene en su mano concentrados créditos correspondientes a las deudas de muchos pequeños propietarios, éstos conservan la apariencia de pequeños propietarios y lo son, pero... nominalmente; en realidad, son colonos; ha desaparecido toda su calidad de propietarios para convertirse en colonos de los dueños de los créditos, quienes recogen parte del fruto del cultivo y para quienes los aparentes propietarios trabajan. Es una manera invisible de concentración; y esa ¿quién la podrá evitar? Es fatal, incontrastable.

"Pues, cuando los nuevos propietarios no puedan pagar sus deudas, ¿qué ocurrirá? Ocurrirá lo que antes decía: abandonarán su propiedad; buscarán el sustento de su vida en un salario, volviendo a ser trabajadores asalariados en el campo o en la ciudad".

(Pág. 31).

"Y si consideráis que este pequeño propietario que vamos a crear comienza con una carga pesada, la del íntegro del valor de esa propiedad y de los anticipos que se le hayan hecho, ¿cuál es la vida que se le depara, después de la reforma? Fatalmente, se encontrarán al poco tiempo agobiados, en parte por la deuda que arrastran desde el principio, en parte por las que vayan contrayendo después, hasta que, no pudiendo pagarlas, se decidan a abandonar la heredad."

(Pág. 29).

"Si un gobierno cree de su deber y de sus facultades comprometer el crédito público en operaciones financieras para dar tierras a los agricultores, ¿por qué no lo haría del mismo modo para dar talleres a los carpinteros y mecánicos, automóviles a los chauffeurs, locales a los almaceneros, etc., etc.? ¿Son éstos de otra carne que los agricultores?"

(*Nos.*, pág. 391).
(*Aprop.*, pág. 20).

"La tierra que se les regalara a unos, ¿habría, por añadidura, de ser pagada con impuestos cargados directa o indirectamente sobre los otros? ¿Es ese un plan viable, ni siquiera en su aspecto electoralista?"

(*Nos.*, pág. 392).
(*Aprop.*, pág. 20).

("Son éstos de otra carne que los agricultores?").

(Dice que en el proyecto discutido hay "tres injusticias fundamentales"):

"Una es la injusticia que se comete con los no favorecidos en el futuro reparto. Porque a quienes se les dan tierras se les hace un favor. Pero, ¿no hay en España más pobres, más menesterosos? Si unos necesitan tierra para ser labradores, ¿no hay artesanos míseros que necesitan un taller? ¿Trajinereros que necesitan una bestia de carga? ¿Costureros que necesitan una máquina de coser? ¿Menestrales, necesitados de herramientas? ¿No hay otras clases desvalidas a quienes, con igual razón, debieran alcanzar los favores del Estado? ¿Por qué se concreta la protección a un cierto número de hombres sin tierra? ¿Por qué no se extiende el asentamiento a aquellas otras comarcas, en el proyecto excluidas, donde también hay infelices necesitados? ¿Cuál criterio de justicia permite esa distinción entre unos y otros?"

(Pág. 33).

"Hay una segunda injusticia también inevitable: la cometida contra aquéllos que no han de recibir tierra, pero sí proporcionar los recursos.

"Porque ineludiblemente, el Estado tiene que auxiliar a los nuevos colonos con fondos suyos... Y el Estado no tiene una bolsa propia; el dinero que aporte, tiene que tomarlo de los ciudadanos, por medio de los impuestos; así, gravará a unos nacionales para favorecer a otros nacionales.

"En el régimen tributario español la mayor parte de los impuestos gravan en definitiva a las clases pobres. ¿Por qué el Estado ha de empeorar la situación de éstos para auxiliar a otras clases pobres, que resultan "predilectas"?... En definitiva, se da dinero a unos trabajadores perjudicando a otros. ¿Qué regla de equidad política aplica el Estado al proceder así?"

(Págs. 34 y 35).

"En los países balcánicos donde a fuerza de tramposa parcialidad oficial se ha hecho una violenta subdivisión (y donde ingenuamente se supone que ha sido "resuelto" el problema agrario) la situación agraria es tanto y más apretada que en cualquier otro país.

"El caso de Bulgaria es ejemplar: Para hacer posible la reforma implantada por Stambolinsky en 1919, consistente en repartir tierras de latifundistas, de conventos y del Estado, por el sistema de venderlas a crédito a los agricultores en parcelas de extensión limitada, se recurrió a la artimaña de expropiarlas a sus precedentes dueños por precio muy inferior al de su valor real, aprovechando que figuraban con valuaciones engañosas en los catastros de la contribución...

"No es que yo me conmueva porque a los latifundistas se les indemnice con precios rebajados por el valor de sus tierras, puesto que ensalzo el método de George, que, en resumidas cuentas, consiste en confiscárselas. Pero una cosa es quitárselas sin indemnización alguna, de manera abierta, aunque gradual, en nombre de una clara y honesta doctrina que niega la propiedad de la tierra a grandes y chicos, y otra es reconocer el principio de la propiedad privada, pero falsearlo mediante indignas tretas, para hacer posible una absurda solución".

(Nos., pág. 391).

(Aprop., pág. 20).

"Se siguió otra alternativa de esta política: la de *donar* total o parcialmente las tierras, comprándolas el Estado para los agricultores mediante empréstitos servidos con rentas generales. Pero ¿a qué clase de principios económicos o jurídicos podría apelarse para justificar esa política? ¿A qué clase de justicia social?"...

"Otra alternativa podría conside-

"Hay una tercera injusticia, todavía más flagrante; la injusticia de la expropiación. La expropiación no puede hacerse más que de una de estas dos maneras: o confiscando o indemnizando plenamente. Porque llamar indemnización a la que sólo paga parte de la propiedad que se arrebató, es mistificar el significado de la palabra, es enmascarar el vocablo, es ponerse un antifaz para no ruborizarse de que a la acción que se comete se aplique su propio nombre castellano, "expropiación". ¿Y a qué norma ética se atiene el Estado cuando arrebató a unos ciudadanos parte de su propiedad para regalársela a otros ciudadanos? ¿Qué regla de equidad permite eso? ¿Y qué justicia distributiva?"

(Pág. 35).

rarse aún, y es la de que el gobierno confiscara sencillamente total o parcialmente los latifundios para regalarlos en fracciones. Pero, ¿cómo conciliar ese plan de confiscación con el respeto profesado al principio de la propiedad territorial privada?”.

(Nos., pág. 391).

(Aprop., pág. 20).

“La solución verdadera del problema agrario no puede ser otra que la del problema territorial en general. La propiedad de la tierra debe ser reasumida por el Estado mediante el método que aconsejó Henry George o por cualquier otro conducente, y entregada a los agricultores u otros ocupantes en condiciones de arriendo vitalicio, por el precio de arrendamiento que determine la libre concurrencia, y en extensiones libremente optativas para el que quiera usarla en los variados y indeterminables destinos que la vida social, la técnica y su progreso puedan sucesivamente ir requiriendo”.

(Nos., pág. 394).

(Aprop., pág. 23).

La grave infracción que denunció alcanza especial importancia por el hecho de que a continuación de aparecido en esta revista mi trabajo, y sucesivamente producidas las disertaciones del Sr. Argente en el Ateneo de Madrid, el plan oficial de la Reforma Agraria fué sustancialmente modificado y obtuvo luego sanción parlamentaria en el sentido que ambos habíamos recomendado, bien que más semejante a mi proposición original. (1)

Pero si la acción del Sr. Argente ha podido ser muy útil, y seguramente lo ha sido, como contribución prestada en el propio ambiente peninsular a la buena orientación de la

“Esa es la aspiración final de la reforma: sustituir una civilización fundada sobre la propiedad *privada* de la tierra por una civilización fundada sobre la propiedad *común* de la tierra, haciendo compatible esta propiedad común con la posesión individual exigida por las complicaciones y complejidades de nuestra actual civilización. Pero una sustitución realizada gradualmente, evolutivamente, sin despojo de los actuales propietarios, ni de todos ni de parte”.

(Pág. 61).

(1) Importa advertir que el Sr. B. Argente constantemente se nos ha mostrado resistiendo, incluso mediante artes bastante sospechosas, el sistema de propiedad común y arriendo individual por mí preconizado. (Ver apéndice en la pág. 59 de mi libro citado).

trascendental reforma, no es legítimable en cuanto usurpación de ajena obra intelectual.

El Sr. Argente no olvidó, ciertamente, mencionar a los autores locales cuyas accesorias estadísticas tomó en préstamo (1), pero olvidó mencionar al autor, de lejana residencia, de quien extrajo la íntegra médula de sus, por lo demás, oportunos y bien compuestos discursos.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, octubre 1932.

(1) El propio autor reconoce la accesoriedad y hasta ociosidad de dichas estadísticas para el objeto de pintar los tan notorios efectos del latifundismo. "Para qué necesitamos esto? —dice. — ¿Qué nos van a decir las estadísticas —yo tengo aquí un montón de ellas— que no sepamos nosotros, que no hayamos visto cuando hemos visitado los campos? Pues, ¿no recordamos a la inmensa mayoría de esos campesinos vistiendo andrajos... guarecidos en inmundas chozas...? Esa es la situación del campesino español." (Pág. 9).

“NOSOTROS” EN SUS BODAS DE PLATA

EL jueves 27 de octubre se efectuó en el Hotel Jousten el magno banquete con que los amigos de esta revista celebraron su vigésimoquinto aniversario, dándole a la fiesta el carácter de una demostración a sus fundadores y actuales directores. Invitaba a esta fiesta, que era de todos, de los escritores que saben reconocer su solidaridad en la noble tarea común, la Sociedad Argentina de Escritores, el P. E. N. Club y el Círculo Argentino de Autores, representadas las tres entidades por sus dignos presidentes, Arturo Capdevila, Manuel Gálvez y Enrique García Velloso. Un luto reciente y razones de salud impidieron a los dos últimos hacer acto de presencia en la fiesta, que fué presidida y ofrecida por el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores.

En la vasta sala del banquete no cabía una sola persona más. Allí estaban los amigos de ayer y de hoy; los colaboradores de todas las horas; la representación de todos los sectores de la literatura, del arte y del pensamiento argentinos. A la misma mesa, junto a los escritores y artistas que han alcanzado un nombre ilustre, se sentaban, numerosos, los hombres nuevos que vienen a llenar los claros que deja la muerte o el alejamiento, el cual la historia de Nosotros certifica no ser nunca definitivo. *On revient toujours...* ¿Cuántos eran? Hasta ciento veinte amigos contamos en las distintas mesas, a pesar del temporal reinante —no había cesado de llover en todo el día— que impidió a última hora a muchos residentes en La Plata, en las localidades vecinas o en los barrios alejados, llegar hasta el punto extremo de la ciudad donde se celebraba la fiesta. Una mesa brillante, alegre, animada, bulliciosa, donde alternaban todos los hombres que, con-

servando su respectiva posición espiritual, son capaces de comprenderse y estimarse por encima de las diferencias de edades, de opiniones o de credos políticos o artísticos. En una palabra, una fiesta de NOSOTROS: cordialísima, sin estiramiento y sin chocarrería, de las que no dejan ningún sabor amargo en el espíritu y a las que se vuelve gratamente con el recuerdo, a través de los años, como volvemos hoy a la del décimo y a la del vigésimo aniversario.

Los directores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti se sentaron a derecha e izquierda de Arturo Capdevila. Acompañábanlos en la cabecera, el ministro de la Suprema Corte Dr. Antonio Sagarna, que en su carácter de ministro de instrucción pública había ofrecido en 1927 el banquete de los veinte años; el presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes, ingeniero Nicolás Besio Moreno; el presidente de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, Juan Pablo Echagüe; el ilustre profesor, nuestro huésped, Gherardo Marone; el publicista belga, representante de *Vue*, *Les Nouvelles Littéraires* y *Candide*, León Kochnitzky; el pintor peruano y crítico de arte F. Cossio del Pomar, fundador, con Haya de la Torre, del Partido Aprista; el diputado nacional Fernando de Andréis; las escritoras Alfonsina Storni, Emilia Bertolé y María Alicia Domínguez, el poeta Fernández Moreno y el crítico Antonio Aita, organizador generoso e infatigable de esta fiesta de compañerismo.

Seguían a continuación o diseminados en las mesas restantes: Alejandro Korn, Alfredo Colmo, Augusto Bunge, Julio Noé, Nicolás Coronado, Aníbal Ponce, Emilio de Matteis, Carlos López Buchardo, Carlos Manacorda, Isidoro de la Calle, director de *Libertad*—, Ida Baroffio Bertolotti —en representación de *Il Mattino d'Italia*—, Folco Testena —director del *Giornale d'Italia*—, Sigfrido A. Radaelli y Víctor Max Wullich —directores de *Megáfono*—, Máximo Soto Hall, Juan Chiabra, Germán de Elizalde, Carlos Obligado, Emilio Suárez Calimano, Santiago Baqué, Germán Müller, Francisco Romero, Agustín Riganelli, José A. Merediz, Mateo Quijano, Octavio Pinto, Arturo Marasso, Francisco Chelía, Carmelo Bonet, Leónidas Barletta, Enrique de Gandía, Julián Urgoiti, Gonzalo Losada, José Venegas, Héctor González Iramain, Fermín Estrella Gutiérrez, Alfredo

Brandán Caraffa, Carmen Miguens de Brandán Caraffa, Marcos Manuel Blanco, Alejandro Sux, Angel Sforza, Alberto Palcos, Juan Burghi, Maruja Vidal Fernández, Luis Reissig, Juan B. González, M. López Palmero, E. M. S. Danero, Francisco de Aparicio, Marcelino del Mazo, Luis Pascarella, Augusto González Castro, Juan Canter, Daniel Rodolico, Vicenta Rodolico, Halys Vale, Jorge Nelke, Alfredo G. Torcelli, Américo Latino, Tomás Allende Iragorri, Francisco Isernia, José M. Monner Sans, Esteban P. Hintermeyer, Arturo Mejía Nieto, Porfirio Fariña Núñez, Julio Aramburu, Bonifacio Lastra, Alejandro Jascavich, J. Alvaro Sol, Carlos Bogliolo, Juan Manuel Corcuera, Juan Rómulo Fernández, Joaquín Cortés López, Mayorino Ferraría, Isaac Carvajal, Antonio Gellini, Nicolás J. Grosso, Juan Manuel Cotta, Helvio R. Curutchet, Juan Oscar Ponferrada, Pablo Girosi, Dolores J. López Aranguren, Leonor J. López Aranguren, Pablo de Román Vago, Alfredo Cantiello, Carlos Sanchirico, Emilio E. Vigliani, Plinio Stoppani, Carlos Pinto, José Mauricio Peixoto, Alfredo T. Orofino, Oscar Julio Espinosa, Ramón V. Quijano, Juan Serpentine, Isaac Rajcovich, Raúl Marfany, Manuel Rial Guyot, Germán Luis Gunther, Remigio González, Manuel Augusto Domínguez, Gabriel Izzo, Remigio Valenzuela, Pedro P. Zavalla, y séanos disculpadas las omisiones en que hayamos incurrido, por habernos sido imposible reconocer en las listas todos los nombres.

El Consejo Directivo del Partido Socialista Independiente, al cual representa en el Congreso nuestro director Roberto F. Giusti, tomó el acuerdo de hacerse representar en el homenaje por su secretario general, diputado Fernando de Andreis, adhesión sin ninguna significación política y sí de aprobación de la obra de cultura desarrollada por hombres de las mismas filas.

Ofreció la demostración por la Sociedad de Escritores, Arturo Capdevila, su presidente, con una amena improvisación, imposible de reconstruir en todos sus pasos, con la cual mantuvo largo tiempo suspendido el interés de los comensales. Alternando el tono serio con el festivo, salpicando su *causerie* de rasgos humorísticos y de anécdotas y cuentos al caso, dijo Capdevila muchas cosas sabrosas, empezando por el oportuno recuerdo de la fiesta de los veinte años, "ofrecida por un gran ministro de

un gran gobierno", y sobre todo cuando se refirió al pleito de las generaciones, a la imparcialidad con que Bianchi y Giusti han dirigido la revista aun en medio de la batalla, y a su función de organizadores de la República de las Letras: "nuestros cónsules", llamólos repetidamente con aplauso del auditorio.

Después de haber agradecido la demostración los directores de NOSOTROS, con los discursos que más adelante reproducimos, hablaron el poeta Brandán Caraffa, el escritor León Kochnitzky y el diputado y escritor Augusto Bunge, con otras tantas improvisaciones felicísimas. Muy grata fué a todos la de Brandán Caraffa, ex-fundador de *Inicial*, ex-director de *Proa*, escritor perteneciente a las tendencias literarias agrupadas bajo el nombre de "nueva sensibilidad", quien, concretando las palabras dichas por Capdevila, Bianchi y Giusti, explicó las razones de la disensión producida entre las generaciones —disensión que fué a menudo incomprensión— e hizo votos él también por la reconciliación posible y necesaria. León Kochnitzky, brillantísimo espíritu de cronista viajero, abierto a todas las corrientes de ideas nuevas, trajo el saludo de los escritores franceses para los hombres que han perseverado en la heroica empresa de dirigir durante veinticinco años a NOSOTROS, y dijo toda la fervorosa esperanza que él ponía en el porvenir de América y de la civilización y cultura originales que en su suelo se anuncian. Cerró la serie de los discursos, con una chispeante improvisación, Augusto Bunge, quien contestando al final pesimista del discurso de Alfredo Bianchi, recordó que siendo los argentinos buenos nadadores, no le tememos al profetizado naufragio de la civilización occidental, pues de no tener otro medio, llegaremos a brazo a la orilla. Damos a continuación los discursos leídos por nuestros directores.

Discurso de Alfredo A. Bianchi

Me pongo de pie, para agradecer esta magnífica demostración de simpatía, verdaderamente conmovido. Y esta emoción tiene orígenes diversos: ante todo, la que nace de este acto en sí mismo, al verme rodeado por tantos escritores y artistas que, de cerca o de lejos, han acompañado y estimulado siempre nuestra obra.

En segundo lugar, la que surge del recuerdo. Aunque nuestro poeta Banchs haya dicho que "el recuerdo es la sombra de la vida", lo es indudablemente más en esa segunda época de la existencia, en la que yo ya he entrado y en la que Ingenieros nunca quiso entrar. Pero, en mi caso, ese recuerdo emocionado del pasado, no es triste, de ningún modo. En nuestro número extraordinario de las bodas de plata, Ravignani, al recordar el grupo de jóvenes estudiantes de Letras al que ambos pertenecíamos, y sus inclinaciones espirituales, dice: "Dominando todas estas preocupaciones, había una gran vocación: la de Bianchi, por una revista, literaria, histórica y filosófica... y soñaba con tener un edificio como el de *La Prensa*." Si bien es verdad, que hoy, después de veinticinco años, no puedo decir que haya realizado, ni mínimamente, la segunda parte de mi sueño, la primera sí tuvo su nacimiento, su desarrollo... y su triunfo. Porque hay que declararlo, sin jactancia. NOSOTROS ha cumplido su misión. Al nacer, dijimos que no sabíamos si ella venía o no a llenar un vacío. "El éxito que obtenga, lo dirá", afirmamos. Y el éxito obtenido, lo ha dicho. Quiérase o no, NOSOTROS ha marcado una huella, y ha aportado una contribución eficaz al adelanto de las altas actividades del espíritu en el país. Soy el primer convencido de que nuestra obra no ha sido perfecta, ¡qué va a serlo! Con todas sus imperfecciones, es el producto de nuestro ambiente. Por eso no pudo ser mejor. Se ha dicho, por nuestros enemigos, que NOSOTROS ha sido una revista de grupo. Craso error. Precisamente, lo que le ha faltado a nuestra generación es eso: espíritu de cuerpo. Siempre anduvo a la desbandada, egoístamente. En mi contestación a la encuesta de NOSOTROS, al referirme a la primera suspensión de la revista, después de treinta y un meses de existencia, publico la lista de los veintinueve nombres que formaban su cuerpo de redacción. ¡Qué plana mayor más selecta! Y agrego: "Ahora, después de veintidós años, ¿qué queda de ese grupo, junto a la bandera? A unos, casi la mitad, se los llevó la muerte, y a los demás... la vida". Esta es la verdad, amigos. Arturo Capdevila, a quien tan grato estoy por sus cariñosas palabras de esta noche, me decía, en 1929, al remitirme el original de su magnífico *Nocturno de la guerra del mundo*: "Le envió el poema para NOSOTROS, en el deseo de no perder el con-

tacto con la revista *nuestra*, bien nuestra (y bien de todos también), en que a lo largo de los años vamos demostrando con hechos, jamás precedidos de vanos alardes, que merecíamos de veras sentirnos algo nuevo y útil, y elevarnos tribuna. Trataré en lo sucesivo de que no le falte nunca una primicia de mis nuevas obras". Esto mismo debieron pensar todos los que pertenecieron a la generación de NOSOTROS, pero no fué así. De modo que el tal grupo *cerrado*, nunca existió. NOSOTROS fué siempre revista de todos, abierta a todas las tendencias y a todas las inquietudes. En 1921, al publicar un artículo de Jorge Luis Borges, recién llegado al país, sobre *Ultraísmo*, decíamos: "Con este artículo del muy joven escritor argentino Jorge Luis Borges, iniciamos una serie de estudios sobre las escuelas de vanguardia. Queremos hacer conocer los principios estéticos de las nuevas escuelas literarias y artísticas. El solo hecho de exponer a todas —antagónicas entre sí, con frecuencia—, prueba nuestra neutralidad". Y agregábamos: "El tiempo dirá sí, en efecto, en este finalizar de 1921, somos incomprensivos los que no creemos mucho en la vitalidad y trascendencia de las nuevas escuelas".

Soy un poco machacón en esto de insistir sobre la amplitud de criterio de los directores de NOSOTROS para acoger cualquier página bien escrita, ya fuera de viejos, de hombres de nuestra edad o de jóvenes, porque algunos de éstos se empeñan en desconocerlo, mintiendo a sabiendas. Pero yo les contesto con pruebas, y ellos con palabras... injuriosas.

Y estamos ante el tercer motivo de mi emoción: ésta no es producida por el pasado, sino por el futuro. Y perdonadme que termine estas breves palabras con conceptos quizás pesimistas, aparentemente. Al comentar el gran banquete con que fuimos obsequiados los directores, al cumplir NOSOTROS sus primeros diez años, dijimos que nos declarábamos dispuestos a concurrir, diez años después, a otro homenaje semejante. Dicho anhelo se cumplió, y en 1927, al terminar mi discurso de agradecimiento dije, que con el optimismo juvenil de diez años atrás, nos declarábamos dispuestos a concurrir, en 1932, al acto, con que seguramente festejaríamos las bodas de plata de NOSOTROS. Y ese momento ha llegado. Pero hoy, ya no me atrevo a volveros a citar para una fecha determinada. Si he de deciros la verdad, creo que este ban-

quete es una despedida. Días sombríos se avecinan, para nosotros y para el mundo. Pienso, como Danero, "que este carcomido navío del pasado en que navegamos, terminará por hundirse, con toda la tripulación", a plazo más o menos breve.

Si esta situación caótica se produce, comprenderéis que toda actividad intelectual quedará suspendida. Por eso digo que creo que este banquete es una despedida.

Si me equivoco, y continuamos viviendo, volveremos a reunirnos cuando queráis. Y mientras tanto, muchas, muchas gracias por vuestra bondad.

Discurso de Roberto F. Giusti

Nada me da en mayor medida la impresión del tiempo fugaz, que esta existencia de NOSOTROS tan larga y tan fuerte que ya devora nuestra propia existencia. Es cosa terrible para mí abrir la revista en cualquiera de sus páginas, y ver surgir de ellas, el recuerdo, como si los años no hubieran transcurrido, como si fuera el ayer mismo, de todos los hechos menudos, trabajos, afanes, discusiones, que precedieron a su impresión; y ver asomar detrás de la firma, el rostro amigo de cada uno de vosotros, o redivivo el de tantos amigos que pasaron, hoy nada más que sombras familiares. De estos setenta y cinco tomos donde el ayer y el hoy son una misma cosa, recibo diariamente la más severa amonestación sobre la verdad de nuestras ilusiones. Este es ya el espejo en que se mira mi vida. ¿Qué sentencia leo en él? ¿Hay mérito en lo que hemos hecho? Hemos vivido, trabajado, luchado. No, nosotros dos los directores; todos juntos, amigos, compañeros, yendo a remolque del tiempo, quizá algunos venciénolo con su obra perdurable. Hoy ya no se habla de la suerte de la revista como de un hecho aislado e independiente de todos cuantos le rodean; hoy se habla de la suerte de una generación, cuyos individuos estuvieron o están vinculados con lazos más o menos estrechos a esta empresa desinteresada de intercambio y difusión intelectuales. La generación de NOSOTROS. Aunque a esta calificación no le atribuyáis más que el significado de un sincronismo, sabed que la sentencia nos comprende a todos. Contienen las páginas de la revista demasiado

espíritu vuestro, para que pueda negar los lazos esta generación, creadora del intenso movimiento intelectual iniciado allá a comienzos del siglo, del cual dan testimonio aquellas páginas.

Hay quienes dicen que no hemos hecho nada. Convendría saber, comparando con cual modelo ideal. No he de repetir la crónica ya agotada. He de superar la anécdota. Todo cuanto se ha soñado, pensado, querido, combatido y hecho por la generación de NOSOTROS, ha sido expuesto a través de estos veinticinco años, y recapitulado en dos ocasiones memorables: en ambos números con que hemos celebrado el vigésimo y vigésimo quinto aniversario. ¿Puede decirse una generación estéril y fracasada? No contesto con nombres, sino con obras, con cuadros, con mármoles, con composiciones musicales, con libros, de los cuales ha de quedar algo más que los títulos amontonados en catálogos e índices bibliográficos. Libros, armonías, mármoles y cuadros, que séguense escribiendo, concertando, esculpiendo y pintando con mano cada vez más diestra y talento afinado por la experiencia de la perfecta madurez. ¡Cómo si hubiera pasado esta generación, llegada a su plenitud vital!

No me afligen ni sorprenden estas negaciones apasionadas: bien sé que tal es el movimiento de la historia. Las generaciones que se avinieron a hacer lo que hicieron las precedentes, no cuentan; cuentan sí las que se propusieron hacer algo distinto de las precedentes. Legítima aspiración, que necesita justificarse desconociendo o disminuyendo transitoriamente lo ya hecho. Importa saber ahora si a la negación y legítimo anhelo de algo nuevo se acompaña siempre una obra que llega a sazón. Así, de aquel grupo brillante y desenfadado que nos acometía con tanta saña en los días en que celebrábamos nuestro vigésimo aniversario y que hoy ha pisado los treinta años, todavía no veo sino las primicias, aquella flor que —debemos creerlo, ¿por qué dudarlo?— como la del huerto de fray Luis, “anuncia en esperanza el fruto cierto”. Ya veréis que cuando maduren los frutos, se reconciliarán con nosotros, pues ¿qué significado tendría en la hora del triunfo y no de la batalla, la negación del esfuerzo precedente? Algo bien simple: una anticipación del suicidio. Si llegado el instante en que pesamos en el hueco de la mano nuestra minúscula obra relativa, seguimos desconociendo



Algunos aspectos del Banquete de las bodas de plata



Algunos aspectos del Banquete de las bodas de plata

desesperadamente el esfuerzo de los antecesores, hagámonos a la idea de que también el nuestro será igualmente desconocido.

¡Ah!, pero yo voy más lejos: esta noche quiero avisaros a vosotros todos sentados a esta mesa cordial —en la cual desde aquí veo alternarse las canas venerables de algunos abuelos ilustres, con las cabezas juveniles de los muchachos de veinte, de treinta, de cuarenta, de más años—, que NOSOTROS se zafa de este pleito de las generaciones. La revista surgió para todos y sigue siendo de todos. Sólo la incomprensión y la intolerancia rechazarán este ofrecimiento. A ninguna voz clara y firme se le ha negado ser escuchada desde las páginas de NOSOTROS, tampoco a muchas lindas voces blancas. A nuestros colaboradores no les preguntamos la edad; los leemos con simpatía acogedora, con fervor de bautistas, con inteligente comprensión, con espíritu ecléctico que se sobrepone a las banderías de escuela o de cenáculo, y a nuestro propio gusto personal. Si algo rechazamos es precisamente lo caduco y adocenado. NOSOTROS es un vehículo, un instrumento, úsenlos quienes quieran, hasta para la crítica demoledora, como los han usado los nuevos más de una vez para ello. Si este noble ofrecimiento no es aceptado, será por jactancia pueril, por ciego prejuicio, por fanatismo, bárbaramente temeroso de los contactos impuros, o por cobardía, por sometimiento a las imposiciones de la plazuela gritona. NOSOTROS siempre renovada, siempre igual y distinta, siempre al servicio de la cultura argentina: tal es el programa inicial, cumplido sin traicionarlo, tal el programa de hoy, dispuestos a ofrecerla sin miedo como campo de batalla para las ideas sociales y filosóficas y tendencias estéticas encontradas.

Y ahora, gracias a todos, amigas y amigos, por vuestro afectuoso homenaje. El es muy grande, recompensa desproporcionada a nuestro mérito; pero yo sería frívolamente insincero si os dijera que no hemos merecido un poquito de gratitud de nuestros contemporáneos. En un país donde cualquier esfuerzo se trueca por un lucro cierto, hemos robado a nuestra vida las mejores horas que pudimos destinar a embellecerla o a hacerla más fecunda de hijos propios, nada más que para asistir a los ajenos. En las horas de desaliento me lo reprocho como un pecado contra lo mejor de mí mismo; hoy me hacéis comprender que debo

sentirme orgulloso de esta empresa desinteresada en la cual me arrojé muchacho y estoy amortajándome lentamente en canas.

*
* *
*

Son numerosísimas las felicitaciones que hemos recibido con motivo de nuestro vigésimoquinto aniversario. En la imposibilidad de tomar nota de todas cuantas nos han sido ofrecidas verbalmente, sólo dejamos aquí constancia de los mensajes de adhesión al banquete que nos han llegado por carta o telegrama:

De Suiza: Ernesto Quesada.

De Río de Janeiro: Alfonso Reyes, embajador de México.

De la Capital: Tulio M. Cestero —ministro de Santo Domingo—, Alfredo L. Palacios, Carlos Ibarguren, Juan B. Terán, Manuel Gálvez, Enrique García Velloso, Octavio R. Amadeo, Emilio Ravignani, concejales José Rouco Oliva, Germinal Rodríguez, Felipe Di Tella y Gregorio M. Beschinsky, Julio Rey Pastor, Emilio Zuccarini, José Santos Gollán (hijo), Nicolás González Iramain, Rafael Vehils, Rafael Alberto Arrieta, Nella Pasini, Juan Torrendell, Eugenio C. Noé, Víctor Saá, C. Villalobos Domínguez, Clemente Ricci, Enrique Mouchet, Arturo Vázquez Cey, Nerio Rojas, Carlos N. Caminos, Luis Echávarri, Joaquín Rubianes, Juan Carlos Rébora, Eduardo Acevedo Díaz, Enrique Loudet, Max Dickmann, Carlos Lottermoser, Leonor Smith de Lottermoser, Marta Maggi, Manuel Gleizer, Augusto Cortina, Rafael B. Esteban, Américo H. Albino, Erwin F. Rubens, Juan Antonio Villoldo, Luis de Francesco, José Martínez Jerez, Félix B. Visillac, Gregorio Halperin, Hernani Mandolini, Federico A. Gutiérrez, Angel Acuña, Julio Molina y Vedia, José Luis Romero, José P. Barreiro, Luis Peña, Julio Suárez, Arturo Montesano Delchi, Sixto Pastor, Ana Valentina Olivera, Carlos Pessina, Magdalena Chimenti, Fernán Félix de Amador, Rafael Pineda Yáñez, Arturo Cambours Ocampo, María Inés Franzini Herrera, Jacobo A. de Diego, Carlos Copello, José R. Paolucci y León Tourrés.

De La Plata: Ricardo Levene —presidente de la Universi-

dad—, Benito Lynch, Enrique Herrero Ducloux, Carlos Sánchez Viamonte, Faustino Brughetti y Romualdo Brughetti.

De otras ciudades: Salvador Mazza, M. Llinás Vilanova, Miguel Angel Bertolé, Enrique Rolón, Antonio Rubén Ferrari, Salvador Merlino y Salomón Rodríguez.

Nos complacemos asimismo en dejar testimonio de los nombres de los escritores que no habiendo podido colaborar por diversas razones circunstanciales en la encuesta de NOSOTROS publicada en el número aniversario, nos han expresado por carta su adhesión a la obra por NOSOTROS realizada: Antonio Sagarna, Gustavo Martínez Zuviría —director de la Biblioteca Nacional—, Atilio Chiappori —director del Museo de Bellas Artes—, Enrique Larreta, Ricardo Rojas, José León Pagano, Alberto Williams, Benito Lynch, Enrique Banchs, José Fernández Coria, Víctor Juan Guillot, Carmelo Bonet, Enrique M. Rúas, Ernesto de la Guardia, Alfonso de Laferrère, Jorge Max Rohde, José María Monner Sans y Dardo Corvalán Mendilaharsu.

Y también queremos agradecer públicamente la adhesión generosa que muchos profesionales y amigos de Rosario y de esta ciudad significaron a NOSOTROS con motivo de la publicación del número de las bodas de plata. Fueron éstos: *de Rosario*, el *Círculo* y los señores Armando Antille, José Lo Valvo, Francisco Bendicente, Antonio Camarasa, Enrique Thedy, Ernesto Marquardt, Enrique Rossi, David Staffieri, Salvador Arteabaro, J. Agustín Gatti, Angel Passerini (h.), Antonio A. Solari, Carlos Adlercrentz, Mario Castagnino, Adolfo Elías, Andrés F. Galdiz, Luis Jorge Caffarena, Diógenes Hernández, Clodomiro Hernández, Alfredo L. Argenti, Eladio Segovia, Esteban Isern, Luis Sgresso, Raúl Recagno, Roberto M. Igareta, Absalón D. Casas (h.), José de Birkandi, Luis A. Ouvrard, José L. Fantin, Lelia Echezarreta, Mario Larguía, Augusto M. Schiavoni, Ambrosio M. Ghirimoldi, Juan C. Iraghi, Emilio Cardarelli, Orestes P. Remondino, Carmen, Juana, Delia y Adriana Nicolás, Isach Ferrer, Durand, Maissonave y Manzella, Hernández Larguía y Newton, Elsa M. de Bertolé, J. B. Massa, S. de Nigris, Tissera, Berrini, Dayn, F. Gaspary, Elejaga; *de Buenos Aires:* Antonio Sagarna, Enrique González Patifio, Jorge Cabrera, Enrique Jorge, Pablo Barrenechea, Alberto J. Rodríguez, Julio Alvarez, Absalón Rojas, Eduar-

do F. Maglione, Emilia Bertolé, Aristóbulo S. Zuccotti, Américo H. Albino, Sixto Pastor, Martín Reibel, Pedro D. Irigoyen, Juan Burghi, Carmelo M. Bonet, Eduardo J. Bullrich, Miguel Angel Rizzi, L. R. S. Holway, Santiago Baqué, Pablo L. Tissone, Julio Noé, José Oscar Horta, Francisco Ratto, Agustín Pita, *El Ate-neo*, Julio Suárez, Viau y Zona y F. Itzcovich.

*
* *

Los manteles fueron levantados cuando ya se avecinaba la una de la madrugada. La hora tardía privó a los comensales del placer de escuchar a los poetas. Muchos reclamaban que Fernández Moreno dijera su *Romance de Giusti y Bianchi* publicado en el número aniversario, otros que recitasen las poetisas que ennoblecían la fiesta con su presencia. El anciano poeta, grande amigo de esta casa, Francisco Soto y Calvo, se hizo presente con una epístola en sonetos que damos a continuación:

I

Pro aris et focis.
CICER. Pro Ros. Am. Cap. V.

Probo es enalteceros, doble ánimo esforzado 19
De aquellos dos garzones de idealidad erguida
Que hicieron de Nosotros la Revista querida,
Por un cuarto de siglo espejo muypreciado.

Ética, Ciencia y Arte, Patriotismo, y llamado
Batallar económico de nuestra noble vida,
Todo, la joven página, reverberó encendida
Por el fervor que tanto su nombre ha dilatado.

Capilla es hoy Nosotros, mañana será templo
De antiguo y nuevo Arte, y Bonaerense ejemplo
Que guarde en Sud América las prácticas genuinas

De Bianchi y Giusti haciendo, modestos literatos,
Los dos más abnegados y admirables Oblatos
Del claustro donde oficien las Letras Argentinas.

II

Quæ fuerunt vitio mores sunt
SENEC. Ep. 59.

Porque cinco pudieran ser las generaciones
Que sobre esta revista nacional han plasmado
Los sueños y costumbres del existir variado
Que corre su fontana de encanto y delusiones.

Nacida al Clasicismo, Románticas facciones
Lleváronla en revuelta, con gesto amotinado;
Y del Decadentismo al Surrealismo, han dado
Sus páginas prolíferas valientes pulsaciones.

Desde la roja Izquierda ya vuelve a la templanza:
Nada de cuanto atañía la humanidad olvida;
Pues que tiende sus alas en los espacios todos,

Y aun sin dineros, logra, guardar con su esperanza,
Y los triunfos morales de su difícil vida,
La fe nunca iludida de quijotescos modos.

III

Vulgare amici nomen sed rara est fides.

PHED. Lib. III. Fab. 9.

¿Dónde están los arbustos a quienes jugo diera?
Si se hicieran su selva ya en la sombra estaría.
La *fuelle* desmirriada que sólo la porfía
De un empleadillo flébil lograra hacer corriera.

Y aun refrescante fluye en són de agua ligera
De Letras y de Artes en confidente guía...
Y los reflejos pálidos que ver gustar ansía
Con oro de cariños cobrar tan sólo espera.

¡Seguid, bravos ilusos! La suerte ha sido echada.
El pino de la Fuente, buido a vuestro empeño,
Resiste los embates de la mar rugidora.

La de hoy es menos fiera: peor fué la marejada!
El pino es ya navío y boga en mar de ensueño,
Y el puerto, bien que lueño, disciérnese en la aurora.

IV

Dulce et decorum est pro patria mori.

HOR. Od. II. Lib. III.

Si al puerto no se llega, no importa! Queda el viaje.
Es premio de la Obra el ímpetu empleado.
La *Natura* engrandece todo gesto empinado
Con que logra el vencido cubrirse en regio traje!

¿Quién pretende más éxito? ¿Qué mayor homenaje
Que el esfuerzo apoteósico que el Obrero ha timbrado
Cuando días y meses y años se ha cuadrado
Con fe sin desalientos frente al Desdén salvaje?

Pobre, ignorado y solo, el halo de su empresa
Cual el del Santo Espíritu brillándole en la frente,
De cansancio, y de pena, y de asco y de olvido,

Sublimizado, agónico, ve la humilde pavesa
De su hoguera de ensueño hasta el cielo ascendente
Y orgulloso se siente por que a *Dios* ha servido.

V

Trahit sua quemque voluptas.

Virc. Ver. 65. Eg. II.

¡Ciego! No compadezcas al que estimas iluso.
 ¡Quién es capaz de darse cuenta de cuanto goza
 Aquel flaco bohemio que en su pobreza moza,
 Sueldo, desvelos, vida, en la Revista puso?

¡Le admiro yo y le aprecio! Y siéntome confuso
 Porque en mis tiempos ricos entre tanta áurea broza
 No pensé nunca en darle a su empresa una poza
 Donde baldear el agua de que jamás dispuso...

Hoy, que sé comprenderlo, hacer puedo muy poco:
 Mas vayan estos versos, en erupción salidos,
 Llenos de comprensivas, fraternas emociones,

A llevar el afecto de los sueños que evoco
 A los que iguales tienen *ideales* queridos
 Y entienden en latidos de hablar de corazones.

VI

Stimulus dedit aemula virtus.

Luc. Fars. Lib. I. Ver. 120.

¡Bianchi, Giusti: vosotros no negáis al Ensueño!
 Os envidio la fiebre, los rechazos, el odio
 Que os hirió en la puericia del lírico episodio
 De Nosorros que ha sido bienestar y beleño.

Vosotros, de los míos, soís. El doliente empeño
 Convertís, entre choques, en vuestro Angel Custodio,
 Y lleváis, cual la llevo, cual la llevaba Harmodio,
 La matante condena como un glorioso sueño!

¡Adiós! Jamás concluyo la Carta, ésta, en Sonetos...
 ¡Tal somos los fanáticos de artísticos delirios,
 Si asáltanos despiertos nuestra heroica locura!

¡Cuál no nos darán lástima los felices discretos
 Que sin más luz que el vago lucir del vulgar cirio,
 No gozan el martirio de nuestra fiel ventura!

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

"La Ribera", octubre 1932.

A Mayorino Ferraría, debemos el afectuoso saludo vertido
 en el verso del romance, que a continuación publicamos:

Fernández Moreno unió
 para siempre en asonantes
 octosílabos, flexibles,
 los nombres de Giusti y Bianchi:
 A esa cadena de oro
 quiero ponerle un remache.

Bodas de plata celebra
 hoy Nosotros con el arte,
 pero arruga no veréis,
 en su sereno semblante,
 ni canas en sus cabellos
 ni en su corazón pesares.
 Nosotros está tan joven
 como el primer día, y sabe
 que ya no puede morir
 y que tampoco sus padres
 morirán: se lo aseguran
 estos dignos comensales
 que a festejarla han venido
 y a saludar a sus padres
 Bianchi y Giusti, héroes máximos
 de las letras nacionales.

Giusti es callado y enérgico,
 y su pluma, aguda y ágil,
 nada lo mismo que un pez
 en el río del lenguaje.
 Bianchi es activo y dinámico
 y, en todo, menos en Arte
 — Nosotros me lo asegura —
 de una indecisión constante;
 enemigo de escribir,
 más muy amigo de darse
 en cuerpo y alma a Nosotros,
 su pan, su vino, su sangre.
 Ambos un corazón tienen
 que en el pecho no les cabe,
 y uno con ceño fruncido
 y otro con sonrisa afable,
 parco y discreto el primero,
 y el segundo exuberante
 de gestos y de palabras
 y sentimientos cordiales,
 son en el mundo de hoy
 egoísta y miserable,
 dos héroes de leyenda,
 dos caballeros andantes
 en busca de dulcineas
 quiméricas o probables
 (dulgineas literarias
 que son las más inhallables.)
 ¡A fé que no son *matungos*
 sino corceles muy ágiles
 los que montan estos héroes
 en el sendero del Arte!
 Con ellos nada le asusta,
 no hay charco en el que reparen,
 saben saltar los obstáculos
 y las moscas espantarse
 (y ¡como abundan las moscas,
 es decir, los alacranes!)
 Hoy sólo se hallan aquí

los que saben admirarles
 sin envidia ni recelos,
 sospechando que inmortales
 serán desde hoy los nombres
 Bianchi y Giusti, Giusti y Bianchi.
 Por eso vine yo aquí
 y también para afirmarles
 que en su inmortal *Don Quijote*
 los incluyera Cervantes
 si vivieran en su siglo
 y con pericia admirable
 diseñara sus figuras
 como mi pluma no sabe
 ni se atreve: para eso
 Fernández Moreno hable.

MAYORINO FERRARÍA.

*

* *

No nos ha faltado tampoco la voz amistosa de los colegas, así con motivo de la publicación de nuestro número de las bodas de plata, como de la fiesta con que las hemos celebrado. A todos va nuestro agradecimiento, aun a aquellos que han discutido como *El Mundo*, *Crítica* o *Crisol*, el valor de la empresa que desde estas páginas se cumple, modesta pero tesoneramente, o más bien dicho, la obra de la generación llamada de NOSOTROS: si bien se mira, es motivo de orgullo saber que hay quienes desean reemplazarnos.

Damos a continuación, por orden cronológico, extractados o completos, algunos de esos juicios, aun aquellos que discuten la obra de la generación que se expresa en la encuesta publicada en NOSOTROS. No hay motivo para substraerlos al conocimiento de nuestros lectores, cuando se trata de artículos bien intencionados, y no de necedades o de despreciables insolencias.

Claridad —la conocida revista de izquierda— en una página firmada por José Enrique Dumas, dijo, precediendo el sumario de nuestro número especial:

Celebrando el XXVº aniversario de su fundación, la revista que dirigen Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, acaba de publicar un número extraordinario, en el que juzga su propia labor la generación que ha desplegado su actividad literaria en esa publicación.

Es indudable que desde el punto de vista literario, NOSOTROS ha sido una exposición permanente de la producción literaria argentina durante un cuarto de siglo, habiendo contribuido a la difusión del pensamiento que ha

inquietado a varias generaciones, porque en esa revista han colaborado hombres que han sido el exponente de diversas tendencias, siendo por lo mismo la expresión de distintas generaciones. Como cenáculo literario, la revista *Nosotros* ha sido el más sólido y amplio de cuantos se han formado en lo que va de este siglo, dentro de la tendencia moderada que ha caracterizado a sus directores y colaboradores.

La generación que en este número extraordinario de *Nosotros* se juzga a sí misma, ya ha dado cuanto tenía que dar en su obra literaria como exposición de inquietudes reformadoras y su juicio no puede tener otro mérito que el meramente expositivo, porque quien ha de juzgar esa labor deberá ser la generación que la suceda, si es que pueden dividirse en generaciones los hombres que con distinto criterio social colaboran en una publicación los principales años de su vida.

La Revista del Centro de Estudiantes del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, publicó el siguiente suelto de su director Helvio L. Curutchet:

Veinticinco años de vida sorprenden a nuestro prestigioso colega, la revista *Nosotros*, en la plenitud de sus fuerzas y desarrollando, en el campo de las letras argentinas, una labor tan eficiente como digna de aplauso. Fundada el 1º de agosto de 1907 por sus actuales directores, D. Alfredo A. Bianchi y el Dr. Roberto F. Giusti, su vida es todo un ejemplo de tesón y nobles ideales; un verdadero pedazo del espíritu nacional, surgido y aun mantenido con múltiples sacrificios, y que año tras año envía a diversas partes del mundo una sensible muestra de nuestros valores consagrados. Escuela y tribuna de los jóvenes talentos literarios —y aquí radica gran parte de su orgullo y merecida fama— ha formado a través de sus páginas a toda una generación de escritores: Barreda, Fernández Moreno, Banchs, Arrieta, Amador, Méndez, Carriego, entre los poetas; Chiappori, Giusti, Lafinur, Ponce, Laferrère, Noé, Irazusta, Ravignani, Alberini, Miomandre, Talamón, Testena, entre los críticos y seccionistas de la revista; luego novelistas como Payró, Gálvez, Estrella Gutiérrez, Argerich, Becher, Rojas, etc., y otros muchos más, argentinos o extranjeros sin diferencias ni prerrogativas de unos sobre otros, por el solo hecho de residir en estas tierras. No pocos de aquellos tímidos y jóvenes escritores, puestos bajo la férula de Obligado, Ingenieros y Darío (en aquella época entre nosotros), son hoy profesores de nuestra casa. Y he aquí como nos sentimos doblemente ligados a la simpática publicación que hoy cumple sus bodas de plata con la gran familia literaria argentina: vayan, pues, nuestras modestas congratulaciones hacia ella y sean a un mismo tiempo, voz de aliento y el más sincero júbilo por su merecido engrandecimiento.

La Fronda comentó el ya dicho sumario, en los generosos términos siguientes:

Veinticinco años de vida profícua en las letras argentinas son los que *Nosotros* acaba de cumplir. Al cabo de ese cuarto de siglo, que no en vano es el de las bodas de plata, ya lucen algunas hebras blancas sobre su frente. *Nosotros* —concreción de Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi— fué en 1907 el sitio concéntrico de los jóvenes que en aquella hora nacían a las letras argentinas. Pero la madurez de los años, aunque hizo su paso un poco más lento y cristalizó algunas inquietudes iniciales, no fué obstáculo para que los jóvenes de las generaciones venideras hallaran

en las páginas mensuales una generosa acogida. Difícilmente se dará el caso de un escritor argentino, joven o viejo, cuya firma no se encuentre estampada en la revista. Nosotros quiso así que su título fuera una constante realidad y que tuviera una vigencia permanente, para que nadie se sintiese excluido y en la amplitud del "nos" cupiese toda la familia intelectual argentina.

Con una inigualada constancia, Giusti y Bianchi están sobre su mesa de trabajo, lo mismo que en aquel día de 1907. Las luchas literarias, los sinsabores cotidianos, las amarguras de la existencia material no disminuyeron en ellos el fervor por la obra. A su lado prosperaron muchos que quisieron hacer más tarde lo que el cuervo del refrán; pero ni este desagrado, ni aquella otra infidencia, bastaron para que Giusti y Bianchi cerraran, con las puertas de Nosotros, las de su estimulante generosidad. Y hoy, a pesar de las canas que condicen las bodas de plata y marcan una cierta gravedad en las palabras y un reposado ritmo en las actitudes, Giusti y Bianchi renuevan espontáneamente ante el escritor que llega hasta su mesa, la misma alegría cordial y el mismo humor juvenil de los 25 años.

"Una generación que se juzga a sí misma", es el título de este número extraordinario con que Nosotros festeja su vigésimoquinto cumpleaños. Toda una generación llena el sumario y habla por vía de sus representantes: los que asistieron a las horas iniciales de Nosotros y no se alejaron de la casa amiga.

Lo mismo hizo *Libertad* en el suelto que reproducimos:

Con ocasión del cumplimiento de su XXV aniversario, Nosotros, la acreditada publicación de arte, crítica y letras que dirigen nuestros compañeros Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, ha editado un número extraordinario que lo es en realidad, por el valor de las firmas que en él colaboran y cuya calidad podrá apreciarse leyendo el sumario que insertamos al final.

Esas firmas son las de los literatos que formaron en las filas de Nosotros desde su iniciación; y su valía es la consagración más terminante que la obra cumplida por aquella revista pudiera necesitar.

Muchos de ellos se iniciaron en sus páginas y fueron dados a conocer por ella; es una generación de escritores que ha entregado bellas producciones a la literatura argentina que, como bien lo expresa el número extraordinario de Nosotros, se juzga a sí misma. La sinceridad de esos juicios es lo que hace aun más notable el esfuerzo cumplido por la revista al adunar nuevamente la colaboración de quienes, a lo largo de sus espléndidos veinticinco años de vida, encontraron en su seno la acogida y el estímulo que fué, acaso, el motor inicial de sus triunfos posteriores.

En esta fausta fecha, queremos que nuestro saludo, cariñoso y cordial, sea para los directores de Nosotros también un estímulo y un aplauso, que los lleve a perseverar en la brecha tan fructíferamente abierta.

También debemos agradecer a *Libertad* uno de los artículos más elocuentes publicados en cualquier tiempo sobre nuestra revista. Se publicó a raíz del banquete, bajo el título

UN HOMENAJE

Ya en nuestra anterior edición informamos sobre la demostración que se ofreció anteanoche, en el Hotel Joustén, a nuestros compañeros Roberto

F. Giusti y Alfredo A. Bianchi, con motivo de las bodas de plata que acaba de cumplir la prestigiosa revista literaria argentina de que ambos son fundadores y directores: **NOSOTROS**. Ha sido éste, más que significativo, un homenaje definitivo y consagradorio. Significativas fueron, en verdad, las demostraciones de reconocimiento, de simpatía y de estímulo que se ofrecieron a Giusti y a Bianchi con motivo del décimo aniversario, primero, y del vigésimo, luego, de **NOSOTROS**.

Pero el de ahora ha tenido un carácter representativo que, no obstante la ausencia oficial, explicable después de todo en un país en que la protección del gobierno a las actividades literarias y culturales de orden superior depende de la persona que ocupe el Ministerio de Instrucción Pública, ha alcanzado las dignas proyecciones que merecía. Baste decir que la invitación al acto de anteanoche estaba firmada por los presidentes del F. E. N. Club, Sociedad Argentina de Escritores y Círculo Argentino de Autores, las tres entidades que reúnen a los elementos distintos y más prestigiosos de la literatura y de la intelectualidad argentinas. Concurrieron, además, al Joustén, personalidades destacadas de la política, de la magistratura, del periodismo, actividades todas vinculadas a la vida del espíritu y dentro o fuera de las cuales Giusti y Bianchi personalmente o la revista **NOSOTROS** han realizado una labor de ilustración y de renovación de valores densa y multiforme. Nuestro Partido estuvo representado por su Secretario General y nuestro Diario por su Director.

En verdad, la obra literaria de esos dos compañeros se halla estrecha e indisolublemente ligada, para nosotros, al cotidiano afán ciudadano, de liberación política y social, que ambos han revelado incansablemente y que los ha vinculado a nuestra actividad partidaria, conquistándoles, por todo lo que llevan realizado, nuestra honda, cordial y definitiva simpatía. Dentro de las letras argentinas, ¿qué representan Giusti y Bianchi y qué la revista **NOSOTROS**? Lo dijo bien anteanoche, al ofrecer la demostración con una improvisación espiritual y amena —muy cáustica a ratos— el doctor Arturo Capdevila. Con la fundación de **NOSOTROS**, Giusti y Bianchi constituyeron y organizaron en nuestro país la República de las Letras, que hasta veinticinco años atrás era una nebulosa informe y caótica. Ellos echaron las bases firmes y serias de la vida literaria argentina tal cual se ha desarrollado después. Esas bases estaban amasadas, naturalmente, con la sensibilidad de aquel tiempo y de los elementos que respondían al permanente espíritu de creación y de organización de las actividades literarias. Luego, ya levantado el edificio, surgió a su alrededor la nueva sensibilidad literaria; nueva porque pertenecía a la nueva generación, pero tan vieja como la anterior en cuanto cumplió su breve ciclo y se vió empujada por nuevas juventudes, creencias y sensibilidades.

Sin embargo, **NOSOTROS** no se encastilló; no proclamó la guerra santa contra los que llegaban ni les cerró sus puertas acogedoras y hospitalarias... Entraron en su recinto algunos de los avanzados adalides de la sensibilidad nueva; otros prefirieron dar al castillo de **NOSOTROS** por inexistente y seguir adelante o volverse atrás, que hubo de todo. Pero **NOSOTROS** continúa en pie. Es lo más sólido y duradero que en materia de revistas literarias se ha creado y se ha mantenido en nuestro país. ¿Quiénes pueden negar este mérito? Nadie, sin duda alguna. Se le puede dar a la obra de **NOSOTROS** mayor o menor valor, menor o mayor trascendencia en la vida literaria nacional. Eso entra ya en el campo de la apreciación subjetiva. Escapa a la actualidad... Por ello hemos dicho que el homenaje de anteanoche a los compañeros Giusti y Bianchi, ha sido definitivo y consagradorio. Con lo que, después de todo, no se ha cumplido otra cosa que sancionar, si se nos permite la expresión, un hecho consumado. Tal hecho es

NOSOTROS, su pasado, su presente y su notable misión de gran vehículo de la cultura argentina y continental.

No menos notable fué el artículo de *Il Mattino d'Italia*, que transcribimos en su texto original:

UNA GENERAZIONE CHE SI CONFESSA.—LE NOZZE D'ARGENTO DELLA
RIVISTA "NOSOTROS"

Avvenimento unico nelle lettere di lingua spagnola, la rivista NOSOTROS compie venticinque anni dalla fondazione —avvenuta nel 1907— e a commemorare l'anniversario pubblica un numero speciale che si intitola: "Una generación se juzga a sí misma".

Mantenere viva durante un quarto di secolo, fra difficoltà, ostacoli e indifferenze, e far prosperare intellettualmente una pubblicazione culturale, costituisce un miracolo di tenacia, di sforzo intelligente, di costanza ammirevole, il cui successo onora anche l'ambiente spirituale argentino.

Il numero attuale ha un valore documentario di revisione e di bilancio dell'opera completa di una generazione: cinquanta fra scrittori ed artisti che nelle pagine di NOSOTROS trovarono tutti ospitalità cordiale ed accoglienza spontanea —e alcuni fra i più bei nomi dell'intellettualità argentina— hanno risposto all'invito loro rivolto dalla rivista e riassumono il periodo trascorso e giudicano la propria opera, e ricordano le lotte e le amarezze di ogni giorno e l'assenteismo dell'ambiente che se cristallizzarono qualche inquietudine iniziale non attenuarono gli entusiasmi generosi.

"La mia generazione ha lavorato... Siamo stati i primi a vedere le cose del nostro paese come realmente sono. Nei nostri versi e nei nostri romanzi abbiamo fatto opera argentina, veramente argentina. La nostra generazione ha il merito di aver perfezionato —e anche introdotto in alcuni generi— la tecnica letteraria" —afferma Manuel Galvez. Ma "generación va, generación viene y la tierra siempre permanece"— ricorda Roberto F. Giusti. E il viver quotidiano della sua generazione fu certo simile al vivere di quelle che la precedettero e molto probabilmente di quelle che seguiranno, con i suoi sorrisi e i suoi pianti. Ma era una generazione che aveva da esprimere una sua particolare inquietudine, un suo tormento d'arte, una sua visione della vita, un suo concetto della spiritualità. Una generazione che fu animata da nobili propositi e da sogni generosi, che ebbe i suoi pessimismi e i suoi scoramenti e le sue ore di sosta, ma non fu mai negatrice e rappresentò una forza reale e positiva.

Nella breve e rapidissima rassegna fatta da Alfredo A. Bianchi, che con Roberto F. Giusti condivise le varie fortune della rivista —("esta pareja admirable —Giusti y Bianchi, Bianchi y Giusti— como la sogá y el balde... —llevando el nombre argentino— allende montes y mares", canta Fernández Moreno) è ricordato giustamente che NOSOTROS è stato sempre presente, in questo venticinquennio, in tutti gli avvenimenti e le manifestazioni di importanza sociale e letteraria, ed essendo una rivista di conciliazione accolse favorevolmente e con simpatia coloro che appartennero alla generazione precedente come pure gli scrittori che seguirono.

Il Mattino d'Italia partecipa con vivissima cordialità al lieto anniversario della rivista NOSOTROS che dimostrò spesso simpatia verso l'Italia e trattò ampiamente nelle sue pagine le più svariate espressioni dell'arte italiana, e mentre esprime ai valorosi direttori —dei quali è orgogliosa di ricordare l'origine italiana— il più sincero compiacimento per l'opera fin qui tenacemente svolta, fa voti sinceri e cordiali per le fortune future della rivista cui gli anni hanno dato un ritmo più pacato senza però nulla

togliere, auspicando una sempre maggiore fusione culturale ed una piú intima comprensione spirituale fra gli italiani e gli argentini.

Non sempre Nosotros ha dimostrato sufficiente comprensione verso la nuova grande Italia fascista, ma noi che crediamo nella buona fede dei suoi Direttori aspettiamo da Nosotros che apra le sue colonne anche a scrittori della nuova Italia mussoliniana che in innumerevoli campi dell'attività umana incide i segni leonini dello spirito di Roma.

Este fué el juicio de *Tribuna Libre*:

Es poco frecuente señalar acontecimientos como el que celebra la revista Nosotros con la aparición del número extraordinario que tenemos a la vista.

No recordamos revista alguna del género de la que nos ocupa, y de habla española, que haya podido resistir veinticinco años, ofreciendo sus páginas a una generación que en el número de referencia se juzga a sí misma, como si quisiera evocar el camino que ha recorrido desde agosto de 1907 hasta la fecha.

Muchos son los que aun están de pie para contemplar lo que va de la jornada inicial, y muchos son los que no pueden hacerlo; pero los que quedan, los que han jaloneado los cinco lustros a través de ensueños y sinsabores, no olvidan a los que quedaron a la vera del camino y, en el número encuesta con que Nosotros celebra el acontecimiento que nos ocupa, no faltan quienes se descubren ante las cruces que ostentan sus nombres y quienes se sientan viejos al mirar hacia atrás y repitan con Rubén: "Juventud, divino tesoro", etcétera.

Deseamos a Nosotros otros cinco lustros de vida para que la nueva generación, que ya halla acogida en sus páginas, pueda juzgarse también a sí misma con la sinceridad que campea en su número aniversario.

Vir, nuestro amigo Folco Testena, comentó la encuesta en su *Giornale d'Italia*, en estos términos:

La bella e interessante rivista argentina intitolata Nosotros ha compiuto nel mese di agosto ultimo venticinque anni di vita, che non son pochi per una rivista in terra d'America, specialmente chi consideri quante trasformazioni abbia subite la mentalità argentina in questo quarto di secolo; e non soltanto la mentalità, ma gli abiti e le condizioni economiche, giuridiche e politiche di una società che nel primo decennio di questo secolo dava il vero grande salto da semicoloniale a ultramoderna.

A celebrare l'avvenimento, i due direttori della rivista, Alfredo A. Bianchi e Roberto F. Giusti, hanno compilato un numero speciale contenente le risposte ad alcuni quesiti inviate da cinquanta scrittori argentini. Sarà doveroso parlare ancora di questo anniversario e di questo numero speciale della bella rivista; oggi ci piace pubblicare, tradotta in lingua italiana, la risposta inviata da Folco Testena.

A continuación reprodujo dicha respuesta, ya conocida de nuestros lectores, así como dedicó al banquete una hermosa información ilustrada.

Este es el juicio de *L'Italia del Popolo*, precediendo al sumario:

E' arrivata al suo 25º año la bella revista cultural *Nosotros*. L'avvenimento segna certo una grande soddisfazione ed un onore meritato per i Direttori di essa, cittadini Giusti e Bianchi. Essi che hanno dato alla rivista tutta la loro giovanile attività, la trovano oggi, passato un quarto di secolo, fiorente e robusta.

Tutti i collaboratori sono stati chiamati a scrivere qualche cosa, sul numero straordinario apparso per la felice circostanza; tutti costituiscono come una famiglia, che partecipa della letizia dei Direttori, ai quali inviamo auguri e rallegramenti.

Diamo del bellissimo numero il caratteristico "Sumario".

Este es el de *La Nueva Patria*, asimismo precediendo a la información sobre el número extraordinario:

Questa dotta e simpatica rivista diretta da due valorosi scrittori di stirpe italiana, Alfredo A. Bianchi e Roberto F. Giusti, celebra le sue nozze d'argento.

Nei 25 anni di vita di *NOSOTROS* si riflette limpidamente tutto il fiore delle lettere, delle arti e dei problemi politici trascendenti nella storia della Republica Argentina.

Le colonne di questa palestra di dottrina democratica, hanno ospitato gli articoli più salienti degli scrittori argentini e riassunto in efficace e chiara sintesi il movimento culturale, spirituale ed artistico universale.

Si può dire, senz'ombra di esagerare, che nessuna antologia per quanto diligentemente compilata, sarebbe più adatta di *Nosotros* a dare il senso, la misura e la divulgazione di ciò che gl'ingegni argentini abbiano creato in prosa e versi.

NOSOTROS è la più spigliata e in pari tempo più elevata rivista di pensiero del Sud America e degna di competere con le migliori del Vecchio Mondo.

El de redacción de *Crítica*, juzgando el mismo número, fué el siguiente, acompañado de los retratos de los directores:

Acaba de darse a la publicidad el tomo extraordinario de la revista *NOSOTROS*, número LXXVI, correspondiente al año XXVI, con lo que se cumplen las bodas de plata de dicha publicación de arte y crítica, constantemente dirigida, desde su número inicial, por Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi.

Cosa extraordinaria, no sólo entre nosotros, sino en los anales de las letras de habla española, *Nosotros* es un caso único de supervivencia, hecho ciertamente significativo, cual es la continuidad misma de la existencia de esta revista, a través de veinticinco años.

Durante ese tiempo, la generación que concibió y dió forma a ese organismo, en el que colaboraron los valores más representativos de las letras argentinas, trabajó sin tregua, hasta afirmar su carácter definitivo. Los mismos que en 1907 engendraron y animaron la revista, siguen hoy, ya maduros en letras y en años, apiñados en torno a *Nosotros*. Es que *Nosotros*, que respondía a la necesidad de expresión de los hombres jóvenes de aquella época, y que coordinaba así una común vocación literaria o artística, continúa siendo para ellos una tribuna de confrontación, autorizada por la labor inteligente desplegada en tantos años de lucha, y auspiciada por el nombre de muchas celebridades que han dejado en sus páginas trabajos de honda repercusión.

Con motivo de cumplirse las bodas de plata de *Nosotros*, los hombres

de entonces se han juzgado a sí mismos. Allí estriba precisamente el interés de este número extraordinario, pues, siendo la generación que encarna la existencia de dicha revista, la representación de un cuarto de siglo de nuestra cultura, el cuarto de siglo más laborioso, sin duda, resulta altamente interesante saber cómo se ven a sí mismos aquellos hombres que con tanto apasionamiento juzgaron a la generación literaria anterior.

El *Correo de Galicia* nos dedicó el suelto siguiente:

En ocasión de celebrar su 25º aniversario, la revista argentina *Nosotros* editó un número especial. Estas bodas de plata son un verdadero acontecimiento. En idioma español no se le conocen precedentes. Cuantas tentativas se han hecho en América y en España para editar periódicamente una publicación sin halagar la pasión sensiblera del público mediocre, se estrellaron contra la indiferencia general.

Nosotros nos recuerda *La España Contemporánea* que en el siglo pasado apareciera en Madrid, sirviendo de centro convergente de una generación literaria. Pero no llegó a tener tan larga existencia como *Nosotros*.

Con *Nosotros* se registra el fenómeno siguiente: Que sus directores son los mismos de la hora de su fundación. Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, entonces dos muchachos, y hoy hombres que peinan canas, pero que tienen tras sí la huella de una labor de crítica y de literatura.

Nosotros, como en los días de su fundación, como en el transcurso de sus 25 años de existencia, viene recogiendo en sus páginas todo género de inquietudes filosóficas y literarias.

Ha publicado en su oportunidad, números extraordinarios que significaban cíclopeos esfuerzos, tales como los dedicados a Rubén Darío, a Rodó, a Amado Nervo.

Todavía hoy se puede seguir diciendo que en idioma castellano es única en su género. Por su prestigio llega en sus páginas nuestro idioma a todos los centros intelectuales del mundo.

No menos favorable ha sido el juicio de *La Vanguardia*:

Nosotros ha cumplido sus "bodas de plata"; veinticinco años de labor intensa, persistente, fecunda, que han ido iluminando el panorama intelectual del país. Siempre inquieta, remozándose continuamente con el aporte de nuevas firmas jóvenes, *Nosotros* es la publicación literaria más representativa de la Argentina y la más leída de América. Es por esto que saludamos sus "bodas de plata", sus veinticinco años de meritorios esfuerzos.

El número extraordinario que acaba de aparecer, correspondiente a agosto y setiembre, constituye un valioso documento para historiar la evolución intelectual del país.

En efecto, a fin de hacer un balance de la generación que se inició con *Nosotros*, los directores de esta interesante publicación han pedido a los primeros colaboradores que contesten el siguiente cuestionario:

"¿Cómo ve Vd. hoy, o con espíritu objetivo, o crítico, o nostálgico, según su inclinación, aquel ambiente espiritual (literario, artístico o de otro orden cualquiera) en que Vd. se inició años atrás?"

"¿Quiénes fueron sus compañeros de entonces? ¿Cuáles los primeros círculos que Vd. frecuentó? ¿Y los ensueños e ideales de aquel grupo en que Vd. se iniciaba?"

"¿Cómo juzga Vd. ahora la obra de la generación a que pertenece?"

¿Podría dar un juicio sobre la obra de las promociones actuales, comparándolas con aquélla?"

Medio centenar de respuestas a este cuestionario, forma el grueso volumen que acaba de editar *Nosotros*. Medio centenar de respuestas que analizan el significado de un importante momento de nuestra historia intelectual. Como lo señala la revista en su portada, se trata de "una generación que se juzga a sí misma". Se comprenderá, pues, el valor documental del número de *Nosotros* que acaba de ponerse en venta.

El Diario dijo bajo el siguiente título:

LA REVISTA "NOSOTROS" TIENE UN CUARTO DE SIGLO DE EXISTENCIA

Para quien no ignore las insuperables dificultades que toda empresa de orden intelectual supone entre nosotros, y los mil motivos de desaliento que hacen caer los brazos de cuantos se empeñan denodadamente por quebrar la doble coraza de la indiferencia y la suspicacia del ambiente, la edad que ha alcanzado la revista *Nosotros*, significa un timbre de honor extraordinario y un caso pocas veces visto en los países de habla española.

Un cuarto de siglo de vida de una revista literaria, de la seriedad y el volumen de *Nosotros*, supone para el país que la sustenta un galardón cuyo mérito acaso equivoque a los extraños acerca de la verdadera intensidad que alcanza en nuestro medio ambiente la actividad puramente literaria, pero que de todas maneras evidencia en sus animadores una capacidad de trabajo y de entusiasmo, una perseverancia y un espíritu de sacrificio, que son los mejores títulos de su consagración.

La revista *Nosotros* está vinculada en sus 25 años de vida a toda la historia literaria argentina del cuarto de siglo que ella registra. En sus páginas numerosas se iniciaron casi todos los escritores que luego habían de formar, a veces en otra dirección ideológica, pero siempre dentro del marco de inquietud inicial, grandes núcleos directores, o individualidades poderosas.

Este es, entre sus muchos méritos, el mayor que hay que agradecer a sus directores, los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti: el de no haberse encastillado en una sola tendencia espiritual, y el haber permanecido alertas en toda ocasión ante las nuevas corrientes que se despertaban en el país.

El número que conmemora esta auspiciosa fecha ha sido dedicado a la interrogación de los escritores que militaron desde las primeras horas en la revista. "Una generación se juzga a sí misma" es el título general y oportuno de la encuesta.

La serie de respuestas, en la que aparecen las firmas más conocidas de la literatura argentina, al lado de otras que no han logrado salir de la penumbra, ofrece un panorama algo melancólico de lo que fué hace 25 años esa generación que hoy se aproxima a la vejez.

Melancólico, como todo panorama retrospectivo, entendámonos, pero bastante satisfecho de sí mismo. Los hombres de la generación anterior a la que ahora ocupa casi todos los estrados literarios del país, se enternecen consigo mismos y son de sin igual benevolencia en la autocalificación de sus méritos. Salvo alguna que otra excepción, todos coinciden en afirmar que ellos eran mejores, pero muchos mejores, en la intención, en la calidad, en los frutos, que los jóvenes que los han seguido y desplazado.

Pero esta comprobación, natural, por otra parte, no quita a la revista *Nosotros* su mérito, que es grande, ni su significación, que sigue siendo singular en el ambiente. Su larga persistencia es un equivalente de su

verdad. Felicitar a sus dignos directores en esta fecha auspiciosa que corona su tesonero esfuerzo no es sino rendir un acto de justicia que somos los primeros en reconocer.

El Mundo ha comentado cuatro lunes sucesivos, en la página de "Autores y Libros", el número extraordinario y la fiesta de NOSOTROS. El comentario ha tenido en casi todos ellos carácter crítico. De la edición del 17 de octubre, reproducimos el más serio de esos comentarios, debido a la pluma de Pedro Juan Vignale:

LA GENERACIÓN DE "NOSOTROS"

I.—Nadie acaba de comprender, después de leer las doscientas páginas de la revista, dónde y cuándo nace esa generación y qué causas fundamentales la provocan y separan de la inmediata anterior y de la nuestra. Lugones, tengo para mí que pertenece a la misma generación que Banchs o Fernández Moreno. El hecho casual de haberlos precedido en sus publicaciones, no es más que una fatalidad. Las generaciones se definen, por su contenido, por la nueva substancia que amasan, jamás por la edad. Lugones reconoce discípulos —así lo afirma y es cierto— en 1925. Su influencia, por lo tanto, perdura. Y la influencia de un escritor sobre otro, cuando es total como en los casos señalados por él mismo, ensancha el área de su clima espiritual y facilita el índice infalible de la existencia de una misma atmósfera que se estará enrareciendo, sin duda, pero que aun subsiste.

II.—Creo que no debe juzgarse a una generación literaria desglosada de las otras manifestaciones de vida de un país; hacerlo así sería colocar a la literatura como centro de la cultura, como médula, lo que sería inexplicable. La vida literaria es una de sus tantas facetas: considerarlas en conjunto, en su totalidad, es lograr una más acabada y justa visión de cada una de ellas. Muchos de los escritores que aquí contestan hacen de la literatura centro de la cuestión; y allí está la raíz de todos sus errores de juicio.

III.—Debemos, pues, relacionar lo acontecido en las esferas de la cultura de nuestro país, con lo acaecido en los países que mayor influencia han ejercido sobre ella. Con la guerra termina en Francia la era del romanticismo que se inaugurara con *Hernani*, en 1830. Así lo afirma Julien Lanoe en un enjundioso ensayo. ¿Cómo es posible que nos hayamos libertado aquí mucho antes, y sin tener a la vista sus factores decisivos, del espíritu romántico? Acostúmbrase dividir el Siglo XIX francés en dos grandes ciclos: la primera mitad, señalada por el espiritualismo de Víctor Cousin y el nacimiento romántico; la segunda, por el positivismo de Comte y el realismo literario. Hugo y Balzac en la primera; los parnasianos, Zola, Maupassant y Flaubert, en la segunda. Al simbolismo se le incluye en esta segunda mitad. Recién con la guerra han de experimentarse nuevas tendencias espirituales, que transformarán por completo la fisonomía de esa cultura. ¿Han influido ellas sobre la nuestra? Queda por averiguar.

IV.—Al hablar de la gran guerra, quiere la mayoría que contesta a la dirección de NOSOTROS, que ese cataclismo haya influido aquí con los mismos profundos rigores que en Europa. Me parece romántico el hacerlo. La guerra ha enriquecido a nuestro país en beneficio inmediato de nuestra

burguesía, de la burguesía que se venía formando desde fines del siglo XIX. Los años de mayor riqueza, de bienestar, diría, son los que van del 14 al 25; el "nuevo rico" es un fenómeno bien nuestro, mejor: profundamente americano. Revisen los que dudan esto que afirmo, las estadísticas de exportación de este periodo y, también, la venta de automóviles de paseo... Por lo demás, es durante esos años que comienza a notarse en nuestro país una ligera evolución hacia las industrias. Se exportan por primera vez tejidos, calzados, etc. Sucesos todos estos que deben tenerse en cuenta: no pudieron dejar de influir sobre los otros sectores de la vida nacional.

V.—Alguna vez dije, y es el caso que pienso lo mismo, que Lugones, con Banchs y Fernández Moreno son los poetas máximos de nuestra burguesía, de la burguesía que se consolida económicamente con la guerra. Repárese que hoy no dejamos de ser, todavía, una buena sociedad burguesa; queremos dejar de serlo, lo cual es otra cosa. Su desarrollo, el de nuestra burguesía, corre parejo al de nuestra cultura: ni un paso más, ni uno menos. Gálvez, con Zuviría, con Leumann —entre otros— son sus novelistas. Lynch tiene un pie en la sociedad inmediata anterior y en la del 14. Los dos últimos poetas traen mayor contenido humano que Lugones, pero menos riqueza formal. Gálvez cree haber acertado con su defensa al decir que él, Rojas, Becher y Payró no eran positivistas; afirma el espiritualismo de todos ellos —un poco católicos, algo socialistas, casi anarquistas—; y así es el espiritualismo (el de Cousin): un bric-a-brac.

VI.—Debe tenerse en cuenta, también a fin de señalar con precisión el límite de las generaciones argentinas, que las leyes fundamentales de nuestro país han sido sancionadas, todas, antes de 1900, y que recién en los últimos años se ha pensado en dar a los partidos políticos —partidos que no existen como entidades ideológicas— un programa concreto de acción. Se persiguió siempre la conquista de "elementos" para el manejo de la cosa pública: una ley electoral, el voto secreto, etc. Y predominó, por lo mismo, la figura y la voluntad de los caudillos. Noé apunta este hecho y destaca la carencia de contenido de toda agrupación política que actúa en las luchas desde antes de 1900 hasta hoy. Es muy importante no olvidarlo.

VII.—La enseñanza —repárese bien— ha sido positivista en los últimos años del siglo anterior —¡treinta años de retraso!— y continúa siéndolo todavía. La escuela primaria argentina es positivista: la enseñanza secundaria se inspira en esa doctrina filosófica; nuestra Universidad lucha por libertarse de ella. Recién en 1927, y en Paraná, se dejan oír —precisamente en las aulas de donde partiera el positivismo argentino— las nuevas voces, inspiradas en Hegel. ¿Cómo es posible, entonces, separar dos generaciones que se alimentan con las mismas doctrinas fundamentales y que pugnan, aun hoy, por sostenerlas?

VIII.—El periodismo literario es otro signo: hasta Payró, el periodismo es una manifestación de literatura. Gerchunoff es un ejemplo viviente —o sobreviviente— de esa categoría literaria. Después de la guerra, el periodismo ha sido presa del telégrafo y se ha desenvuelto como individuo, diría; poniéndose al servicio integralmente del país. Antes lo estaba al de su cultura.

IX.—¿Cómo es posible, entonces —repito— fijar una solución de continuidad entre las dos generaciones inmediatas al 900, si los signos espirituales de ambas son los mismos? Gálvez deja escurrir una afirmación acertada: "hemos introducido la técnica literaria", dice. Sí; si por técnica entendemos retórica, lo puramente formal, su dominio. La generación del 900 ha perfeccionado el mecanismo que heredaran del 80 o del 90; pero no ha sabido infundirle un nuevo contenido. Eso es todo. Ha sido una generación intermedia, una subgeneración si se quiere, los epígonos

de una generación que podría dividirse en tres edades: la que se focaliza en Lugones, la del Centenario, y la de los llamados "Novecentistas", que sería su aliento final. Hoy tienen éstos 40 años de edad.

También *Crisol* ha hecho a su modo un

BALANCE DE GENERACIONES

¿Puede una generación juzgarse a sí misma? ¿Pueden ser balanceadas las realizaciones de un determinado movimiento literario por sus propios actores? Seguramente que no, si los actores persisten en las primitivas direcciones de su espíritu, porque entonces se forma una suerte de cristalización de su capacidad crítica, que mancha de parcialismo cualquier análisis que se emprenda. Es lo que ocurre con la generación literaria de Nosotros que no es, como erróneamente sostiene Vignale, la misma que la generación llamada de Lugones. Las generaciones no se diferencian por las edades de sus componentes ni por la cronología de sus publicaciones, sino por su proyección estética, por su diverso concepto emocional, casi diríamos por la tendencia general de su sentido del arte dentro de la presencia de una escuela o varias afines.

La de Lugones fué una generación claramente definida. Tenía un sentimiento estético y concreto, claro y visible. Podrá juzgarse en una forma tal o cual la importancia de sus valores, pero no se le puede negar definición. Y esa definición es lo que caracteriza, lo que sitúa dentro de la historia un movimiento literario de cualquier género. Para ser más exactos: a ésa se le debería llamar la generación de Darío, porque Lugones, Rojas, Ugarte, Becher, Bunge y los demás, unos en un grado y otros en otro, todos fueron rubendaristas, estuvieron más o menos embarcados en el "modernismo", en esa laya de parnasianismo romántico que el poeta nicaragüense importó de Francia a América y luego a España.

Ahora bien; si juzgamos con un criterio puramente estético la obra de esa generación de "modernistas", es probable que no hallemos nada veras perdurable; pero si la enjuiciamos con un criterio histórico, es decir, mirando sus realizaciones desde el ángulo de la época en que fueron logradas, entonces advertiremos toda su importancia. Compararemos su trabajo con el de los hombres de su mismo tiempo en otros países: la Argentina no sale disminuida, sino que, por el contrario, ocupa uno de los primeros lugares.

Veamos sus valores individuales.

Los mejores productores de esa época son: en México, Amado Nervo; en Perú, Santos Chocano; en Venezuela, Blanco-Fombona y Díaz Rodríguez; en Bolivia, Jaimes Freire; en el Uruguay, Herrera y Reissig. Al lado de ellos, Lugones está de igual a igual. Si él no es un gran poeta, tampoco lo son los otros. Eso depende de la estimación que se dé a sus tendencias, pues resulta que si ella es favorable, entonces se les tendrá admiración a todos más o menos.

En cambio, la generación de Nosotros o de Banchs y de Fernández Moreno, no ha tenido una visión indiferenciable de los valores literarios puros. Es decir, ha sido una generación sin concepto estético. No ha tenido ninguno. Ha sido un grupo de hombres de transición, algunos de cierto valor, como Capdevila, los dos nombrados, Arrieta, Storni, Martínez Zuviría, Gálvez y otros. Pero ninguno entre ellos ha podido imponer su nombre en el engranaje, digamos, universal, de las letras americanas. Esa generación no ha dado un López Velarde, como en México; un Eguren, como en el Perú; un Luis C. López, como en Colombia; una Gabriela Mistral, como en Chile; un Gonzalo Zaldumbide, como en Ecuador. Además, ha

sido tan débil su presencia, que no ha sabido impresionar a ningún joven.

Las influencias suelen ser un atinado termómetro de la importancia de los valores literarios, sean personales o de grupo. Lugones, por ejemplo, si bien no ejerció influencia alguna sobre la generación de Nosotros, la ha ejercido, sí, y muy visible, sobre la generación subsiguiente, sobre algunos hombres de la juventud todavía actual que no quisieron adaptarse a las últimas tendencias, o sea que se les resistieron. Poetas ya tan bien logrados, tan perfectos dentro de lo suyo, como Nalé Roxlo, Rega Molina, José Pedroni y el mismo Paco Luis Bernárdez de la iniciación, aprendieron mucho en el autor de *Montañas del Oro*. La generación última, la que aquí se llamó de vanguardia, que hoy no está callada sino trabajando silenciosa y maduramente, ha sido tan fuerte, tan profundamente fuerte, por mucho que los sectarios quieran negarlo, que se prolongó en muchos jóvenes.

Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández, Marechal, otros, dominan todavía en algunos espíritus mozos. Estos los siguen si bien disimulándolos, pero los siguen. En cambio, el grupo de la revista Nosotros no tuvo discípulos, ni podía tenerlos, porque nunca tuvo voz propia. Sobre este asunto insistiremos otro día.

Y otro balance ha hecho *La Razón*, diario al cual debemos agradecer también una hermosa fotografía de la fiesta de camaradería antes reseñada. Ha dicho el prestigioso órgano vespertino:

Al cumplir veinticinco años de existencia la revista NOSOTROS, su dirección pensó que la mejor manera de celebrar un acontecimiento tan extraordinario en ese orden de publicaciones, totalmente desinteresada y desprovista del más mínimo espíritu mercantilista, pues hasta se llegó a declinar de plano toda clase de protección que comprometiera su independencia, consistía en realizar una especie de síntesis intelectual. Con eso se realizaba una obra de documentación, revisión y balance de una época literaria y aun ética y filosófica.

La encuesta se dirigió a los intelectuales cuya aparición en el campo de las letras coincidió con la iniciación de la revista; trátase, pues, de los hombres que comenzaron su labor intelectual allá por el año 1907, o poco antes o inmediatamente después. En otras oportunidades la revista brindó ocasión a los jóvenes escritores surgidos en el último decenio, para que expresaran sus inquietudes espirituales, por consiguiente la forma en que su dirección encaró la conmemoración de su magna fecha puede estimarse acertada, ya que se trata de una evocación y no de una manifestación de definitiva orientación.

Salvo uno que otro caso, en su mayoría, los hombres de la generación de 1907 aun no han cumplido la cincuentena, pero no obstante eso, que en los medios intelectuales europeos sería casi como un certificado de juventud, la lectura de sus impresiones y de sus recuerdos da al lector presente la sensación no ya de vejez, sino de algo anacrónico, de una época cercana en años, pero secularmente alejada.

Efectivamente, el cuarto de siglo transcurrido desde la fundación de Nosotros, de acuerdo con las leyes del ritmo acelerado del curso de las civilizaciones, ha servido para trazar un abismo entre dos épocas tan inmediatas en el orden cronológico. Hace veinte o treinta años el mundo todavía era bello, las nuevas formas literarias de entonces no impedían que en el fondo las almas fueran románticas y que el lirismo apartase a sus

hombres de las pequeñas miserias de la época. Algún vago "dilettantismo" hacia que las "nuevas ideas" gozaran de simpatías entre muchos de los hombres de 1907, pero en el fondo quizás no fueran otra cosa que posturas intelectuales, sentidas más con el corazón que con el cerebro. Si se nos perdona la irreverencia, casi diríamos que la cuestión social se veía con los ojos de Georges Sand, Eugenio Sué o Víctor Hugo.

El cataclismo de 1914 y sus consecuencias; la revolución rusa y el ensayo fascista, han hecho tambalear en muchos, y derruido en otros, el espíritu de 1789 y la fe en la democracia, en que vivieron los hombres de la generación pasada, productos genuinos del siglo XIX. Sería arriesgado hacer una síntesis del balance que resulta de la encuesta de Nosotros; baste decir que, de acuerdo con las inevitables leyes de la vida, fueron hombres de otra época, cuyos modos de sentir divergen en absoluto de los hombres del presente, haciendo abstracción de sus méritos desde el punto de vista de la literatura pura, pues en este sentido quizás queden para el futuro algunos valores, como símbolo de un instante de la vida intelectual de nuestro pueblo.

También empiezan a llegarnos los comentarios extranjeros. A tiempo nos llega el notable que en *El Mercurio* de Santiago de Chile, publicó el 30 de octubre el prestigioso crítico Roberto Meza Fuentes. Es éste:

UNA GENERACIÓN ARGENTINA

Veinticinco años ha cumplido la revista argentina Nosotros y en esta bella ocasión de las bodas de plata ha tenido la idea de preguntar acerca de la labor de su generación a quienes en cierta forma han nacido a la literatura en la revista o han impulsado con su esfuerzo mental la vida de ese grávido y maduro cuaderno de cultura que mes a mes ha llevado a tierras de España y América el mensaje de una noble y honrada inquietud.

Han respondido a la interrogación de Nosotros, y agrupamos sus nombres en el estricto orden alfabético en que lo hace la revista de Buenos Aires: Angel Acuña, Juan Alvarez, Tomás Allende Irigorri, Rafael Alberto Arrieta, Delfina Molina y Vedia de Bastianini, Alfredo A. Bianchi, Arturo Capdevila, Rómulo D. Carbia, Alejandro Castiñeiras, Alfredo Colmo, E. M. S. Danero, Juan Carlos Dávalos, Jean Paul, Juan Rómulo Fernández, Vicente Forte, José Gabriel, Manuel Gálvez, Arturo Jiménez Pastor, Roberto F. Giusti, Federico A. Gutiérrez, Enrique Herrero Ducloux, Carlos Ibarguren, Luis María Jordán, Arturo Marasso, Alvaro Melián Lafinur, Víctor Mercante, José A. Merediz, Julio Molina y Vedia, Edmundo Montagne, Arturo Montesano Delchi, Ernesto Morales, Julio Noé, Carlos Obligado, Raúl A. Orgaz, Alfredo L. Palacios, Emilio Ravignani, Luis Reissig, Agustín Riganelli, Horacio Rivarola, Pascual de Rogatis, Vicente D. Sierra, Alfonsina Storni, Emilio Suárez Calimano, Alejandro Sux, Folco Testena, Arturo Vásquez Cey, Leopoldo Velasco y C. Villalobos Domínguez.

Un romance de Fernández Moreno nos introduce en la materia de la encuesta. El sutil poeta hispanoargentino nos cuenta quiénes son Giusti y Bianchi, los animadores sin fatiga de Nosotros. Así nos dice el elogio de "esta pareja admirable":

*Puños del uno y del otro
con talento y con carácter,
habéis amasado bronces
y roto vamos cristales.
Que contra escuela y capilla,
indiferencia y desaire
ha habido siempre un tejado,
un torreón de diamantes,
con un NOSOTROS broslado
corazón de un estandarte.
Y con una u otra tapa
según las necesidades,
flaca como un abecé
gorda como los misales,
ha cumplido la Revista
su fin de mes implacable,
llevando el nombre argentino
allende montes y mares.*

No es la menor licencia poética de Fernández Moreno la de atribuir a NOSOTROS el cumplimiento de "un fin de mes implacable" como podremos imponernos en las páginas de *Veinte años de vida literaria*, que ha recogido Giusti en la cuarta serie de su *Crítica y Polémica* y en las líneas pintorescas y esquemáticas que escribe ahora Bianchi en este número de bodas de plata. NOSOTROS, como toda obra humana, ha tenido sus quebrantos y vacilaciones y en un medio, si no hostil, indiferente, ha debido sufrir interrupciones que han logrado vencerse por la resistencia heroica de un grupo de intelectuales argentinos. A la cabeza de ellos ha estado, justicia es reconocerlo, "la admirable pareja" animadora:

*Giusti de poca parola;
Bianchi, de muchas y afables;
Giusti, en casa, recoleto;
Bianchi, barzoneando calles.*

Pero de esta armonía de cualidades contrarias ha nacido una revista seria, ponderada, llena de mesura y de equilibrio que puede ser presentada como un ejemplo de probidad y honradez intelectual.

Calificativos análogos podrían aplicarse a la generación que en ella ha encontrado su hogar. Si las obras de algunos de sus hombres no nos fueran familiares, bastaría este número de examen de conciencia a que esa generación se somete para sentir por ella una fraternal y respetuosa simpatía. Elijamos, por ejemplo, un nombre que antes de ahora sólo nos era conocido por referencias: Leopoldo Velasco, poeta que, lejos del mundanal ruido, como él mismo recuerda, purifica en Río Cuarto el oro de su ensueño. Poeta y profesor, el Gobierno de facto, que no se ha librado la Argentina de esta trágica pesadilla sudamericana, lo destituyó de su cátedra del Colegio Nacional. El poeta comenta: "Conozco plenamente los secretos del éxito en todos los órdenes de la vida, como una consecuencia de la edad madura; pero jamás he de utilizarlos en desmedro de lo que constituye mi íntima personalidad. No me seducen los triunfos efímeros ni los aplausos convencionales. Desprecio toda vanagloria y confío en la posteridad.

"He cultivado y cultivo relaciones de carácter literario y amistoso con la mayoría de nuestros hombres de letras, sin distinción de credos políticos o religiosos. Pero he rehuído instintivamente el contacto con aquellos que no han sabido mantener sus fueros o han depuesto su men-

tada altivez en presencia del plato de lentejas, lisonjeando a la demagogia, o adulando servilmente al cesarismo.

"Allá ellos con sus torpes afanes. Que ya se arrepentirán algún día de haber vendido su alma al diablo, por un mezquino hartazgo, de dinero o de celebridad".

He aquí un escritor que habla como un hombre. Y muchos son los de su generación que usan idéntico lenguaje para juzgar a sus contemporáneos y para juzgarse a sí mismos. La generación de Nosotros no ha vivido ausente a ninguno de los problemas de su época. Conservando cada uno de sus hombres su personal punto de vista, como es fácil advertirlo hojeando las páginas de este recuerdo y examen de veinticinco años, o repasando la lista onomástica de la portada, ha habido una preocupación generosa y constante por todas las angustias y esperanzas que han conmovido a la convulsionada humanidad de nuestro tiempo. Sus páginas no se han cerrado a ningún anhelo estético, social o político digno de ser traducido en el lenguaje de los hombres cultos. A incitación de Nosotros proclamó Ingenieros su fe fervorosa y robusta en la revolución rusa, y José Ortega y Gasset habló por primera vez en una conferencia memorable de esa nueva sensibilidad que hoy, traída y llevada por quienes la usan de estandarte para disimular su insignificancia, suena como el más gárrulo y vacío lugar común. Siendo sus directores hombres de lucha y de partido, Nosotros no ha estado nunca al servicio de una tendencia política determinada. Si a larga distancia y sin una documentación de primera mano, José Ingenieros trazaba en palabras de entusiasta exaltación la apología de la revolución rusa, desde el destierro escribía D. S. Mereskovsky la tragedia del pueblo crucificado. Y en cuanto a la nueva sensibilidad han opinado sobre ella después de su ilustre corifeo español los secuaces de más talento, que no siempre han sido los más estridentes y gesticulantes. Ha habido anteriores encuestas en que el tema ha sido agotado con gran sinceridad y agudeza de parte de amigos y adversarios.

Casa hospitalaria la de Nosotros, en ella se ha practicado sin decirlo el "Es necesario que haya herejes", que tanto bien ha hecho y hará siempre al progreso y perfeccionamiento de las ideas y las instituciones humanas. La revista ha albergado en sus páginas cuanto hay de más sólido en la cultura argentina y no ha considerado nunca extrañas a las grandes voces de afuera que traían una inquietud de verdad, de bien o de belleza. Allí se publicó en diciembre de 1923 la famosa carta de don Miguel de Unamuno, que hizo conocer al poeta de *El sentimiento trágico*, la desnudez de piedra de Fuerteventura. Al mes siguiente, firmado por tres X misteriosas, aparecía un estudio sobre la dictadura en España, que vertía una luz definitiva sobre la aventura criminal de los generales salvadores. Hoy sabemos que su autor era Manuel Azafia, el fuerte escritor y héroe civil de España.

Los hombres más representativos de la generación de Nosotros no se sienten conformes consigo mismos. Sueñan en una superación de la labor realizada y no adoptan actitudes de pontífices intolerantes que no aceptan la contradicción a sus doctrinas infalibles. Creen que la verdad se encuentra tras el contraste honrado de todas las opiniones y a buscarla consagran sus meditaciones y trabajos en la actividad o especialidad técnica que cada uno ha elegido en la vida.

Más que un aniversario bonaerense o argentino, hay que considerar los veinticinco años de Nosotros como una fecha y un acontecimiento de la cultura americana.

ROBERTO MEZA FUENTES.

Bien se ve por estos artículos y comentarios escogidos entre los primeros y más significativos que se han publicado, que ni nuestro número extraordinario ni nuestra fiesta han pasado inadvertidos. NOSOTROS es una publicación viviente y fuerte y que no teme el examen de su propia obra. Lo prueba la encuesta celebrada, con la cual sabíamos que desafiábamos a quienes no se resignan a creer que antes de ellos haya podido hacerse nada, hasta que la lección de los años, al abatir muchas infatuaciones, los reconcilie con la realidad. Ahora proseguimos nuestra tarea, como todos los días. Escuchen los escritores honestos y libres, sea cual fuere su edad, la invitación que les hizo la noche del banquete nuestro director Roberto F. Giusti, tan noblemente recogida por el poeta Brandán Caraffa. NOSOTROS les tiende la mano fraternal.

CRÓNICA

LETRAS ARGENTINAS

Los poemas de Edgar Poe, traducción, prólogo y notas, por Carlos Obligado. Buenos Aires, Viau y Zona, 1932.

EL traductor *De los grandes románticos*, acaba de sintetizar, en volumen elegante y severo, su "admiración conmovida" por el divino poeta de Boston, honra de las letras angloamericanas.

Difícil tarea, sin duda, es la de re-crear en otro idioma estos poemas maravillosos que, con estilo de precisión matemática, expresan lo impreciso, simbolizan lo inexpresable. Dos obstáculos suelen oponerse al traductor de poesías: uno, el más concreto, es de vocablos y técnica; el otro, de carácter anímico, exige cierta suerte de mediumnidad, para congraciarse en el reino de los espíritus y plasmar *materializaciones*, obtener *aportes*. Dichos inconvenientes se agigantan en la obra de este gran lírico, rica en ritornelos, redobles y repeticiones. Carlos Obligado, según podía esperarse de su cultura, realizó minuciosa y eficazmente la tarea, y hoy presenta su libro con una parsimonia tan distante de la humildad como de la jactancia. Compulsó la bibliografía oportuna, ha comparado traducciones y, por fin, obtuvo ésta suya que merece prioridad entre las versiones españolas.

La traducción de C. O. ha sido precedida de muchas otras, muy desiguales en mérito; pero que, no obstante, pueden constituir un auxilio más o menos valioso. Deben figurar, en primer término, las versiones en prosa de Charles Baudelaire y Stephan Mallarmé.

Anoto también, sin presunción de agotar la nómina ni establecer parangones, las de J. A. Pérez Bonalde, Francisco Soto y Calvo, Leopoldo Díaz, Carlos A. Torres, Eduardo Marquina, Eduardo de la Barra, Narciso Alonso Cortés, Fernando Maristany, Carmela Euláste Sanjurjo, D. Estrada, Rafael Lozano, Juan Pablo Rivas, Alberto Lesplaces, F. T. Amy, Chocomelli, Armand Godoy, Luigi Siciliani, etc.

Surge del prólogo, a grandes rasgos, la vida de Poe. Su modestia... (¿Qué íntimo orgullo se ocultará en la modestia ostensible de muchos poetas?). "Reúno y vuelvo a publicar estas naderías..." "Deseo, naturalmente, que lo escrito por mí circule como lo he escrito, si es que ha de circular" "...no creo que este volumen contenga nada de muy valioso para el público, ni de muy honroso para mí mismo" "...las mezquinas compensaciones de la humanidad... sus todavía más mezquinos elogios."

Bien mezquinos fueron, durante crueles años, para el autor de *The Raven*. Rufus Griswold, albacea literario de Poe, publica las obras de éste y, con rencor de literato, rencor semejante al de *La mule du Pape*, de Alphonse Daudet, le asesta una terrible coz. Se acomoda la máscara de la amistad y lo presenta como borracho consuetudinario. Mala fortuna y poca perspicacia tuvo Poe para confiar sus obras. ¿Qué otra cosa pudo hacer el pobre Griswold? *Si busca entre gentualla sus camaradas Diego...*

Afortunadamente las investigaciones de John Ingram, Alphonso Smith, Camille Mauclair, André Fontainas y Sara Heien Whitman —que inspiró al notable artífice de *The Bells* uno de sus mejores poemas— resultan vindicadoras. (Carlos A. Torres tradujo dicha composición, *To Helen*, con el título de *Estrellas Fijas*). Obligado, convencido de la injusticia de Griswold y demás pósteros lenguaraces, cree que en Poe “no sólo resplandece con decisiva frecuencia el genio, sino algo que no cabe identificar con éste: una inteligencia soberana e imperturbablemente dueña de sí misma.”

Reseña también la infancia de Edgar, cuando fué adoptado por John Allan, su prolija educación en Richmond y Londres, su voluntariado en el ejército, su doble triunfo en el certamen del *Saturday Visitor*, a los veintidós años, con *The Coliseum* (poema), y el *M. S. Found in a Bottle* (cuento), triunfo que le proporciona trabajo periodístico y, lógicamente, retribución exigua. En 1836, a los veintisiete años, había casado con Virginia Clemm, su prima hermana, criatura angelical que contaba catorce. Muerta dos lustros más tarde, víctima de la tuberculosis, inspiró al poeta la desgarradora fantasmagoría de *Ulalume*. Edgar gestó este poema en noches desoladas, cuando recorría solitario el vial de cipreses próximo al *cottage* de Fordham. También Virginia, un año más tarde, disipada la fugaz pasión del poeta por Sara Helen Whitman, le inspiró el último canto, la deliciosa elegía que se llama *Annabel Lee*, en la que la pureza y la música, ceñidas por triple ritornelo, producen una sensación de armonía total.

Influido en su adolescencia por Lord Byron y luego por Percy Bysshe Shelley, Elizabeth Barret Browning y Tomás Hood, imprimió su huella en Baudelaire, Mallarmé, Villiers de L'Isle-Adam, Dostoyewsky, etc. ¿Qué menos podía esperarse del autor de la *Philosophy of Composition*, *The Rational of Verse*, de *The Poetic Principle*, a quien los simbolistas admiran?

C. O. completa su versión con interesantes *notas*, atinentes a los poemas. Cada una comienza con los primeros versos del original inglés, a fin de que se conozca, en lo posible, la arquitectura de la poesía comentada. Agréganse, en seguida, referencias históricas o consideraciones de carácter estético. Así el libro aquilata su valor y resulta mucho más útil para los lectores de habla española. Obligado no intenta, en su estudio, “un resumen medianamente comprensivo de la personalidad títánica de Edgar Poe.” Sin embargo, no puede dudarse de que lo ha sentido e interpretado. ¡Pero son tan inasibles las almas que, como la del lírico de *Dreamland*, vagan fuera del tiempo y fuera del espacio! ¡Es tarea tan ardua interpretar a uno de aquellos que *han puesto su fe en los sueños como en las únicas realidades*! ¡Deberemos reprochar al traductor si, al coger la mariposa, le arrebató algo del polvillo sutil que es gloria de las alas?

AUGUSTO CORTINA.

Rosa y paloma, por *María Julia Gigena*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1932.

AGRADABLE sensación de pureza y fluidez, producen los versos de *María Julia Gigena*. Tienen la espontaneidad y, a menudo, la forma de canciones populares:

*¡Qué alegre cantar
nos llega del mar!
¡Qué linda la niña
que lo hace rodar!*

*Arenas de oro
debiera pisar
la niña que alegra
la orilla del mar.*
.....

*Están en el muelle, muelle
cantando los pescadores.
El mar mientras baila da,
peces de siete colores.
¡Ay la espuma! ¡ay la espuma!
¡ay la blanca enamorada,
cómo se viste y desnuda,
cómo corre despeinada!*
.....

Tal cual vez, la autora parece no estar exenta de cierto primoroso resabio gongorino, modalidad jeroglífica que algunos poetas han pretendido desenterrar después del tricentenario del autor de las *Soledades*. Tal parece desprenderse, por ejemplo, de la deliberada oscuridad de la primera composición, *Rosa y paloma*, poesía indudablemente bella, y de las cuatro *Rondas bajo la luna*. En cuanto a la fluidez y pureza de inspiración, anotadas al principio, corresponde señalar que resultan exóticas entre la producción cotidiana, que suele caracterizarse por la grosería y la ineptitud.

Alguna vez en la poesía de M. J. G., parece sonreír la delicadeza ingenua de Juan Ramón Jiménez.

Pero dejemos estas reminiscencias, que pueden ser deliberadas o solamente accidentales, y tratemos de penetrar en el reino interior de la escritora. Descubriremos, en seguida, por qué sus versos producen tan agradable sensación. ¿Qué canta? Ante todo, el agua. Tiene el sentimiento —la serenidad de la poetisa no permite decir la obsesión— del agua. Mar, ola, espuma, río, arroyo, agua... a cada momento el agua rumorosa y fresca. Pero, ¿cuántas veces nombra el mar? Diez y nueve, y once veces el río. Sedúcela, según parece, la blancura y las voces blanca y alba surgen a cada instante; la infancia, y las dicciones niña y niño campean treinta y cinco veces en las veinticuatro poesías del volumen.

He aquí la composición homónima del libro:

*En la ventana de estrellas
la niña con su paloma.
La tarde se va en el aire
y la niña queda sola.*

*Llega el mar hasta sus ojos
y los ángeles la nombran;
lleva una rosa en la mano,
en el pecho, la paloma.*

*A la ventana de estrellas
cantando la luna baja.
—La noche no sabe aún
que tiene una hermana casta—.*

*Luna de azahar en la frente,
ojos con agua que canta,
para la niña más niña
los pájaros traen el alba.*

*Para llevarla hasta el cielo,
llevarla en carro de plata.*

M. J. G. canta el aire, el viento, las estrellas, la luna, los ángeles, el oro resplandeciente, la plata pálida, el nácar irisado, el cristal transparente y frágil, en versos sencillos y nobles. De las flores, la rosa, el lirio y el azahar. Además del blanco y el color de rosa, la poetisa menciona el azul, el verde y el morado. Y M. J. G. logra poesías armoniosas y delicadas. *Rosa y paloma* ha sido proclamado, en junio, el mejor libro del mes.

A. C.

Espantapájaros, (al alcance de todos), por *Oliverio Gironde*. Buenos Aires, Editorial Proa, 1932.

ESPANTAPÁJAROS es un libro inmundo y a su autor habría que darle de palos. Tal me decía una dama católica, apostólica y bonaerense; pero yo no comparto esa opinión. Mi máquina se resiste a transcribir los adjetivos fulminantes con que muchos lectores han calificado este volumen, que les parece asqueroso. ¿Serán esos los pájaros que, deliberadamente, el autor se propuso espantar? Tomé la obra y me instalé con ella, de noche, en un balcón. Parpadeaban los ojos multicolores de Buenos Aires y deslizábase la gente, como un río lento, por entre una orgía de luz. Encendí una lámpara y así, frente a la urbe materialista y sensual, comencé la lectura. *Espantapájaros* es flor legítima y estéril de la vida moderna: legítima porque se halla saturada de la inquietud y loca sensibilidad de hoy; estéril porque proporciona cierto género de deleite y escándalo sin consecuencias. Aunque escrita en primera persona, no deberá pensarse —al parecer— que se trate de una obra autobiográfica. En sus veinticuatro partes, que no tienen otro nombre que un número correlativo, hay un personaje que juega con las palabras, es decir, con los conceptos, de manera sumamente ingeniosa. Hay un capítulo en verso, capítulo constituido por un poema indecoroso, donde la riqueza y precisión verbales son dignas de aplauso. Algunos acoplamientos de voces, por lo imprevistos, suelen desconcertar; pero el ingenio del autor resulta indiscutible. Si Oliverio Gironde hubiese suprimido algunas palabras groseras (tres o cuatro) y el capítulo 17, nada perderíamos y se hubiera evitado el escollo que acaso destroce la obra. Pero, ¿a qué la prudencia? Al autor nada le importa lo que la gente diga y, podríamos afirmar, le gusta escandalizar. Yo no me he escandalizado y llego a la conclusión de que se trata de un libro (ahora me insultarán a mí), de un libro idealista. Oliverio Gironde recibe, con frecuencia, la fúnebre visita del tedio. Esto ya es signo de superioridad de espíritu. En tal estado, reniega de la vulgaridad y aspira, a cada instante, a lo remoto, a lo nobilísimo, a lo eterno. Adviértese, por otra parte, en *Espantapájaros*, un hálito de misterio que circunda la materialidad tangible, como irrada la fosforescencia sobre la pútrida carroña. Este misterio suele tener el aspecto irrisorio que tanto gustó a Hoffmann; en otros momentos adquiere la fantasmagórica y noble sugestión de ciertos conjuros de Poe. No pocas veces, O. G. expresa su idealismo a la manera sarcástica de Baudelaire. El autor suele decir porquerías, unas veces porque está con rabia y otras porque le gustan. Es un hombre moderno. Quien lea *Espantapájaros*, reirá más de una vez, de buena gana; quien trate de imitarlo, caerá en la grosería indecente. Oliverio Gironde es desenfadado; pero sabe lo que hace.

A. C.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Antología Poética, por *Ismael Enrique Arciniegas*. Quito, Editorial Artes Gráficas, 1932.

ISMAEL Enrique Arciniegas, diplomático y publicista distinguido, acaba de seleccionar su labor poética que circula ya en nutrido volumen. Son ciento sesenta y siete composiciones, exactamente la copia con que uno de nuestros poetas, en trance de ser inmortalizado, formaría tres volúmenes para presentarse al concurso municipal y, a última hora, un folleto con diecisiete, para robustecer las posibilidades. Pero Arciniegas, a lo antiguo, es larguero; no hace como los muchachos de hoy, de poco aliento, que generan libros flacos y expelen sus cerebraciones por medio de periodos cortos, los que, según el señor Soto y Calvo (¡loco lindo!), son como “meaditas de mono.”

Sugestivos son los nombres de las dos partes que integran el volumen: *Primavera* y *Otoño*, lo que vale decir toda una vida sentimental. *Primavera* es selección rigurosa de composiciones juveniles, que pertenecen a dos libros del autor, ya agotados: *Poesías* (Caracas, 1897) y *Cien poesías* (Bogotá, 1911). *Otoño* contiene poemas forjados al margen de enconadas luchas políticas, como reacción contra los *ismos* y otros excesos sintomáticos.

El poeta expresa, en el *Palique inicial*, su tradición y sus ideas; cosa que pocos lirófilos podrían hacer hoy, pues —como es sabido— no las tuvieron nunca, o las perdieron en los mares cenagosos de la petulancia y de la insidia. Transcribiré fielmente las teorías del autor, cosa que los críticos —como también es sabido— en este crepúsculo de lealtades suelen no hacer, convencidos de que si ellos silencian algo, ese algo no existe.

Sorprendieron a I. E. A. “unas cosas que, por el ordenamiento tipográfico, imitaban la apariencia de los versos...” Recordó entonces que, en otros años, la poesía era *cosa seria*. Evocó a numerosos escritores americanos (En la Argentina a Guido y Andrade, en Hispanoamérica a Darío), y advierte que nuestra madre patria se halla hoy “en lastimosa penuria de poetas.” En cambio, la lista de los que en nuestras repúblicas componen agresivamente renglones largos y cortos, sin ritmo ni rima y aun sin ortografía, pues prescinden muchos de la puntuación, —dice Arciniegas— es tan larga como la guía de teléfonos de cualquiera ciudad populosa. Y lo que caracteriza a toda esta gente, es la irrespetuosidad, la insolencia sistemática. Cita la expresión de Verlaine: “En mi tiempo, eso era prosa”, y la más reciente de Valencia, quien ha calificado tal poesía de “baile sin música.”

He aquí lo que A. piensa de la nueva sensibilidad: “Se nos habla de una *nueva sensibilidad*, y se afirma con desparpajo que esa manera *avancista* de sentir exige moldes diversos de los anteriores. El hipo o el bostezo como arte. Y se dice también que hay un *ritmo interior*, que no perciben sino los agraciados por el cielo con ese don. La sensibilidad es, ha sido y será siempre una misma en todas las latitudes. Los grandes impulsos del corazón: amor y entusiasmo; y las grandes desventuras de la vida: dolor y muerte, se han sentido, se sienten y se sentirán en la tierra con una misma intensidad, hasta que el planeta se convierta en polvo. Y el ritmo tiene que ser solaz del oído mientras el sentido auditivo no se cambie mediante una renovación total de la especie humana.” ¡*Pasatismo, pasatismo* putrefacto!, exclamó desdeñosamente —cuando le hube leído este *Palique*— cierto brioso poeta. Lo de *pasatismo* lo sus-

cribo sin inconveniente; en cuanto a lo de *putrefacto*, quedó textado por injusto y antiprotocolar. El poeta declara que ha sido romántico y tiene un recuerdo para "el gran Bello", de quien nada malo ni bueno he oído decir en estos últimos tiempos, y otro para Núñez de Arce, de cuyos merenguetes huyen ruborosos nuestros vates contemporáneos, que suelen decir "con perdón de la palabra" si alguna vez citan a Campoamor.

Dice A. que su apego a cierta tradición no significa que adopte el lenguaje que se usó para cantar quejumbres de otrora: su poesía es de molde clásico; pero tiene ojos abiertos a lo nuevo, siempre que lo nuevo sea emoción y armonía. Pule el verso, evita las asonancias internas, ama el vocablo suntuoso y la rima perfecta:

*Gautier dijo: "Calce la Musa un estrecho
Coturno." Yo os digo, que el pie que no es hecho
Al molde no holgado, rehuya la ordalía
Del verso, y que lleve más libre sandalia.*

Bien conocidos y altamente estimados son varios de sus poemas, sobre todo de la primera época, algunos de los cuales han logrado todas las consagraciones y hasta la inevitable de pasar por las horcas laringeas de la declamación. Véase lo que, acerca de los comentarios que inspire su libro, dice el mismo autor: "Entre tanto, críticos de revistas, creyendo que engañan (engañarán a los ignaros) dicen, bajo el título de *Libros recibidos*: "Esto, (lo que es poesía) no es poesía, sino guitarra vieja" y "Aquello (lo que es incoherencia y prosa ramplona) es la poesía nueva, la del ritmo interno." Y agrega: "El mundo al revés." "Para mi público, que no es reducido en Colombia y en varios países de América española, entrego a la imprenta estos versos. Dirán en muchos periódicos que son de *lira antigua*... ¿Y qué?"

Cierto es que muchas de sus poesías, para el gusto de hoy, han envejecido algo. Ya no se canta el claro de luna, ni las hojas caídas, ni las manos sobre el teclado. (Las niñas las tienen, por lo general, sobre el volante). Pero el poeta ocupa un lugar respetable entre los de su país, y sus versos, algunos de los cuales tendrán cuarenta años, pueden ser aún gustados por muchos lectores. Ignoro si después de cuarenta años ocurrirá igual cosa con los *ismos* que hoy sobreviven y con otros excesos sintomáticos.

A. C.

ESTUDIOS HISPANICOS

When Spain was young, (Cuando España era joven), por *Frank Callcott*. New-York, 1932.

PARA mí, lo mejor de este libro está en la viva simpatía, en el amor cálido con que el autor enfoca sus estudios y desarrolla sus discursos.

Hispanista de buena laya, como "Departmental Representative" de español en la gran Universidad de Columbia, Nueva York, ha llegado a penetrarse con la psicología, y por lo mismo, con las cosas y vicisitudes de la Madre Patria, hasta consubstanciarse con ellas en una como trans-fusión espiritual en que se identifican sujeto y objeto.

Antes nos había dado un trabajo acerca de lo sobrenatural en lo español primitivo. Hoy, en este libro, persistiendo en examinar la tradición y leyenda, se especializa con los tipos guerreros de los primeros siglos de nuestra era Rodrigo, el último rey de los godos; Pelayo, el reconquista-

dor asturiano; Bernardo del Carpio, el legendario vencedor de Roncesvalles; Fernán González, prócer de Castilla; los Siete Infantes de Lara—, todos, que dijéranse los preanuncios del gran Rodrigo Díaz de Vivar, quedan evocados en sus gestas magníficas y desfilan en un cortejo simbólico de personajes como míticos.

Sus ilustraciones son excelentes. Sus fuentes bibliográficas, entre los cuales destacan viejas crónicas, romances y poemas medievales, así como historias modernas y comentarios contemporáneos (entre estos últimos, las obras de Menéndez Pidal), resultan de primera agua. Por último, la presentación tipográfica merece todos los encomios.

En tales condiciones el trabajo del Prof. Calcott entraña valores diversos, de fondo y de forma, que redundan en su honor al representar una adquisición para la cultura hispánica.

A. COLMO.

HISTORIA

Historia del Libertador Don José de San Martín, por *José Pacífico Otero*

EN la historia de nuestra historiografía, la *Historia del Libertador Don José de San Martín*, escrita por el doctor Don José Pacífico Otero, puede decirse que marca una etapa. Después de las grandes obras de Mitre, no ha aparecido en nuestro país ningún otro estudio que le sea comparable, hasta éste del doctor Otero.

La *Historia del Libertador Don José de San Martín*, que acaba de aparecer, es por su magnitud y por su calidad, difficilísima de superar. Consta de cuatro gruesos volúmenes, en papel finísimo, de más de ochocientas páginas cada uno, divididos en veinticinco capítulos, con numerosas láminas en colores y en negro que reproducen la iconografía del héroe y documentos históricos desconocidos.

Considerada desde el punto de visto documental, esta obra es el resultado de veinte años de investigaciones en los archivos de América y de Europa. El autor ha hecho estudios especiales en todos los archivos españoles, franceses, belgas, holandeses, ingleses, etc. No ha dejado, el doctor Otero, un solo lugar pisado por San Martín sin visitarlo y sin rastrear en él todas sus huellas, por más desvanecidas que fuesen. Ha reunido todo cuanto de nuestro Libertador quedó flotando en el tiempo, llevando a cabo una obra verdaderamente insuperable.

El doctor Otero no olvida de poner de relieve los méritos del General Mitre, que fué el primero en exhumar la memoria del Libertador. En el último capítulo del último tomo, el doctor Otero da a conocer cómo Mitre llevó a cabo su obra a base de una documentación no utilizada hasta la fecha, reconociendo al fundador de la Junta de Historia y Numismática los grandes méritos que su labor merece.

La *Historia* del doctor Otero hállase escrita en un estilo sumamente correcto y preciso, como conviene a obras de esta naturaleza, en las cuales la concisión y la claridad son cualidades indispensables. La prosa se anima cuando los hechos lo requieren y sabe colorear las descripciones con una notable belleza.

Hay en esta *Historia* infinidad de hechos que hasta el presente habían pasado desapercibidos y desconocidos. Hechos importantísimos que figuraban como otras tantas lagunas en la historia argentina y que el doctor Otero, sobre la base de una documentación en gran parte inédita, ha reconstruido y nos presenta por primera vez en la historia,

explicándonos los por qué de muchos acontecimientos cuyos orígenes se ignoraban y de otros cuyos resultados no se comprendían.

Desde este punto de vista, la consulta de la obra del doctor Otero se hace imprescindible para todo historiador sudamericano y no puede faltar en la biblioteca de ningún especialista.

Las rectificaciones históricas, comenzando por la del año de nacimiento de San Martín, son numerosas. La documentación virgen constantemente pone en evidencia puntos nuevos y aclara nebulosidades antiguas. Al mismo tiempo, el doctor Otero ha aprovechado también las monografías y estudios especiales de investigadores modernos que aportan datos de utilidad y hacen correcciones a obras anteriores.

Además de la vida íntegra del Libertador Don José de San Martín, desde sus orígenes, con los datos biográficos de sus padres, sus estudios en España, su vida militar, su regreso a América, su incorporación a la Revolución, su epopeya libertadora, su ostracismo y su muerte, el doctor Otero estudia las campañas militares y saca de la sombra a un gran número de personajes semi-olvidados, que tuvieron gran actuación al lado de San Martín y cuya gloria en parte eclipsó; pero que son muy dignos de pasar a la historia y ser conocidos como se merecen.

En este sentido, la obra del doctor Otero es de un valor muy grande, pues otros historiadores fragmentarios habrían dado a luz, con el material de esta historia de San Martín, más de un centenar de monografías, alargando de este modo la lista de sus publicaciones a una cifra extraordinaria.

Los pasajes más importantes de esta obra obligarían a transcribir casi todo el índice, pues no hay punto de ella que el autor no lo haya estudiado a fondo, agotando en cada caso el tema. No obstante, sólo recordaremos a vuelo de pluma la reconstrucción novedosa y crítica del gobierno del padre de San Martín en Yapeyú y en las reducciones misioneras; la permanencia de San Martín en el Seminario de Nobles; su vida en África, en el Rosellón y en Portugal, todo a base de documentos inéditos. Cuatro capítulos dedica el doctor Otero a estudiar la actuación militar de San Martín en España. Una anécdota según la cual San Martín se habría encontrado cierta vez con Napoleón, queda por completo destruida.

La formación del regimiento de granaderos y el incidente entre San Martín y Pueyrredón, son estudiados sobre documentos inéditos, así como el papel que San Martín desempeñó frente a la revolución chilena.

De un gran valor crítico y documental es la actuación histórica de Alvear. El doctor Otero demuestra de un modo convincente que el general Alvear quiso minar las bases políticas y militares de San Martín y que no son infundadas las pruebas que existen acerca del hecho que Alvear pretendió entregar las provincias del Río de la Plata al gobierno español.

En lo que respecta al paso de los Andes, el doctor Otero demuestra también que no es cierto que su iniciativa pertenezca a Guido, sino que éste simplemente se la apropió.

En el segundo tomo sobresale la parte relativa a la supuesta desobediencia de San Martín al Directorio para tomar parte con el ejército de los Andes en la guerra civil argentina. El doctor Otero prueba que aunque hubo resistencia de San Martín para mezclarse a la política de entonces, el Directorio no le impuso órdenes y aplaudió su pensamiento libertador.

Las ideas monárquicas de San Martín son innegables, pero no lo desacreditan. San Martín pensó en la monarquía como un bien para el Perú y como el medio más inmediato para atraerse el apoyo de las cor-

tes de Europa y desorientar la política de la Península. Esta fué una idea personal de San Martín, pero respetó la opinión republicana. Además, la monarquía era para el Perú y no para la Argentina. Era, también, un medio político del momento, pues con ella San Martín podía conquistarse la adhesión del ejército de La Serna y poner fin a la guerra de la Independencia. Sabido es que con la separación del Perú se deshicieron todos estos planes.

En el tercer tomo llama asimismo la atención la entrevista de Guayaquil, que el doctor Otero reconstruye con una notable precisión crítica.

El doctor Otero demuestra que la causa del alejamiento de San Martín del Perú, no fué ni su monarquismo, ni la campaña difamadora de Cochrane, ni la supuesta infidelidad de los jefes del ejército, como Las Heras y otros, sino la ambición de Bolívar. San Martín se plegó a su ambición para evitar el fracaso de la guerra de la Independencia. Para oponerse San Martín a la entrada de Bolívar en el Perú, habría tenido que hacer frente por un lado al ejército de La Serna y por otro al de Bolívar. Este quiso tener la gloria de haber terminado la Independencia americana en el antiguo imperio de los Incas, gloria que le pertenecía a San Martín por haber sido el primero en entrar en él y haberle dado la libertad.

El cuarto tomo de esta obra, dedicado al *Ostracismo* y *Apoteosis* de San Martín, es de un grande interés por las novedades que en él se dicen. Puede verse las trabas que el gobierno borbónico de Francia le puso a San Martín en los suburbios de Bruselas; su viaje al Río de la Plata y su regreso a Bélgica; la vida de San Martín en París y en Grand-bourg, matizada con una serie de anécdotas y episodios históricos que revelan el ingenio y despejo del héroe; la conducta que observó San Martín ante la intervención franco-inglesa en el Plata: actitud que tuvo repercusión en Londres y en París. Se explica luego el por qué del traslado de San Martín a Boulogne-sur-Mer y por último se llega a la muerte de San Martín.

El doctor Otero hace la historia del testamento de San Martín descubierto en una notaría de París. Conociase su texto, pero no el original, que ahora prueba definitivamente su autenticidad.

Los últimos capítulos del cuarto tomo están dedicados a San Martín en la poesía y en el arte.

Se trata, en fin, de una obra completísima, que representa uno de los esfuerzos más grandes de la historiografía argentina.

ENRIQUE DE GANDÍA.

PSICOLOGIA

La Curación por el Espíritu, de *Stefan Zweig*. Versión castellana. Editorial Apolo, Barcelona.

HACE 35 años, cuando combatíamos, con todo el entusiasmo juvenil —algo inconsciente y algo visionario— por la renovación de la Medicina, tanto en su aspecto patológico como en sus métodos terapéuticos, no supusimos que en el breve espacio de un cuarto de siglo, habíamos de ver la difusión de nuestros anhelos renovadores cuyo empuje franquearía las vallas académicas y universitarias contagiando a ilustres docentes como Sauerbruck y Klein.

El hecho se ha producido. En el terreno de barbecho regado por los esfuerzos, las persecuciones, la perseverancia de un puñado de rebeldes, ha florecido toda una escuela que pide a los amos absolutos del

diagnóstico y del tratamiento, de ayer, más tolerancia, más respeto por las doctrinas "opuestas" y por sus propagadores; pide una más amplia penetración psicológica en el misterio de la salud y de la enfermedad, mejor dicho en el alma del enfermo.

El automatismo facultativo y los intereses de la industria médica y farmacéutica habían trazado una línea divisoria, una antipática, anti-científica y antihumana separación entre el médico y el enfermo. Aquél, encerrado en un dogmatismo patológico, hecho de localizaciones, y una terapéutica esquematizada; éste, reducido a un objeto, a un caso, cuyo peso, medida y posibilidades han de suministrar algunos y algunas prácticas externas: microscopio, esfigmógrafo, análisis, reacciones, etc. El médico, a fuerza de conocer muchos detalles, ha ido perdiendo de vista lo fundamental de su ciencia, que es comunicación afectiva de corazón a corazón, que no es sólo la base de la psicología y de la deontología, sino de toda la ciencia. Por su parte, el enfermo, que jamás tiene tiempo para lo que más le interesa —el cuidado de su salud— deja hacer. Su ignorancia, el misterio de lo que hay del otro lado y su cobardía para someterse a cualquier disciplina autocuradora, armonizan estupendamente con la posición del médico. Y así el círculo vicioso resulta perfecto.

Pero, he aquí que estalla una voz vibrante y autorizada, porque viene de un claustro universitario. La concepción de una medicina puramente bacteriológica y seroterápica, la especialización y las evaluaciones cuantitativas, ¿no nos han llevado a un callejón sin salida?, pregunta esa voz.

Aschner responde a la pregunta con un inquietante libro que intitula *La Crisis Médica*. Un médico francés define la salud como un intervalo entre dos enfermedades. Se recuerda a Hipócrates. Se examina lo que han dicho y hecho esos locos y exagerados que hablan de Medicina Natural y predicán la vuelta lisa y llana a la naturaleza. Y se descubre que en todo enfermo, en todo ser humano y no humano, hay un ansia de salud, un sentimiento de normalidad yacente en todos los casos de dolencia y que, por eso mismo, la idea fundamental de toda medicina debiera ser, por una parte, mantener siempre despierta esa ansia, fortificarla, alentarla, estimularla con medios múltiples, variados, físicos, psíquicos, espirituales, y por otra parte no interponerse entre la enfermedad y los esfuerzos que hace el organismo para librarse de ella, como no ser para ayudar oportunamente a éste en sus esfuerzos. En síntesis, médicos y enfermos deben colaborar en vencer una dolencia, como si ésta fuese un enemigo común, no olvidando nunca que la Naturaleza es el único médico, un médico interior que está siempre despierto y atento. Después de 30 años de pacientes investigaciones, la Biología ha debido formular el postulado de que el organismo se defiende a sí mismo; y se ha visto obligada a considerar a los centros nerviosos como los órganos encargados de esa defensa.

He aquí reivindicado no sólo a Hipócrates sino a Paracelso, a Mesmer, a Mary Baker Eddy y en particular a Segismundo Freud. A estos tres últimos está dedicado el libro del notable escritor austriaco Stefan Zweig. En la introducción, examina el autor someramente el estado de la Medicina en épocas pasadas y en la actualidad. La obra es meritoria por muchos conceptos, en particular porque en ella se toma en cuenta el valor de los factores psíquicos, los mismos que fueron apartados con general obstinación durante décadas y décadas, clasificados en forma global de anormales por los psicólogos académicos. Aunque se ve que el autor está bien documentado, evita las citas fatigantes. Dominador de la materia y escritor galano y ameno, seduce desde el principio e invita constantemente al lector a que prosiga.

El autor, en términos generales, ha logrado su efecto. En muchos detalles deja algo que desear. Comienza ya el título por ser una equivocación, pues no se trata de Medicina por el Espíritu sino de Medicina psicológica o psíquica, cosas bien distintas, por una infinidad de razones que no pueden enumerarse en una simple nota bibliográfica; a no ser que reduzcamos todos los fenómenos de la existencia a fenómenos espirituales. Sólo hemos de recordar las diferentes actividades del enfermo. En la medicina llamada espiritual, éste se halla librado a sus propias fuerzas, apenas guiado por un médico-preceptor. En la medicina psíquica, el enfermo espera más del médico-curador que de sí mismo. Y esta diferencia es fundamental.

Es muy extraño que el autor, mientras por una parte reivindica el mérito de tres grandes reformadores de la Medicina moderna, por otra vapulea a otros, que también fueron reformadores y no en menor valía que aquellos tres: por ejemplo Cagliostro y el Conde de Saint Germain. Si Zweig hubiese estudiado las investigaciones de Haven y de Wittemans, es probable que no habría arriesgado un juicio tan temerario respecto a los que parecen no gozar de su simpatía.

De los tres personajes a quienes está dedicada la obra, el mejor tratado es Freud. Ciertamente que glorifica a Mesmer y se mantiene ecuaníme respecto a Mary Baker Eddy. Pero hace una lamentable confusión respecto a hipnosis, sonambulismo, fe, etc., reduciéndolos a simples fenómenos de sugestión, aun cuando para ello tenga a menudo que violentar hechos, fenómenos y teorías.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

PEDAGOGIA

Investigaciones pedagógicas, por *Saúl Taborda*. Universidad Nacional de Córdoba. 1932.

LA Argentina es el país de la pedagogía y un "maestro de escuela" tiene estatua prócer en institutos, colegios y universidades. Llamóse en tiempos heroicos "civilizador" al pedagogo, "misionero", después; eran épocas sencillas, primitivas, sin paramento. Vino cierto día —siempre en el terreno de las añoranzas— el gállico Jacques, el "ogro" Groussac, el andaluz José María Torres, y maestras yanquis, conquistadas por don Domingo Faustino Sarmiento. Todos ellos trajeron claridad francesa, austeridad castellana, entusiasmo nortense. Y como el árbol se conoce por el fruto, esta generación de "inmigrantes espirituales" dió cosecha abundante y prodigiosa. En San Juan, Mendoza y La Plata estuvieron las "gringas", en Paraná el nombrado Torres, en Tucumán, ambos franceses. De la escuela normal entrerriana egresó el grupo nómada, formado por Mercante, Ferreira, Carbó, Leopoldo Herrera, Victoria y tantos otros. Los "pedagogos de Paraná" fueron en tiempos de González los hombres de la "nueva universidad" platense. Ellos cultivaron la "pedagogía científica", que el señor Saúl Taborda en *Investigaciones pedagógicas* desea para la hora actual. Tan "científica" fué aquella pedagogía que el magisterio argentino experimentó un desdén por las ciencias. Mercante y Senet, por ejemplo, hablaban en "griego"; decían *Estoglia*, *Apraxia*, *Sinergia*, *Verbocromia*, *Cenestesia*, etc. Eran "oscuros", demasiado "alemanes", afirmaban los adversarios. Deseaban una pedagogía de "al pan pan, al vino vino." Estos helenizantes tenían un caudillo —un poco errático, otro tanto indomable— en José Ingenieros. "¿Qué hicieron entonces los pedagogos

de profesión?", interroga Taborda. "¿Qué solución ofrecieron a la crisis los normalistas de Paraná, los egresados del Instituto Nacional de Profesores de Buenos Aires, los científicos de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Plata?", expresa a continuación. Es fácil responder al acusador. Con un poco de paciencia deberá releerse la *Revista de Filosofía* de Ingenieros y Aníbal Ponce, redactada con colaboradores de La Plata, y los *Archivos de Pedagogía*, dirigidos por Mercante, con producción de Humanidades. Pero es el señor Taborda un pesimista. Afirma que "toda la enseñanza" "está todavía en manos de pedagogos que sirven a una pedagogía sobrepasada..." ¿Y la obra de los esposos Rezzano, no merece acaso un elogio? En la nueva generación —la del 18 precisamente— tenemos a un maestro joven, como Juan Mantovani, discípulo ideal de Gasset, Luzuriaga, María de Maeztu, del grupo "reformista", y el mismo profesor, forma ahora a su lado otra avanzada promisor, izquierdista.

Nuestra paidología tiene expositores elocuentes. No estamos pues tan atrasados. Naturalmente resulta cómodo hablar mal del pasado. ¿No se ha renegado de la psicología experimental? Hay que "clasificar los fenómenos psíquicos", como opina Francisco Romero, en su juicio sobre Brentano. Mas es imposible negar la obra de "nuestra generación", en nombre de una crítica peyorativa.

Por otra parte, y para terminar, reproduzcamos este concepto de Taborda, excesivamente alambicado. Dice en *Adolescencia-ideal* (pág. 80): "Porque la adolescencia es una trasposición de los lindes de los infinitos intensivos, lindes inciertos que el yo se encarga de trazar, en cierto momento, para acotar el estadio en el que toda vivencia es referida al yo recién advenido."

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

TRADUCCIONES

Berlín, plaza de Alejandro. Novela de *Alfred Döblin*. Trad. del alemán por Manuel Gutiérrez Marín. Edit. Dédalo, Madrid.

LA vida de un delincuente vulgar llamado Francisco Biberkopf, que trabajó de mampostero y también de cargador de muebles, que sustroja a una muchacha llamada Ida de casa de sus padres para inducirla a la prostitución y terminar por matarla a golpes, que se pasó cuatro años en la cárcel de Tegel, en Berlín, purgando su delito, de donde salió sinceramente arrepentido y con el propósito firme de vivir decentemente, es decir, de ganarse el pan con el sudor de su frente, como Dios manda. Propósito ¡ay!, que la vida, con unas zancadillas bien dadas, se encargaría de reducir al ridículo, lanzándolo al robo y a la trata de blancas.

Este es, en pocas palabras, el argumento —en realidad mero pretexto— que ensambla, a modo de espina dorsal, las 535 páginas que forman una de las mejores novelas que ha producido la literatura mundial en la tercera década del presente siglo.

Novela de escenario vasto. Todo el Berlín de la clase media inferior, clase ya completamente proletarizada, de la pauperizada clase obrera y del "Lumpenproletariat", el Berlín de las prostitutas, de los rufianes y de los delincuentes, de los mutilados de guerra y de los sin trabajo, de los comunistas y de los fascistas, de los hambrientos y de los desesperados. No se trata, como hemos señalado más arriba, meramente de un relato de la vida folletinesca de Francisco Biberkopf, de fuerza

física descomunal pero de cerebro mezquino y duro de entendederas, es la vida agitada, nerviosa, bajamente materialista del Berlín del plan Dawes.

El estilo de Döblin es conciso y agitado como las páginas de un periódico moderno, objetivo y antisentimental. Las páginas que dedica a describirnos los interiores, vivienda por vivienda, de una gran casa de inquilinato, son insuperables en su género.

Es impresionante la concepción del mundo de Döblin. No es agónica sino resignada. Parece desear el aniquilamiento total de lo actual sin que ello involucre una esperanza remota en el mañana. No hay tal esperanza en Döblin ni en ninguno de los escritores europeos de la post-guerra. La aspiración budista a una absoluta aniquilación es la única que alienta. Luces crepusculares inundan sus páginas. ¡Qué lejos los sueños y las utopías de una sociedad perfecta! Y si alguno predice el comunismo no es ciertamente por fe en un porvenir mejor, en el que ninguno cree, sino porque el comunismo es la doctrina que da más garantías de aniquilación del actual estado de cosas.

Döblin ha sacrificado la concisión a la amplitud y por esto es que a veces nos parece un tanto confuso. Dos Passos, Erenburg y Romain, han hecho otro tanto. Es el sello de la novela de nuestros días. Los destinos individuales no interesan a los escritores modernos. Y Döblin es un escritor moderno.

M. LINÁS VILANOVA.

URBANISMO

La congestión del tráfico. Su solución inmediata en la Capital Federal, por *Marcelino del Mazo*. Buenos Aires, 1931.

Es de todos conocido el hecho de que en el centro de Buenos Aires, la afluencia de vehículos en determinadas horas es talmente grande, que la circulación se hace con suma dificultad. En ciertos momentos ningún medio superficial de locomoción puede recorrer el núcleo a mayor velocidad que la marcha a pie.

Cada ciudad es un organismo vivo y por esto el mal funcionamiento de su sistema circulatorio tiene que influir necesaria y poderosamente sobre la actividad total de la urbe.

Las estadísticas, en efecto, han comprobado que semejantes inconvenientes en los medios de circulación, al significar ingentes pérdidas de tiempo, de material, de combustible y de energías, gravan la economía colectiva en muchas decenas de millones de pesos por año. Todo ello determina un recargo en el costo de las cosas y por este encarecimiento, una consiguiente disminución del nivel de vida individual.

Naturalmente, los fundadores de las ciudades creadas mucho antes de este siglo, no han podido prever las formidables concentraciones en las cities, originadas por el intenso desarrollo industrial y comercial de este período capitalista. Debido a ese desconocimiento, no se han preocupado de las amplias dimensiones de las arterias que en determinadas horas del día debían dar cabida al movimiento de enormes masas humanas.

En consecuencia, las calles céntricas de muchas ciudades han resultado hoy insuficientes y en el futuro esta incapacidad será aún mayor porque a la vez que la anchura de las calles es casi invariable, la densidad de población en las manzanas centrales y el tráfico que las alimenta, van aumentando de una manera continua. El problema del

tráfico es, por lo dicho, el más difícil de resolver actualmente en las cities de todas las ciudades importantes del mundo y Buenos Aires no podía escapar a esas dificultades.

Diversos estudios han sido hechos al respecto en esta ciudad. De las soluciones propuestas y en parte ejecutadas, algunas eran de carácter quirúrgico, —ensanche de calles, aperturas de avenidas, etc.—, otras fueron determinadas con criterio médico, regulaciones de tráfico, reglamentación de la circulación y el estacionamiento, etc.

Entre estas últimas medidas se cuentan las preconizadas por la inteligente obra del Sr. del Mazo, la cual tiene, entre otros méritos, el de sugerir ideas muy razonables de aplicación inmediata y sobre todo — y esto es importante —, sin ocasionar erogaciones a la Comuna.

Esta obra, nutrida de datos e investigaciones es la más completa que se haya escrito hasta la fecha sobre nuestro más importante problema urbano.

El orden expuesto en el libro, comenzando con la presentación del problema, siguiendo con el análisis de las causas diversas de la congestión y las soluciones propuestas y terminando sobre todo con la clara y minuciosa manera de proceder, hacen de ella una obra indispensable para los estudiosos de estas cuestiones. Porque el Sr. del Mazo no sólo no se conforma con poner en evidencia las causas y determinar el remedio, sino que ocupando casi la segunda mitad del libro, se preocupa en detallar minuciosamente los “modos de hacer”, con lo cual, de admitir los fundamentos de sus sugerencias, la aplicación de las mismas puede ser inmediata, sin mayores alteraciones.

Las soluciones propuestas se basan en unos pocos y simples principios: imposición de una sola mano en cada avenida, fijación de calles y fajas diferentes de tráfico de acuerdo con el tipo y velocidad de los distintos medios de transportes, ordenación del estacionamiento según sus características, propiciando el establecimiento de zonas de parada dentro de ciertas amplias veredas, etc., todo ello coordinado con algunas alteraciones tranviarias y otras reglamentaciones menores.

Algunos de estos medios, como el de determinar una sola dirección en la Avenida de Mayo con ligeras correcciones en los recorridos de las calles adyacentes paralelas, pueden chocar a primera vista, pero la lectura y el análisis de las maneras de proceder que tan claramente se hallan expuestas en el libro, llevan a aceptar este temperamento, que al fin sorprende por su simplicidad y segura eficacia.

Creemos casi innecesario mencionar que la capacidad de circulación del centro de Buenos Aires es insuficiente para las necesidades actuales y más lo será para las de una futura población céntrica de cinco millones, como lo tolera el defectuoso Reglamento de construcciones vigente.

Es también un hecho conocido, de que la modificación de este Reglamento, así como la terminación de los ensanches y aperturas de las calles comenzadas y proyectadas, serán las únicas soluciones definitivas.

Empero, todo ello no impide que en cualquier momento se puedan adoptar algunos medios conducentes a facilitar el tráfico actual y en consecuencia, a obtener una mayor rapidez en el recorrido y una más gran cantidad de coches en la circulación, como resultará de la aplicación de las proposiciones del Sr. del Mazo. Ellas serán un paliativo eficaz, de recurso inmediato, de alivio seguro y de inversiones nulas, poniendo de manifiesto todo lo expuesto, que este valioso estudio merece ser leído detenidamente y sus conclusiones aplicadas cuanto antes.

F. H. BERETÉRRIDE.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN AGOSTO,
SETIEMBRE Y OCTUBRE

Novelas, Cuentos, Narraciones, Poemas en Prosa

- CARLOS REYLES: *El gaucho florido*. La Novela de la Estancia Cimarrona y del Gaucho Crudo. Impresora Uruguaya. Cerrito y Juncal. Montevideo. 308 pp.
- OLIVERIO GIRONDO: *Espantapájaros* (al alcance de todos). Proa. B. A., 1932. Sin núm. \$ 2.50.
- RENATA DONGHI DE HALPERÍN: *Relatos de la vida gris*. Edit. Lambda. B. A., 1932. 120 pp. \$ 1.—.
- MAGDALENA PETIT: *La Quintrala*. (Premio *La Nación*). Prólogo de Aline. Colección de Autores Chilenos. 160 pp. \$ 3.00 m/chilena.
- LOBODÓN GARRA: *La tierra maldita*. Relatos bravios de la Patagonia salvaje y de los mares australes. Editorial Cabaut. B. A., 1932. 168 pp.
- MONTIEL BALLESTEROS: *Nuevas fábulas*. Motivos americanos. Carátula de M. A. Pareja. Montevideo, 1932. 176 pp. \$ 1.00 o/u.
- JUAN CARLOS MORENO: *La ocasión de vivir*. B. A., 1932. 362 pp.
- ENRIQUE MARCIANO IGLESIAS: *El barco de los locos*. Historia, apuntes y viajes de un romántico. Edit. Tor. B. A. 336 pp. \$ 2.50.
- BERNARDINO NOGUERA: *¡Levántate y marcha!* Novela humorística. Primera edición. Edit. Rañó. B. A., 1932. 182 pp. \$ 2.00 m/n.
- ENRIQUE MARCIANO IGLESIAS: *El hombre fatal*. B. A., 1932. 252 pp.
- CASTO FULGENCIO LÓPEZ: *Pajaritas de papel*. Edit. Elite. Caracas, 1932. 222 pp. 4 bs.
- NELIE CAMPOBELLO: *Cartucho*. Relatos de la lucha en el norte de México. Primera edición. Edit. Integrales. México, 1931. 146 pp. \$ 1.50 cts.
- JOSÉ RAMÓN MAYO: *Soledades de un Don Juan*. Edit. "Renacimiento". B. A., 1932. 112 pp.

Verso

- CARLOS BARRERA: *Designio*. Poemas. Mundial-Miravalle. México, 1932. 90 pp.
- LUCE FABBRI: *I canti dell'attesa*. Bertani. Montevideo, 1932. 112 pp. pesos 0.50 o/u.
- LUIS CANÉ: *Romancero de Niñas*. (1927-1932). B. A., 1932. 94 pp.
- E. GONZÁLEZ LANUZA: *Treinta y tantos poemas*. L. J. Rosso, 1932. 78 pp.
- JUSTO G. DESSEIN MERLO: *Aguaribay*. Ritmos. "El Ateneo". B. A., 1932. 112 pp. XIV.
- ARTURO VÁZQUEZ CEY: *Mientras los plátanos se deshojan*. Edit. de J. Menéndez. B. A., 1932. 168 pp.
- ARMAND GODOY: *Marcel*. Poème Dramatique. Quatrième Edition. Emile-Paul Frères. París, 1932. 128 pp. 15 fr.
- BRANDÁN CARAFFA: *Aviones*. B. A., 1932. Sin núm.
- MAURICE CARÉME: *Reflets d'Helices*. La Renaissance du Livre. 12, Place du Petit-Sablon. Bruxelles, 1932. 54 pp. 10 fr.
- JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ: *Linterna mágica*. Poesías. B. A., 1932. 190 pp.
- B. CANAL FEIJÓO: *Sol alto*. (Poemas). "La Facultad". B. A., 1932. 96 pp. \$ 2.00.
- JUAN BAUTISTA RAMOS: *El poema de Abel ó 40 canciones sobre una chimenea*. Edit. Impresores Unidos. 1932. 128 pp.
- LUCILO PEDRO HERRERA: *Poesías*. (Antología Hispano-Americana). Edit. de Jesús Menéndez. B. A., 1932. 428 pp. \$ 3.00.
- J. DIONYSOS NASO-PRADO: *De mi ánfora*. Himno a la Vida, en forma helénica, y otras Poesías. 1932. 30 pp.

- ENRIQUE LAVIÉ: *Girándula*. Ilustró Julio Orione. B. A., 1932. 86 pp.
- RAÚL OSCAR DÍAZ CASTELLI: *Perjurio*. (Poema Trunco). B. A., 1932. 134 pp.
- NOÉ RABIN: *La esfinge armoniosa*. (Poemas). L. J. Rosso, edit. B. A., 1932. 128 pp.
- JOSÉ LUIS LANUZA: *Mitología para convalecientes*. Con cuatro ilustraciones de J. A. Ballester Peña y un retrato del autor por Eliseo. Edita: "Letras", B. A., 1932. 44 pp. \$ 2.00.
- HORACIO ZÚÑIGA: *El minuto azul*. Poemas Románticos. México, 1932. 238 pp.
- CLARISA G. DE DIEGO ARBÓ: *Cosas del viejo amor*. Poesías. B. A., 1932. 112 pp.
- GLADYS SMITH: *Lirios del alba*. Poesías. Edit. Boliviana. La Paz (Bolivia), 1931. 54 pp.
- FRANCISCO ALEJANDRO LANZA: *Papá*. "A. Barreiro y Ramos", S. A. Montevideo, 1932. 76 pp.
- ATAHUALPA DEL CIOPO: *Rumor*. "Impresora Uruguaya", S. A. Cerrito y Juncal. Montevideo, 1931. 88 pp.
- MIGUEL ÁNGEL MENÉNDEZ: *Otro libro*. Poemas. México, 1932. 78 pp.
- GEORGE JARRBOE: *The unknown soldier speaks*. With an Introduction by Jack Conroy. First edition. B. C. Hagglund, Publisher. Holt, Minnesota, 1932. 36 pp. 25 cents.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- ARDOINO MARTINI: *La personalidad de Goethe*. Colegio Libre de Estudios Superiores. Rosario, 1932. 132 pp. \$ 2.00.
- OSVALDO BAZIL: *Vidas de iluminación*. La huella de Martí en Rubén Darío. Cómo era Rubén Darío. Habana, 1932. 76 pp.
- A. CAPASSO: *Testimonianza*. A cura di un gruppo di artisti liguri. Génova, 1932. 152 pp.
- M. LIZONDO BORDA: *Goethe*. La casa de Goethe. Pensamientos de Goethe. Tucumán, R. A., 1932. 152 pp. \$ 2.00.
- ALFONSO REYES: *Atenea Política*. Río de Janeiro, mayo de 1932. 42 pp.
- B. CANAL FEIJÓO: *Naña*. Revista de Santiago. Santiago del Estero, 1932. 150 pp.
- RUBÉN VILA ORTÍZ: *Realidad y Ficción*. L. J. Rosso, B. A., 1932. 128 pp.

Historia, Crónica, Memorias, Biografías, Viajes, etc.

- CARLOS IBARGUREN: *En la penumbra de la Historia Argentina*. "La Facultad", Juan Roldán y Cía. Florida 359, B. A., 1932. 214 pp.
- JOSÉ PACÍFICO OTERO: *San Martín y la Francia*. Cabaut y Cía. B. A. 80 pp.
- CAMILO JIMÉNEZ: *La vida de Bolívar en 1.000 palabras*. La Unión Panamericana a los niños de las escuelas primarias. Washington, 1932. 16 pp.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *Juan José de Vértiz y Salcedo, Gobernador y Virrey de Buenos Aires*. Ensayo basado en documentos inéditos del Archivo General de Indias. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Núm. LX. B. A., 1932. 48 pp.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *El gremio de plateros en las Indias Occidentales*. Con apéndice documental. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Núm. LXI. B. A., 1932. 32-LII-2 pp.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- Estudio del Dr. DIEGO ORTÍZ GROGNET: *La injuria y el daño moral*. B. A., 1932. 92 pp.

- J. A. MACDONALD: *La desocupación y la maquinaria*. Biblioteca de "Estudios". Apartado 158, Valencia. 112 pp. 1,50 ptas.
- ERNESTO H. CELESIA: *Federalismo Argentino*. Córdoba, I y II. Librería "Cervantes", de Julio Suárez, Lavalle 508. B. A., 1932. 314 y 332 pp. resp.
- OSCAR ALVAREZ ANDREWS: *Bases para una constitución funcional*. Santiago de Chile, 1932. 126 pp.
- ENRIQUE MURGUÍA: *El futuro de las relaciones internacionales*. Conferencia. México, 1932. 24 pp.
- DIONISIO R. NAPAL: *El Imperio Soviético*. Editorial Stella Maris. Perú 666. B. A., 1932. 288 pp.
- VICTOR MARGUERITTE: *Debout les vivants*. Ernest Flammarion, éditeur. 184 pp. 12 fr.
- J. BLANCO-UZTARIZ: *Al margen de la Sociedad de las Naciones* (2ª edic.) Edit. "Le Livre Libre". 21, Rue Servandoni. París, 1932. 328 pp.
- AUGUSTO BUNGE: *El Continente Rojo*. (La segunda Revolución rusa. Los planes quinquenales. Sus orígenes y resultados. La forja de una nueva humanidad). L. J. Rosso. B. A., 1932. 304 pp.
- NICOLÁS GONZÁLEZ IRAMAIN: *Laxitud*. B. A., 1932. 202 pp.
- JORGE LUCIANI: *La dictadura perpetua de Gómez y sus adversarios*. New York, 1930. 192 pp.
- JOSÉ GABRIEL: *La Revolución Española*. Su origen. Su significado. Su destino. B. A., 1932. 48 pp.
- LUIS CONT: *La cuestión moral y un derecho del hombre*. B. A., 1932. 66 pp.
- ALFREDO MARSHALL: *Principios de Economía*. Introducción al estudio de esta ciencia. Traducción de la octava edición inglesa por Evenor Hazera. Biblioteca de Cultura Económica. IX y X. 2 volúmenes de 448 y 725 pp. c/u. "El Consultor Bibliográfico". Barcelona, 1931.
- MARIO ALBERTI: *El cuerpo y el alma de la moneda*. Sus aspectos generales, concretos y psicológicos de la economía monetaria. Traducción de Juan Carlos del Giudice. Biblioteca de Cultura Económica. XI. "El Consultor Bibliográfico". Barcelona, 1932. 210 pp.
- RODOLFO ARRIGORRIAGA: *La parábola de la Civilización*. L. J. Rosso. B. A., 1932. 240 pp. \$ 3.00.
- A. ROBERTO TOGNONI: *El radicalismo de hoy*. La guillotina del régimen. L. J. Rosso. B. A., 1932. 120 pp.
- Constitución de la República Española*. 1931. Remitente: "Unión Ibero-Americana". Madrid. 32 pp.

Teatro

- JOSÉ E. GURAIEB: *Ratiba*. Drama en 3 actos. Adaptado al Teatro Español. 90 pp.

Filosofía

- MIGUEL A. VIRASORO: *La lógica de Hegel*. M. Gleizer. B. A., 1932. 192 pp. \$ 5.00.

Religión

- GIUSEPPE RENSI: *Le aforie della religione*. (Studio sul problema religioso). Catania, case editrice "Etna", 1932. 254 pp. L. 12.

Arte

- MARTÍN S. NOEL: *Teoría Histórica de la Arquitectura Virreinal*. Primera Parte. La Arquitectura Proto-virreinal. Peuser, 1932, B. A. 258 pp.

- F. COSSIO DEL POMAR: *Arte y Vida de Pablo Gauguin* (Escuela Sintetista). Edición ilustrada, con 56 grabados y reproducciones. León Sánchez Cuesta, depositario. Madrid, 1930. 368 pp.

Educación

- SAÚL TABORDA: *Investigaciones pedagógicas*. I. Universidad Nacional de Córdoba. Sección Humanidades. Nº 3, 1932. 258 pp.
- RAFAEL BIELSA: *Régimen universitario*. Derecho y Política. (A propósito de la reforma de la ley sobre universidades). B. A., J. Lajouane y Cia. Bolívar 270. 1932. 136 pp.
- JUAN B. TERÁN: *Espiritualizar nuestra escuela*. La Instrucción Primaria Argentina en 1931. B. A. "Librería del Colegio". 216 pp.
- LÁZARO SCHALMAN: *Humanización de la pedagogía*. (Ensayos). Rosario, 1932. 126 pp. \$ 2.00.
- GERMÁN ARCINIEGAS: *La Universidad Colombiana*. Proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la Cámara de Representantes. Imprenta Nacional. Bogotá, 1932. 196 pp.
- RAFAEL ARAYA: *La Universidad y su función social*. Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa*. B. A., 1932. 32 pp.

Ciencia

- CECILIO ROMAÑA: *Sobre los primeros casos de fiebre ondulante*. Comprobados en el Chaco Austral y Santaferino. Universidad de Buenos Aires. Misión de Estudios de Patología Regional Argentina. Jujuy. Publ. Nº 7. B. A. Imprenta de la Universidad, 1932. 14 pp.
- ENRIQUE GAVIOLA: *El camino de la cultura científica*. Publicado en la Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería. Año XXXIII, Nº 361, pág. 113 y siguientes. B. A., 1932. 26 pp.
- AMABLE E. SALVADOR: *Lecciones elementales de Física experimental*. Tomo I. Tall. Tip. Nacionales. Quito. Ecuador, 1932. 206 pp. VIII.

Guías

- Argentina - Paraguay - Uruguay*. Touring Club Italiano. (Las Guías Azules). Milano. 1932. (X). 582 pp. XXXII.

Bibliografía

- JESÚS ROMERO FLORES: *Apuntes para una bibliografía geográfica e histórica de Michoacán*.
- Tercer Suplemento al Catálogo de la Biblioteca*. Colegio Nacional de Buenos Aires. Obras registradas durante el año 1931. Universidad de Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1932. 204 pp.

Varios

- XAVIER YCAZA: *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*. Edit. "Cultura". 1931. México. Maderas de Leal. Sin num.
- En memoria del Dr. José María Bustillo*. Discursos pronunciados en el acto del sepelio y en la colocación de una placa conmemorativa por el Círculo Militar y Naval en el aniversario de su fallecimiento. B. A., 1932. 32 pp.
- QUESADA-FEIER: Reden gehalten am 1. Juni 1932 im Festsaal des Ibero-Amerikanischen Instituts, Berlin, bei der feierlichen Übergabe der Büsten von Ernesto Quesada und Vicente G. Quesada.
- BERNABÉ ROJO: *Crítica a los resultados generales publicados en el Censo Escolar Nacional de 1931*. B. A., 1932. 32 pp. \$ 1.00.

EL ESPANTAPAJAROS DE GIRONDO

OLIVERIO Girondo, como aquel tío Juan, de Gómez de la Serna, tiene también su espantapájaros. Un espantapájaros irreproachable, vestido por Bonomi. Parece un lord y he oído decir que es el "dernier cri" en espantapájaros. La gente lo ve pasar en automóvil, y los transeúntes de Florida, como los vecinos del tío Juan, se llegan a contemplarlo en los escaparates de una casa donde antes solían distraerse con ciertos accesorios femeninos.

Con el espantapájaros, Girondo se muestra a sí mismo en una serie de caricaturas. El espectáculo es risueño, y la gente mira alternativamente las caricaturas y el espantapájaros de Bonomi, pero, escamada por los barracones del Paseo de Julio, no entra y se aleja murmurando:

—¿Quién será este loco de chivita?

Los que conocen a Girondo desde hace unos diez años, éstos le piden el libro por teléfono, lo leen y exclaman:

—¡Qué Girondo! ¡Siempre el mismo!

* * *

Y dicen una penosa verdad. Girondo es siempre el mismo. Entre los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y este *Espantapájaros*, han transcurrido en vano esos diez años. El mismo ingenio, el mismo desenfado, la misma chabacanería, la misma gracia, los mismos tocamientos, las mismas imágenes. Quizás hace diez años Girondo podía creer de veras que irritaba al burgués, con sus malas palabras y sus alusiones al sexo de las hijas. Hoy no. El burgués ha terminado por comprender que la literatura de la "nueva generación" no tenía algo de peligrosa, puesto que era literatura burguesa, si bien literatura de la decadencia burguesa. Ha tenido tiempo de ver que todos esos escritores que "quisieran escupir los vidrios de un expreso de lujo para que rabien los millonarios", son incapaces de una acción verdaderamente antiburguesa. Ha tenido tiempo de advertir que son medularmente burgueses, y que en sus poemas sólo reflejan el desorden, la anarquía, el desatino de la sociedad burguesa en el presente. El poema sin armonía no es antiburgués, como pensaba la nueva generación: es, simplemente, el poema del nuevo estado burgués. La inmoralidad de que hace gala Girondo, ya no puede disgustar al burgués, porque la inmoralidad es su ley, su propiedad, su única razón de subsistencia; y sin embargo se ha dicho que el libro de Girondo es antiburgués. También hay niñas que creen que la mujer se ha emancipado desde que ellas toman copetines y fuman tabaco rubio. Ambos puntos de vista son igualmente falsos.

No. El burgués no tiene miedo al espantapájaros de Girondo. Sabe que es inofensivo, tan inofensivo como el del tío Juan en la huerta.

* * *

El libro de Girondo tiene un valor representativo, y por eso hay que juzgarlo. Es la última entrega de una generación que no supo orientarse y que está definitivamente perdida. Girondo tiene la franqueza de confesarlo en el muñeco tipográfico de la primera página. Esa confesión quiere decir:

"Detrás de todo este juego de palabras, detrás de toda esta burla, no hay nada, como dentro de mi espantapájaros no hay alma. Mi osadía no va más allá de una figura poco moderada. En estos últimos años la clase burguesa ha precipitado su caída, que empezó cuando nosotros nacimos a la literatura. Hay nuevos problemas, de un interés y una trascendencia

tales, que conmueven el mundo y exaltan a los espíritus más sensibles. Millones de hombres se lanzarán a la lucha, y los intelectuales se afligen o se definen en semejantes vísperas. Pero mi generación sigue confundida. Pertenezco a ella y escribo hoy con la misma gracia, con el mismo desenfado, con la misma chabacanería y con la misma superficialidad de hace diez años, cuando todavía asustábamos al burgués con imágenes. Mi libro es el balance de mi generación. Y le toca aparecer en tales circunstancias que, lo reconozco, es como una carcajada en medio de un drama”.

H. B. DELIO.

CRONICA MUSICAL

Teatro Colón

LA temporada oficial del teatro Colón que finalizó a mediados de agosto con el estreno de la ópera *La sangre de las guitarras* de Constantino Gaito y la presentación del ballet (orquestalmente ya lo conocíamos), de Strawinsky, *La consagración de la primavera*, se mantuvo casi siempre —teniendo en cuenta los escasos medios pecuniarios con que se contaba para su desarrollo—, en un plano artístico sobrio y discreto. Evidentemente se notó en ella la ausencia de un director artístico general. Faltó el conductor de masas sonoras de batuta lo suficientemente flexible como para poder amoldarse a páginas líricas de diversas inspiración y estilo. Escasearon, en forma sensible, los cantantes de verdadero valer y, así, algunas óperas resultaron un tanto confusas y desiguales en el conjunto de su interpretación. Pero, repetimos, con los medios pecuniarios con que se contaba, poco o nada más se podía pedir.

El argumento de *La sangre de las guitarras* no nos parece en su crudo verismo —ese verismo que, a menudo con harta injusticia, se ha criticado a la ópera italiana— el más apropiado para sugerir la creación de una ópera. El compositor tuvo que luchar, en nuestro entender, con un libreto poco apto a ser desarrollado musicalmente y con pocos momentos que pudieran servir de asidero a la inspiración lírica. En un afán *nacionalista*, que nosotros estamos muy lejos de criticar, pero, que no es el único ni el mejor camino a seguir en el arte, Gaito limita voluntariamente su inspiración y se esfuerza en presentarnos temas folklóricos —algunos ya bastante manoseados por otros compositores— complicados en una orquestación sabia y refinada de influencia francesa y rusa, o bien, temas originales, salpicados aquí y allá de reminiscencias folklóricas, de un agudo cerebralismo, empapado en el modernismo francés, ansioso de novedad. Nos preguntamos: lo que requiere una atmósfera de sencillez formal y naturalidad expresiva, ¿a qué pretender envolverlo en refinamientos y sutilezas de forma y de estilo que no le cuadran? ¿No es más natural poner en boca de personajes rudos y humanos el canto fácil y emotivo y no la declamación lírica pretenciosa que, en suma, no es ni canto, ni declamación? Escuchando esta partitura —que en el fondo no es más que un gran anhelo de *originalidad*, que debió ser *naturalidad*— se comprende que quien la concibió conoce técnicamente, como pocos entre nosotros, su difícil oficio; sabe perfectamente la *ciencia* del orquestador; posee una cultura lírica de primer orden. Ahora bien, si a estas envidiables cualidades uniera una mayor dosis de inspiración, una más natural y menos *buscada* originalidad y, sobre todo, una más pura y simple sinceridad, *La sangre de las guitarras* hubiera tenido más sabor humano y más valor artístico. Con todo, analizando la música en sí, sin atenerse al argumento

tratado, ésta representa un loable y generoso esfuerzo, y, puede ser en nuestro teatro lírico apenas naciente, el gérmen de algo más sólido y duradero...

La consagración de la primavera de Strawinsky contó con un director como Juan José Castro, dueño de la batuta enérgica y sutil —garra y ala a un tiempo—, que se requería, y un cuerpo de baile que se desempeñó dentro de sus posibilidades...

Difícil es dar una idea, siquiera pálida, de esta partitura de indiscutible originalidad, de ritmos raros, de sonoridades violentas y agresivas, como surgida del cerebro de un loco genial, o de un artista que se finge loco para confundir a los cuerdos oyentes desorientados que no saben si aplaudir o silbar, si dejarse penetrar por la fuerza oscura pero real de ciertos instantes de agri dulce sabor lírico, o soltar el trapo de la risa, ante deformes *desdibujos* sonoros —¡llenos de vida, sin embargo!— que de pronto surgen aquí y allá. El gran crítico español Adolfo Salazar, escribió en cierta ocasión de Strawinsky, que era "un salvaje con monóculo"; oyendo esta desconcertante y vigorosa partitura, la frasecilla se justifica plenamente.

Los concertistas

CUARTETO AGUILAR — CUARTETO DE LONDRES — RICARDO ODNOPOSOFF —
REMO BOLOGNINI — ANTONIO DE RACO — MIGUEL RAJCOVICH —
EMILIO GONZÁLEZ — ROBERTO ROTTA

Los hermanos Aguilar, músicos y artistas españoles de gran cultura, que han hallado la senda de la perfección a través de un estudio hondo, severo, incansable, sutil, iniciado desde su adolescencia, forman hoy uno de los más admirables cuartetos que existen en el mundo musical, tanto por el equilibrio rítmico-sonoro como por la habilidad incomparable en el manejo de la emoción y del matiz.

El laúd, instrumento no muy rico en posibilidades, tanto en el orden técnico como en el emotivo, cobra en mano de este cuarteto, celebrado con justicia por la crítica, una fuerza de interés y de belleza, que posiblemente no tiene en un grado muy alto, pero que se magnifica, se exalta, se transfigura, en manos de los intérpretes maravillosos que integran este cuarteto.

Difícil, por no decir imposible, es llegar en el arte interpretativo a mayor perfección, y, cuando se llega a ella, el instrumento es lo de menos, porque el oyente culto escucha, ante todo, el alma de los músicos que saben traducir con justeza y fidelidad ejemplares lo que otras almas soñaran y expresaran en el pentagrama. Todos los programas que presentó este cuarteto se distinguieron por la calidad, y fueron presentados con idéntica maestría, lo mismo el primero, exclusivamente de música clásica de la más selecta y poco conocida, que los otros de música española antigua y música contemporánea rusa, española y sudamericana, gran parte transcripta por sus autores o los Aguilar, y, la demás escrita exclusivamente para el laúd, a pedido y en homenaje de estos intérpretes excepcionales. Entre estas últimas obras recordamos *Fiesta vasca* del compositor uruguayo Pedro Luis Mondino, hermoso cuadro musical rico de colores y de ritmos, sugestivo y evocador; una muy inspirada e ingeniosa *Tocatina* de Paco Aguilar, ofrecida en primera audición, y, una acertada *Evocación quichúa* de Gilardo Gilardi.

—**E**L cuarteto de Londres confirmó en una nueva serie de conciertos las altas cualidades que hemos señalado y que le colocan musicalmente,

en un lugar privilegiado. Nada le falta a sus integrantes, en efecto, para ser intérpretes fieles y concienzudos de las obras legadas por los genios... Vano fuera pedir una mayor justeza rítmica, un más exacto sentido del matiz, un más minucioso cuidado en el fraseo, una mayor sobriedad y pureza en la emoción. Las audiciones de este cuarteto constituyen verdaderas clases de arte interpretativo que deleitan enseñando o enseñan deleitando. Si los músicos que integran algunos de nuestros cuartetos supieran escuchar, se presentarían en público después de haber ensayado con mayor cariño y detenimiento las obras que pretenden interpretar, y, que realmente, no hacen más que *tocar* con mayor o menor habilidad técnica, pero sin equilibrio de sonoridades y de ritmo, con escasa o ninguna emoción, con una borrosa paleta de matices y colores... Aprendan pues en tan noble escuela de arte, y sean artistas en serio y, no intérpretes de ocasión más o menos preparados.

—Las palabras de un crítico italiano referentes al joven violinista Bronislaw Gimpel, que estuvo entre nosotros hace algunos años, pueden aplicarse con la misma justicia, al joven violinista argentino que ha perfeccionado sus estudios en Europa, Ricardo Odnoposoff: "Este artista — dice — tiene una cosa grande: la expresión. La intensidad y la densidad de su sonido, la plenitud de su *cavata*, son la demostración irresistible, la prueba inequívoca que el alma que canta es un gran misterio". Y añade: "La técnica, sí, para su edad es asombrosa: de acuerdo, pero no es esto lo que me interesa en él y de él. Me siento poseído de su extraordinaria vibración. Atención los celeberrimos del violín: ¿quién puede decir dónde este artista llegará mañana? ¿A cuántos sobrepujará?"

Las interpretaciones de este genial muchacho de 18 años reflejan una juventud de artista puro y vibrante, ennoblecido en un estudio tenaz e inteligentísimo: están impregnadas de una precisión de estilo y de musicalidad que realmente asombran en un muchacho que hoy parece y es, puede afirmarse, una realidad artística, pero que, en relación a lo que será en un futuro cercano, si continúa estudiando, no es más que una bella promesa.

Elegidos con seguro criterio artístico fueron los programas que presentó Ricardo Odnoposoff, y la versión de los mismos le permitió explicar ampliamente sus cualidades de virtuoso y de intérprete. Recordamos especialmente, la *partita N.º 3 en mi mayor de Bach* para violin solo, la suite op. 17 de Josef Suck, ofrecida en primera audición, un rondó de Mozart-Kreisler y el difícilísimo concierto en re mayor de Paganini-Wilhelmj, obras todas vertidas con gran aplomo técnico y valentía interpretativa.

—Los conciertos ofrecidos últimamente por Remo Bolognini —uno de los cuales efectuado en el teatro Colón con la colaboración de la orquesta a cuyo frente se hallaba Juan José Castro— destacaron aún más, si cabe, su magnífica personalidad de artista en el pleno y luminoso desarrollo de su talento. El arte puro, escrupuloso, amante de los más pequeños detalles de sonoridad, estilo y musicalidad; el arte que se sirve de la técnica, *únicamente* como de un indispensable *medio* para llegar más noblemente a un *fin* superior: la expresión; el arte que sabe ser gallardo sin ostentación personal; fuerte sin bizarrías sonoras; delicado sin afeminamiento expresivo; elegante sin afectación; fino sin desmayo de matices y de colores; sutil sin rebuscamiento; soñador sin languidez rítmico-interpretativa, tiene en Bolognini, como tiene en el cuarteto de laúdes Aguilar, y en todos aquellos artistas que aman la pureza y la claridad en la forma y el sentimiento, un intérprete ideal.

El gran maestro Eugenio Isaye, consideraba a Remo Bolognini no solamente como su mejor discípulo —¡ya es elogio!— sino como su futuro sucesor. Y lo es, sin duda alguna.

Difícilmente habrá quien le supere en el manejo del arco, quien logre arrancar del instrumento un sonido más bello, de una más límpida pureza; quien huya con más tino del *virtuosismo*, en el peor sentido de la palabra, o sea aquel virtuosismo que trata de asombrar con un puñado de oropel sonoro; y, quien busque, en una técnica más perfecta —rica interior y exteriormente— de una admirable simplicidad, que más parece un divino juego que una dificultad vencida, traducir fiel y respetuosamente, con arte de músico y cariño de artista, el pensamiento del autor, mejor dicho, el alma de la obra elegida.

—**S**i el joven pianista Antonio De Raco, que se presentó por primera vez en concierto público en el Salón La Argentina, con un programa de verdadero compromiso técnico-interpretativo, confirma en posteriores audiciones, las halagüeñas esperanzas en un brillante futuro que su debut no pudo menos que suscitar en todos aquellos que *quieren* o *saben* oír, será, sin duda alguna, uno de nuestros más completos instrumentistas. La difícilísima sonata *Aurora* de Beethoven —tan aporreada por discretos y malos estudiantes de conservatorio— tuvo en De Raco un intérprete de amplio virtuosismo, que matizaba y fraseaba con soltura y habilidad. Vigoroso y claro fué en la no menos difícil *Tocatta* de Schumann, y, en *El Ruiseñor* de Alabief-Liszt, convenció con la nitidez de su mecanismo y la firmeza de su gama de matices. Las obras modernas que finalizaban el programa, y en especial *Navarra* de Albéniz, fueron vertidas con un vigor, un empuje y un colorido tan magnífico, que provocaron el aplauso espontáneo e irrefrenable del público, y, obligaron al flamante concertista a dar nuevas muestras de su talento en la versión de otras obras.

—**O**tro concierto de piano muy interesante, lo ofreció Miguel Rajcovich, en *La Peña*, quien, al igual que De Raco, debutaba como concertista, demostrando poseer junto a un mecanismo bien desarrollado una clara inteligencia interpretativa. El programa, no muy extenso, estaba integrado con obras de diverso carácter y estilo, que el concertista supo presentar en forma digna de elogio. Límpido y brillante fué en *Pastoral* y *capricho* de Scarlatti, vigoroso en *Polonesa op 53* de Chopin; con flexible virtuosismo y elasticidad lírica supo decir *Danza de Olaf* de Pick-Mangialli; ritmo y color logró imponerle al segundo movimiento de *Petrushka* de Strawinsky, y, finalizó gallardamente su audición interpretando *Andaluza* de Falla con la desenvoltura técnica y la variedad de matices requeridos.

—**E**MLIO González, estudiante de violín de 16 años, se nos ha revelado, en una audición privada, como una gran promesa que puede reservarnos para un futuro no lejano más de una sorpresa artística, convertido entonces en una hermosa *realidad*. En el variado programa que desarrolló con seguridad y comprensión de estilo, demostró ser dueño de un arco generoso, rico en vibraciones expresivas, de un virtuosismo bastante depurado, y de un sonido vigoroso y cálido. Recordamos, especialmente, su brillante y emotiva versión del *Preludio y Allegro* de Pugnani-Kreisler y su sobria y clara interpretación de una sonata de Haendel, y, no podemos menos que consignar que, tanto estas obras, como las que integraban su programa, fueron dichas, en general, con un ritmo y una musicalidad poco comunes en intérpretes de tan corta edad.

—Otro estudiante de violín, el niño Roberto Rotta, —que también escuchamos en privado— parece estar, como Emilio Gonzalez, bien encaminado artísticamente y con semejantes perspectivas de éxito para el futuro. Ambos pueden llegar a ser, si perseveran, dos instrumentistas que, al igual de Bolognini, honren el arte argentino en el extranjero.

Escuela de conjunto orquestal “Miguel Gianneo”

ESTA escuela de conjunto orquestal ofreció un concierto en la Sociedad La-go di Como bajo la dirección del maestro Bruno Bandini, que realiza un meritorio esfuerzo educando musicalmente, con paciencia y habilidad, a muchos jóvenes instrumentistas, la mayoría de los cuales, estudiantes de conservatorio, que, posiblemente, sin esa educación artística malograrian o no desarrollarían convenientemente sus cualidades técnico-interpretativas.

Inió el interesante programa, casi todo formado con obras que se ofrecían en primera audición, una agradable vidalita de Catelani, instrumentada por Bandini. Pascual Quaratino presentó tres cuadritos musicales: *Visión de sueño*, página vagamente poética; *En la iglesia*, breve trozo de un lirismo ingenuamente religioso de fácil inspiración y correcta forma; y *Fuggi, fuggi*, unos cuantos compases de ritmo vivaz y espíritu moderno. Frescas y claras tanto en la melodía como en la armonización, las cuatro páginas que integran la suite *Feria campestre* de Bruno Cervenca, se escuchan con agrado.

Asociación Argentina de Música de Cámara

EN el concierto que ofreció en el teatro Maipo esta asociación, halló particular ocasión de lucimiento la joven y notable pianista argentina Delia Sacerdote, interpretando con fino virtuosismo y exacto estilo, el *Concierto No 3 en do menor* de Beethoven, para piano y orquesta. Una intérprete correcta de *Il tramonto* de Respighi, bellissimo poema lírico para una voz y orquesta de cuerdas, fué Elena R. Etchart, dueña de recursos vocales limitados pero expresivos. Dávila Miranda fué un ejecutante fiel y comunicativo, aunque quizás, a ratos, algo inseguro técnicamente, del difícil *concierto en re mayor* para violín y orquesta de Paganini-Wilhelmj... Todos estos intérpretes contaron con la excelente colaboración de la orquesta de la Asociación, a cargo del director Gilardo Gilardi.

MAYORINO FERRARIA.

Pedro Pillepich.

HA muerto en Fiume un grande amigo de nuestras letras: el crítico Piero Pillepich, bibliotecario de la Cívica de esa ciudad. Los lectores de *Nosotros* lo conocían y apreciaban, porque varios artículos suyos sobre escritores argentinos e italianos, han aparecido en estas páginas desde 1930. En revistas y diarios italianos quiso Pillepich divulgar y hacer amar las letras españolas y americanas —preferentemente argentinas— contemporáneas. Era un crítico de mirada fina y penetrante, formado posiblemente en la escuela estética crociana, que sabía juzgar las obras extranjeras con juicio propio, sin convertirse en un mero repetidor de opiniones ya hechas en el país de origen. Por eso sus artículos tenían para nosotros indiscutible valor. Recordamos de él juicios diversos sobre Amador, Carriego, Arrieta, Capdevila, (véase *Nosotros*, marzo de 1930), Quiroga, Méndez Calzada, Fernández Moreno, Franco, Estrella Gutiérrez.

rréz, Pedro Miguel Obligado, Ricardo Rojas, el mejicano González Martínez, el peruano García Calderón, los españoles Unamuno, Gómez de la Serna, Concha Espina, Pío Baroja, Giménez Caballero y otros más. También había traducido, entre otros, a Unamuno y a Fernández Flores. Colaboró con mayor o menos asiduidad en revistas y diarios como *Colombo*, *La Rassegna Italiana*, *L'Eroica*, el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, la *Revista de las Españas*, y *La Gaceta Literaria de Madrid*, *Nosotros*, *Tribuna de Roma*, *Il Piccolo* de Trieste, etc.

La Biblioteca Cívica de Fiume había sido reorganizada por él. Durante la guerra se radicó en Roma, huyendo de la persecución austriaca; vuelto a su ciudad durante la regencia dannunziana, ahí se vinculó definitivamente a la Biblioteca Cívica, desde donde desarrolló su labor silenciosa, modesta y fecunda.

Quejábse Pillepich de la indiferencia de los escritores argentinos para con su obra de divulgación desinteresada. Clamaba sobre todo porque se le enviaran los libros que necesitaba para informar al público italiano sobre el desenvolvimiento de nuestras letras. Tenemos presente una carta suya, del mes de junio, al poeta Capdevila, en la cual le abre su corazón afligido por nuestra desidia e ingratitud. Poco después fallecía, de un mal cruel, el 23 de setiembre, a los 44 años de edad.

Nosotros honrará su memoria en el próximo número, publicando un artículo suyo, que estábamos traduciendo, sobre algunos modernos poetas italianos y reproduciendo algunas notas críticas sobre poetas argentinos, inéditas en nuestro país.

Huéspedes amigos.

HAN llegado a nuestro país con el propósito de dar conferencias en nuestros centros culturales o en misión informativa, el ilustre filólogo y crítico literario profesor Karl Vossler, el distinguido crítico y profesor italiano Gherardo Marone y el prestigioso ensayista y poeta belga León Koschnitzky.

Es conocida la obra científica del profesor VOSSLER en el campo de la filología, como en sus investigaciones en todo lo concerniente al estudio de las lenguas romances, en cuya especialidad ha adquirido una reputación universal. Nosotros habló de ella al anunciarse su viaje a la Argentina, refiriéndose particularmente a su significación en los estudios lingüísticos y estilísticos. Hombre de ciencia, por la rigurosa disciplina de sus conocimientos, Vossler es también un temperamento artístico de fina sensibilidad, versadísimo en las literaturas modernas. En nuestra Facultad de Letras ha procurado reivindicar a la España del siglo de oro, estimando sus hombres, obras y cosas con el sentido nuevo y original que lleva a todos sus estudios literarios. Su libro consagrado a Leopardi, por ejemplo, es profundo y comprensivo. Conocedor de la vida intelectual de diversos países, ha escrito un manual de la Literatura Italiana que es de lo más perfecto y equilibrado que se conoce en la materia. Experto en letras españolas, ha consagrado un estudio minucioso y profundo a la vida y la obra de Lope de Vega, lo mismo que había hecho antes con las francesas en un libro que ya es clásico, el consagrado al análisis del espíritu y la obra de Racine. Hombre de poderosas facultades de sugestión, atrae no sólo por su gran erudición y su claridad expositiva, sino por su cordialidad que contribuye a hacer más viva la adhesión a su persona.

El profesor MARONE, de la Universidad de Nápoles, argentino de nacimiento, pero formado espiritualmente en Italia, ha examinado en una serie de conferencias dadas en la Facultad de Letras, el carácter de la

literatura italiana contemporánea. Con elegante facilidad de palabra y seria información ha presentado al público de Buenos Aires a un grupo de los nuevos escritores de Italia. Ha escrito trabajos interesantes como *Politica come arte e volontà*, pero su labor más conocida es la de traductor. En esta actividad ha conquistado grandes éxitos y la consideración de los círculos docentes de Europa. Su traducción de Gracián es un modelo por la penetración y comprensión del pensamiento del gran español. Ha traducido también las dos novelas de Enrique Larreta y *La Maestra Normal* de Manuel Gálvez. Prepara actualmente una Antología de poetas argentinos y otra de cuentistas.

Con el propósito de conocer de cerca los problemas políticos, económicos y sociales que se plantean a los pueblos de Sud América, *Vue y Candide* han confiado tan delicada misión informativa a uno de sus redactores de más amplia visión, el poeta belga León Koschnitzky. Kochnitzky es un hombre joven y un gran espíritu moderno; su rica información literaria da a su visión ese equilibrio y mesura que trasciende a todos sus comentarios sobre hombres y cosas. Sus recientes estudios sobre el Brasil son la mejor síntesis que se ha escrito sobre la situación social de aquella República. Es conocida su firma como informador literario de *Les Nouvelles Littéraires*, como lo es también la sección que atiende en ese periódico: "Le Strapontin Volant". Koschnitzky tiene para nosotros americanos, otro inapreciable valor: hemos podido apreciar cómo sabe captar el carácter y sabor del espíritu de América y anticiparse, con honda simpatía humana, a las promesas que este continente encierra para la civilización llamada de occidente.

—**P**ROCEDENTE de Génova, donde está radicado, se encuentra entre nosotros desde hace un mes, el distinguido discípulo del Profesor MorSELLI, doctor Emilio de Matteis. No obstante su dedicación a la psiquiatría, el doctor de Matteis, que es argentino, ha desplegado la mayor actividad para que fuesen conocidas y difundidas todas las manifestaciones artísticas de nuestra tierra. Unido con Alberto M. Candiotti fundó el Comité Pro Arte Argentino, que celebró la primera exposición de pintura en Génova. Mediante su intervención, la compañía teatral Rivera-de Rosas, pudo trabajar en Génova, Roma y Milán. Con Tito Livio Foppa, fundó *L'Argentina* de Ancona, en cuyas páginas se consignó todo lo que significaba un aporte cultural de la patria lejana, actividad desplegada también en numerosas conferencias que al poner de manifiesto sus cualidades de expositor, revelaron su sólida información acerca de cada uno de los temas desarrollados. Ha vertido al italiano, obras de Levene, Palacios, Cárcano y algunos otros, tarea que continuará con las obras más representativas del momento actual.

Como trabajos de fondo acusa en su haber la *Storia della Civiltà Argentina*, editada por Bocca, y el *Panorama della Letteratura Argentina Contemporanea*, obra de la que NOSOTROS se ocupó a su tiempo.

El doctor de Matteis permanecerá entre nosotros un par de meses y estamos seguros que ha de acumular valiosos elementos para sus futuros trabajos.

Dámosle nuestra bienvenida, deseándole grata estada entre sus compatriotas.

Homenaje al doctor Bibiloni.

LAS bodas de plata de NOSOTROS han coincidido con la celebración del mismo acontecimiento por parte de los abogados que se recibieron en 1907. El hecho no tendría nada de extraordinario, a no mediar la circuns-

tancia que establece una similitud entre los propósitos que persiguió la revista, al solicitar que los colaboradores sobrevivientes fuesen jueces de su propia generación y el juicio que hoy, en plena madurez, les merece a los abogados su conducta estudiantil, frente a quienes, mediante su enseñanza, los habilitaron para diplomarse.

Consiste la coincidencia en que el programa de la celebración de las bodas de plata de los abogados contenía, además de un almuerzo de camaradería, la visita a los profesores de aquel entonces, hoy imposibilitados, por motivos de salud, de compartir, con sus ex discípulos, tan fausto acontecimiento. Entre dichos profesores se encontraba el Dr. Juan Antonio Bibiloni, que durante muchos años tuvo a su cargo la cátedra de derecho civil y que aun hoy, alejado de la enseñanza oficial, ofrece al país frutos jurídicos tan sazonados como su proyecto de Reformas al Código Civil del ilustre Vélez.

Asumió en dicho acto la representación de sus ex-condiscípulos, el Dr. Roberto Repetto, actual presidente de la Suprema Corte, cuyas palabras, no sólo traducen un sentido homenaje al maestro, sino que al recordar las horas pasadas en las aulas, expresan como los colaboradores del número especial de NOSOTROS, un juicio acerca de la conducta observada por esa generación estudiantil frente a sus maestros.

Publicamos el discurso a continuación:

Doctor Bibiloni:

Los abogados graduados el año 1907 en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, celebramos en este día nuestras bodas de plata universitarias. Al reunirnos para conmemorar el feliz acontecimiento, hemos creído que ningún acto de aquel carácter sería completo sin la legítima participación de los profesores que, de cerca o de lejos, han concurrido a la formación de nuestros espíritus, proveyéndonos del bagaje con el cual hemos marchado hasta aquí por los senderos del mundo.

La visita que ahora realizamos a este hogar tiene pues por objeto traeros, a vos también, el homenaje de gratitud y de afecto rendido ya a los profesores que nos han hecho el honor de asistir a nuestro almuerzo de hoy.

Pero deseamos no limitarnos a eso sólo. Hemos venido también a hacer balance de conciencia ante el profesor de derecho civil, presentándole algunos puntos de vista derivados del cotejo de nuestros juicios actuales con los de antaño y que seguramente le resultará grato conocer porque servirán para demostrar, una vez más, que tiene razón quien la tiene en último término.

Vuestra enseñanza del derecho civil no se redujo a la exposición inanimada y fría de las fórmulas que encierran los textos de la Ley.

Os asistía la convicción de que la tarea que se ha aceptado realizar en la docencia, para ser fecunda, debe cumplirse siempre con el elevado concepto de la misión trascendente que corresponde a aquélla. Hacer obra dándole a la cátedra lo mejor de sí mismo y del propio saber, sin detenerse a considerar la comodidad del alumno, es el primordial deber del profesor universitario.

Levantando el vuelo sobre el dogmatismo enervante de los textos, supisteis revelarnos los principios de Justicia, de equidad y de moral en los cuales aquéllos se inspiran, derivados a su vez de las relaciones esenciales del mundo exterior y de la sociedad humana. La razón económica, la razón histórica, la razón del estado, el profundo sentimiento de nuestra democracia, de nuestro liberalismo, de nuestras aspiraciones sociales o de nuestras necesidades morales, todo eso latía en vuestras lecciones, dando con ello el concepto filosófico de la ciencia del derecho,

y haciéndonos ver cómo por encima de los ordenamientos sociales, se ciernen los grandes principios y las grandes aplicaciones de la moral pública y privada, fuente mediata, pero necesaria, de aquéllos.

Sin perder de vista la conveniencia de que los alumnos poseyeran el dominio del articulado y de la distribución del código (método imperante hasta ese momento en la Facultad, y dentro del cual lo fundamental y lo accesorio se confundían en un solo plano) cada institución fué objeto de un estudio intenso, que puso a contribución las doctrinas de los grandes escritores, los antecedentes patrios y coloniales, las fuentes extranjeras del código, y las enseñanzas desprendidas de su propia evolución y transformación histórica.

Pudimos así ver cómo el derecho siguiendo el impulso de todo lo que es vivo y humano se resumía en un sistema de normas coactivas, elásticas, cambiantes y armónicas arbitradas por el hombre en presencia de determinados hechos, con el fin de procurar su felicidad y la del cuerpo social de que forma parte.

La profesión de este principio aplicado al código civil, trajo, como resultado lógico, el análisis crítico de ciertas instituciones del mismo, y de ello se hizo bandera para fustigar al profesor.

Nosotros, sin embargo, estamos aquí para dar fe de que al lado de la crítica, existió siempre el elogio de la obra de Vélez, y que aquélla, abonada siempre por razones sobre abundantes, fué movida por el propósito sincero y patriótico de mejorar nuestras instituciones privadas, ajustándolas a las necesidades de la República y de las ideas y sentimientos de las generaciones que se suceden en ella.

El tiempo, también en este particular, os ha dado la razón desde que, por una parte, el método de enseñanza inaugurado por vos con tanto brillo, continúa imperando en la Facultad, y, por otra, habéis podido comprobar que la Comisión del código civil, al considerar vuestro anteproyecto, ha admitido la mayor parte, sino todas las reformas sustentadas por tales críticas desde la cátedra.

Nos habéis proporcionado, pues, el conocimiento integral del derecho civil, y ello ha representado para nosotros, además de la satisfacción consiguiente a la posesión de una verdad, la adquisición de una fuerza moral y jurídica de que hemos usado con éxito en la vida profesional o en la judicatura.

Pudimos pensar entonces, que el profesor tornaba la materia demasiado difícil o que el empeño de ahondar en ella, nos exigía una dedicación que no guardaba relación con nuestros deseos. La severidad del maestro impuso sin embargo el esfuerzo que se hizo con el dolor consiguiente, pues él importaba restar a nuestra natural inquietud, otros esparcimientos, otras actividades, más en concordancia con nuestra edad y nuestros gustos.

Creo no deformar la verdad diciendo que cada uno de los hombres aquí presentes, hubiera deseado entonces, en el estudio del derecho civil, mayor facilidad en los exámenes, un menor grado de preocupación acerca de la materia; en una palabra, hubiera preferido la línea del menor esfuerzo para conquistar la aptitud diplomada.

El profesor, con un concepto cabal de la cuestión, creyó lo contrario y estuvo en lo cierto. Mientras nos dedicamos a afrontar la dificultad, nuestros sentimientos hacia él, se hallaban más cerca del temor que de la simpatía.

Pero ajustada nuestra labor de estudiantes al ritmo trazado por el catedrático, aquel sentimiento fué trocando en respetuosa consideración y vivo agradecimiento, a medida que este contacto obligado con la

ciencia, nos permitía medir, por contraste con lo que pudimos ignorar para siempre, el valor del beneficio recibido.

Y después, egresados ya de la Facultad, a medida que la vida nos ha ido ofreciendo los múltiples problemas ajenos y propios que se agitan en su seno, cada vez que nos fué necesario dar un consejo, o tomar una determinación vinculada al ejercicio profesional, hemos hurgado en el fondo de nuestro pensamiento, el principio o la Ley aplicable, y la tarea de encontrarlo ha sido tanto más fácil cuánto mayor fué la intensidad y seriedad de la enseñanza impartida desde la cátedra.

No pocas veces hemos honrado en silencio el nombre del maestro que iluminó nuestros espíritus, habilitándonos para encontrar el camino justo y sabio de las soluciones del derecho.

Ya en la madurez de la vida, con la autoridad que da la experiencia, anhelamos a nuestra vez para los jóvenes de hoy, maestros ilustrados, severos y justos, cuyas enseñanzas tengan la virtud de mostrar a sus inteligencias despiertas, la amplitud y la belleza de los horizontes de la ciencia del derecho, creándoles a la vez hábitos de trabajo y de disciplina, indispensables tanto para cumplir los altos fines sociales y políticos que la actividad futura del Estado puede llegar a confiarles, cuanto para el ejercicio nobilísimo de la profesión o de la cátedra.

Y este examen de conciencia, cuyas conclusiones se encuentran abonadas por una experiencia que ya va siendo larga para los alumnos de ayer, nos autoriza a destacar todavía una verdad que puede tener un alto significado como elemento de juicio en los momentos presentes de la vida universitaria.

La libertad del profesor para impartir la enseñanza de acuerdo con el concepto que tenga de ella y de su importancia, no puede ser limitada ni restringida por actos de los destinatarios de esa enseñanza; al contrario, presupone el deber de éstos, de proporcionar el esfuerzo a las exigencias de aquél. Tal es el cartabón por el cual deben forzosamente medirse las relaciones entre profesores y alumnos.

El joven estudiante, señalando directivas a la enseñanza, cuidando de la disciplina, organizada precisamente para lograr el máximo de rendimiento a su dedicación, es un contrasentido inadmisibles. La inquietud, el entusiasmo y la acción, cuando no han sido modelados por el estudio que da la sabiduría, o por la sazón que viene del tiempo, no pueden jamás equivaler a la sabiduría, que es anhelo de lo mejor sentido y puesto en obra por quienes unen a su experiencia universitaria, la que deriva de la posesión de la ciencia y del largo vivir.

Del mismo modo que no se concibe al estudiante dirigiendo la casa de sus padres, e imponiendo a éstos las normas con arreglo a las cuales ha de ser regida la familia de que forma parte, menos todavía puede, en buena lógica, tolerarse la intromisión directa o indirecta de los alumnos en el régimen de las casas de estudios. Desgraciadamente, la aptitud para juzgar de la eficacia de ciertas normas de la conducta humana, inculcadas con autoritativa severidad por los padres y por los maestros, se adquiere sólo en la edad madura. Por eso, aquéllas se comprenden y se agradecen tarde.

Para honor del querido maestro a quien hemos venido a presentar nuestro saludo, tales normas, se observaron, quieras que no, en bien nuestro y de la sociedad en cuyo seno actuamos.

Pero mis compañeros desean también significaros en esta ocasión, tan grata para ellos, su efusiva enhorabuena por el alto ejemplo moral que habéis dado a la República en los últimos años.

En lugar de dedicarlos al reposo honorable, coronamiento necesario de una vida fecunda en obras y en virtudes, los habéis empleado en la

magna tarea de planear la reforma total del Código Civil. Sobreponiéndose con viril energía a los achaques físicos y aun a los morales, que aquéllos justificadamente suelen producir, habéis dado ya cima a la labor emprendida hace siete años, y el país reconocido ha podido ver incorporarse a su literatura jurídica una obra de gran aliento, llamada a regir, sin duda, las relaciones civiles de sus habitantes.

Ahora, como en la cátedra, o como en la vida, el concepto del deber y vuestra ilimitada fe, han sido las fuerzas propulsoras de la obra cumplida, y es esa una nueva lección que habéis tenido la dicha singular de dar a vuestras alumnas y a vuestros semejantes.

Compañeros: Honor al maestro que nos enseñó a comprender la justicia y a amar el derecho.

A propósito de un mensaje al Presidente de la República Española.

POR iniciativa de un grupo de intelectuales concurrentes a la redacción de NOSOTROS, en diciembre de 1931 fué remitido al Presidente de la República Española un mensaje de adhesión a la obra por la República realizada, que suscribían los más calificados escritores de nuestro país.

El mensaje se remitió por intermedio de la Embajada de Buenos Aires, encargada entonces a don Alfonso Fiscowich, por ausencia del titular. Nada supimos del mensaje y de la acogida que había tenido, hasta una fecha muy reciente en que don Alfonso Danvila, actual Embajador, nos trajo personalmente todas las notas cambiadas con este motivo, cuya copia transmitida a NOSOTROS en su oportunidad, debió de extraviarse.

Transcribimos a continuación dichas notas:

Buenos Aires, 12 de abril de 1932.

Señor Director de la Revista NOSOTROS.

Muy señor mío y de mi distinguida consideración:

Oportunamente tuvo esta Embajada el agrado de hacer llegar al Gobierno de la República Española la cálida adhesión que al nuevo régimen de mi Patria formulaban altas representaciones de la intelectualidad argentina, agrupadas en torno de esa prestigiosa revista, a la que tantos vínculos de afecto me unen.

En su respuesta he sido encargado por el Señor Ministro de Estado de expresar a los Señores firmantes la viva satisfacción con la que el Señor Presidente de la República ha visto tal iniciativa, al propio tiempo que les envía sus sentimientos de simpatía y agradecimiento.

En la imposibilidad de dirigirme personalmente a cada uno de los señores firmantes y conocedor de la estrecha cooperación prestada al efecto por la revista de su digna dirección, ruego a Vd, Señor Director, se haga intérprete cerca de los mismos de los sentimientos indicados.

Dándole de nuevo las gracias por tan brillante exteriorización de la acertada comprensión del actual momento español, me es muy grato el reiterarle las seguridades de mi simpatía, y de mi consideración.

El Embajador de España, ALFONSO DANVILA.

Buenos Aires, 20 de enero de 1932.

Exmo. Señor Ministro de Estado:

He tenido el agrado de recibir una comisión representativa de los más sólidos e indiscutidos prestigios de la intelectualidad argentina interesando haga llegar a manos del Señor Presidente de la República, el

adjunto pliego, en el que los firmantes expresan su adhesión y entusiasmo a la obra realizada por nuestra Patria desde la instauración de la República.

Dada la autoridad de los firmantes, a quienes en forma debida expresé el aprecio que se tiene en España a su opinión, he accedido gustoso a lo solicitado, esperando merecer la aprobación de V. E.

Los originales de las firmas, que me fueron mostrados, han quedado en poder del comité organizador.

El Encargado de Negocios, ALFONSO FISCOWICH.

Madrid, 24 de febrero de 1932.

Señor Embajador de España en Buenos Aires.

Excmo. Señor:

Con referencia al despacho de V. E. N.º 18, de 20 del pasado enero, con el que remite un pliego de adhesión a la República de un grupo de intelectuales argentinos, cúmpleme significarle, de orden del Señor Ministro de Estado, que el Presidente de la República ha visto con la más viva satisfacción esta iniciativa, y encarga que por intermedio de V. E. se exprese a los firmantes del indicado pliego sus sentimientos de simpatía y agradecimiento.

El Subsecretario P. A., Jefe Interino de la Sección, PELAYO G. OLAY.

*
* *

—**H**A fallecido Balder Moen, figura antes familiar a los escritores, luego olvidada en un empleo burocrático. Para los hombres que se iniciaron en las letras a principios del siglo, la librería de Moen fué lo que las librerías de Mayo y de Igon para la generación del 80. La librería de Moen, de los dos libreros escandinavos Balder y Arnoldo, largos años asociados hasta que se establecieron por separado, situada en la calle Florida entre Corrientes y Sarmiento, era el punto de cita, el descansadero, el puerto de entrada de anécdotas y chismes, la sala de tertulia de los escritores, cuando en Florida todavía era posible encontrarse y reconocerse con los amigos. Fué, puede decirse, la librería de la generación parnasiana y simbolista, la de Darío, Lugones y sus epígonos. Librería francesa por excelencia —como lo pedía el espíritu de esa generación, apasionada lectora de las ediciones Lemerre, Calman Lévy y del *Mercur*;— pero también atenta al más reciente movimiento español y concentradora del movimiento librero argentino, de cuyas ediciones salió fiadora repetidamente aquella firma, con su prestigioso pie de imprenta, aunque éste pocas veces representase una edición real, en el sentido comercial del vocablo. La más alta aspiración de todo novel escritor de entonces, era que el “rubio” Moen “le hiciese” una vidriera. Hizo muchas, y esas sucesivas vidrieras representan momentos inolvidables en la expansión de las letras argentinas en los primeros lustros de este siglo.

—**E**r. periodista norteamericano Guy Inmann, de paso por Buenos Aires, nos ha honrado con una visita a los directores de Nosotros, que efectuó acompañado del doctor Alfredo Colmo. El señor Guy Inmann es un viejo amigo de la Argentina. Dirige en New-York *La Nueva Democracia*, revista inspirada en un sano espíritu de confraternidad intelectual.

tual y de sincero republicanismo y que ha mantenido siempre con la nuestra un activo intercambio. Más de una vez ha sido citada en Nosotros, o han sido transcritos en nuestras páginas sus artículos, así como en las suyas los de Nosotros.

—**E**L crítico Sandro Cassone, colaborador de *Le opere e i giorni*, *Giovedì*, *Contemporanea*, y otras publicaciones literarias italianas, nos escribe pidiéndonos intereseamos a los escritores argentinos por la obra de divulgación de nuestros poetas que es su propósito realizar. Ya ha empezado por un artículo de *Contemporanea* —importante revista de Génova— sobre algunos "Poetas del Río de la Plata": se propone en seguida presentar al público italiano, a poetas como Capdevila, Lugones, Alfonsina Storni, Rojas y otros, ofreciendo de ellos lo más característico en traducciones escogidas, elegantemente editadas en pequeños volúmenes de 80 a 96 páginas. El que dedicará al primero de los citados está ya muy adelantado. Pide Cassone a los poetas argentinos sus libros: ¿serán éstos sordos a su reclamo como lo fueron casi todos con el de Pillepich? Su dirección es: Via Pareto 1-3, Génova.

—**L**A revista *Books Abroad*, que aparece en Norman, Oklahoma, E.E. UU., y que se dedica especialmente al comentario de libros extranjeros, solicita de los escritores argentinos el envío de sus libros a la dirección mencionada, interesada como está en hacer conocer al público de su país la producción literaria mundial y muy especialmente la hispanoamericana.

—**E**N Varsovia, por la "Editorial Roj", acaban de publicarse tres obras argentinas: *La que no Perdonó*, *Flor de Durazno* y *Desierto de Piedra*, novelas de Hugo Wast.

Con esta traducción al polaco son diez los idiomas en que circula actualmente *Desierto de Piedra*. Castellano, francés, inglés, italiano, alemán, portugués, checo, holandés, polaco y ruso.

Las que han tenido mayor éxito son la traducción inglesa hecha en Nueva York y simultáneamente en Londres y la francesa, que se ha reimpresso varias veces.

En París, el diario *L'Intransigeant* acaba de publicar traducida *El Camino de las llamas*, última novela de Hugo Wast.

NOSOTROS.